



NOCHES
INTERMINABLES

SONIA LÓPEZ SOUTO

NOCHES INTERMINABLES

SONIA LÓPEZ SOUTO

Insistir, persistir, resistir...
y nunca desistir

ÍNDICE

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[Epílogo](#)

1

La joven corría tan deprisa como se lo permitían sus cansadas piernas. Las ramas bajas de los árboles, que ni se molestaba en esquivar, la golpeaban una y otra vez, marcando su delicada piel con cortes y arañazos que apenas sentía. Su rostro, surcado por cegadoras lágrimas, dejaba un rastro de sangre de los rasguños que no había podido evitar en su huída.

Era de noche y la oscuridad le impedía ver el camino, pero no se permitió aminorar, pues lo que trataba de dejar atrás, era infinitamente más aterrador que lo que pudiese estar esperándola más adelante. Podía escuchar la ronca respiración de su perseguidor cada vez más cerca, a pesar de sus esfuerzos por obtener ventaja. Sentía cómo sus pulmones protestaban por el esfuerzo y le ardía la garganta, de tragar los gritos para no delatar su posición. Su corazón latía en una loca carrera en su pecho y se sentía al límite de sus fuerzas, pero no se permitió flaquear. Hacerlo sería su perdición.

A lo lejos divisó una tenue luz, su salvación si lograba alcanzarla. En un último esfuerzo titánico, imprimió velocidad a sus debilitadas piernas y por un segundo, se permitió creer que conseguiría su objetivo. Estaba tan cerca de la salvación, que dejó que las lágrimas bañasen su rostro. Un poco más, solo un poco más...

...

Un desgarrador grito que erizaba el vello se escuchó a lo lejos. Un silencio absoluto se apoderó de aquella posada que tan alborotada había estado unos pocos segundos antes. Alguien parecía estar en peligro en el bosque, no muy lejos de allí, pero nadie osó salir a socorrerlo. Estaban demasiado asustados.

Desde hacía ya más de un año, los incautos que no se refugiaban en su hogar al caer la noche, por decisión propia o por despiste, morían a manos, o más bien a garras, de un ser maligno que habitaba en el bosque. Nadie lo había visto nunca, pero podían imaginar su espantoso aspecto y, sobre todo, sus terribles zarpas porque las víctimas, o lo que encontraban de ellas, acababan desfiguradas y totalmente destrozadas tras el ataque. Al principio, habían creído que se trataba tan solo de una pequeña manada de lobos o quizá un solitario hambriento, pero cada muerte era peor que la anterior, como una muda advertencia de que no se enfrentaban a ningún animal común.

Muchos habían intentado dar caza al asesino tras los primeros ataques, sin embargo, toda búsqueda había sido en vano. No habían encontrado la guarida del horrible ser y algunos empezaron a pensar que quizá no fuese de este mundo. Los rumores se extendieron con rapidez y las versiones más aterradoras hablaban de que era el mismísimo diablo, que había ido para castigarlos y que cada amanecer descendía de nuevo a los infiernos a esperar la caída del sol, y regresar para atormentarlos. Y aunque decían no haber hecho nada tan malo, que mereciese tremenda expiación, rezaban cada día para que el monstruo abandonase aquellas tierras o para que nadie más cayese en sus fauces.

La aldea, otrora llena de vida, menguaba día a día. Y no solo por las víctimas que el engendro se cobraba, sino por aquellos que la abandonaban por miedo a lo que estaba pasando. Los pocos que habían quedado, en su desesperación, trataron de reunir dinero para contratar a algún mercenario que acabase con aquel ser, pero ninguno de aquellos que aceptaron hacer el

trabajo, regresó después de pasar la noche fuera. Al parecer, nada podía acabar con la amenaza de aquel terrorífico ente.

Como si el mismo tiempo comprendiese el peligro en que vivían, los días amanecían grises cada mañana. La lluvia no dejaba de caer; unas veces intensa, otras suave, pero siempre constante. Y los pocos días en que se detenía, el sol no hacía acto de presencia. Las cosechas se echaban a perder y el ganado moría por falta de alimento. La aldea entera estaba agonizando y ni siquiera tenían esperanzas ya de sobrevivir por mucho más tiempo en aquellas circunstancias. Eran tiempos oscuros para ellos.

Al amanecer, salieron de sus hogares para confirmar la tan temida noticia de que una nueva víctima había sucumbido a la bestia. La madre de la joven lloraba y gritaba de dolor por la pérdida de su preciosa y joven hija, mientras otras mujeres de la aldea se acercaban para intentar consolarla. Los hombres empezaron a organizar una patrulla de búsqueda para recuperar el cadáver y darle santa sepultura. O al menos, todo lo que pudiesen encontrar de ella, que en ocasiones era tan solo un rastro de sangre y vísceras. Era una tarea repulsiva, pero el hecho de enterrar el cuerpo, les hacía creer que algún día podría suceder un milagro y se librarían del ser que los acechaba. Su fe, aunque mermada, era lo único que les quedaba ya. Lo único que les impedía desistir de continuar en su hogar.

Sin embargo, cuando estaban dispuestos para partir, escucharon una gran conmoción cerca de la linde del bosque. Las exclamaciones de sorpresa alcanzaron a la dolida madre de la muchacha, que alzó la vista en el mismo momento en que la joven corría hacia ella.

-Madre –gritó con alegría–. Madre, estoy aquí.

Toda la aldea la observó, sorprendida de saberla con vida, después de los gritos que habían escuchado la noche anterior. La creían muerta y no eran capaces de entender cómo había sobrevivido. ¿Qué le habría sucedido a la bestia? ¿Por qué no la había matado? ¿Acaso aquella delicada jovencita había logrado huir impunemente de ella? Eso era imposible. Algo debía haber sucedido al margen de la joven, que explicase porqué se había salvado.

Tras ella apareció un extraño personaje que ocultaba su cuerpo bajo un largo abrigo de piel de lobo, y su rostro con un sombrero negro de ala ancha. Cargaba en su mano izquierda una ballesta, y de su cinto le colgaban dos pequeñas hachas arrojadizas. Cruzando su pecho había una banda de cuero oscuro, cargada de brillantes puñales. Llevaba a su espalda, un carcaj con flechas relucientes y dos espadas enfundadas en forma de cruz. También cargaba con una extraña y peculiar bolsa de confusa forma, que parecía pesada, aunque no ralentizaba su paso. Habrían pensado que era un mercenario más, de los tantos que habían ido por allí, pero muchos de los hombres de la aldea le ganaban en altura y corpulencia, incluso a pesar de las privaciones a las que se habían visto sometidos en los últimos tiempos. Le faltaba presencia para ser temible, y aun así, le rodeaba cierta aura de peligro que incitaba a alejarse de él por precaución.

La joven a la que creían muerta se volvió hacia aquel guerrero y lo tomó del brazo para que se acercase a su madre. Ella no parecía tenerle miedo, aunque era comprensible, si le había salvado la vida.

-Mira, madre, ella me ha salvado –le dijo, sonriendo–. Me rescató cuando la bestia me tenía atrapada en sus garras. Consiguió herirla y huyó.

-¿Una mujer? –gruñó alguien detrás de ellas, atónito – ¿Cómo podría una mujer hacer algo así, cuando los mejores mercenarios no lo hicieron? Es imposible.

-No lo es –la defendió la joven–. Me salvó la vida. Ella hizo lo que ninguno de vosotros se atrevió. Anoche se enfrentó al monstruo para rescatarme, mientras os resguardabais, seguros, en vuestras casas.

Nadie dijo nada ante la férrea defensa de la joven, y muchos bajaron la mirada, avergonzados de haberla dejado fuera para que muriese. El miedo era un mal consejero en aquellos tiempos, pero era lo único que los podía salvar de ser asesinados por la bestia.

-Gracias, mi buena señora –la madre de la joven se arrodilló a los pies de la misteriosa mujer y le besó la mano repetidas veces, hasta que esta se apartó de ella con cuidado de no ofenderla–. Muchas gracias. Jamás podré pagarle por el bien que ha hecho a mi familia. Jamás. Gracias. Gracias.

-No tiene que agradecerme nada, señora. No lo hago por su hija ni por la de nadie –su voz, aunque suave y armoniosa, sonó firme–. He jurado terminar con esas bestias y eso es lo que hago. Su hija solo ha tenido la suerte de que fuese tras esta en este momento.

La guerrera se sentía incómoda con aquella atención y obligó a la mujer, que todavía seguía a sus pies, a levantarse. La mujer sonrió, al mirarla a los ojos, bajo el sombrero que ocultaba su rostro de los demás.

-La ha salvado –insistió, a pesar de sus palabras– y le estaré eternamente agradecida.

-Madre, le he dicho que puede quedarse en casa con nosotras hasta que mate a la bestia. He hecho bien, ¿verdad?

-Por supuesto, hija mía –habló la mujer al momento.

-Bien –la joven asintió, más tranquila. Había hecho el ofrecimiento sin pensar en lo que diría su madre y le preocupaba que no accediese, pues no tenían mucho que ofrecerle.

-Podrá quedarse tanto tiempo como desee –la mujer se dirigió entonces a la joven de negro–. No tenemos mucho, pero lo compartiremos con gusto.

-No necesito nada y no espero quedarme demasiado tiempo. Me iré en cuanto acabe con la criatura.

-Un momento, señora –gritó uno de los hombres, al ver que se retiraba– ¿No creerá que porque estemos desesperados vamos a aceptar que se quede aquí sin más? ¿O que le vamos a pagar por hacer el trabajo?

-No le he pedido nada –dijo ella, sin inmutarse.

-Aun así –insistió, impidiéndole marcharse–. Hemos enviado a hombres más robustos que usted a matar a ese ser y fracasaron. ¿Qué le hace pensar que lo podrá hacer mejor? Por lo que sé, nadie que lo haya visto ha sobrevivido para contarlo. Y ahora llega con sus armas y su ropa extraña, salvando la vida de esta joven, como si simplemente se hubiese enfrentado a un lobo o un oso, y no a una criatura del infierno. ¿Y pretende que nos fiemos de usted sin más? ¿Quién nos asegura que no sea cómplice de esa bestia?

La joven se volvió hacia él, con furia controlada, y lo sujetó con fuerza por los colares, atrayéndolo hacia su rostro para que la mirase a los ojos. A pesar de la diferencia de altura, lo movió sin dificultad, pues era mucho más fuerte de lo que aparentaba. Al hablar, lo hizo con una rabia nacida de lo más hondo de su ser.

-Ese animal del que me acusa de ser cómplice no es sino una bestia sin piedad ni conciencia. Se alimenta de la sangre fresca de sus víctimas. No vive más que para matar. Indiscriminadamente. Le da lo mismo un hombre que una mujer, un joven que un viejo, hasta mata animales, si no tiene nada mejor para cazar. No es un ser sociable y que tenga amigos, señor, y me insulta al insinuar tal vileza. Si no me quiere aquí, no se preocupe porque tampoco yo quiero estar en este lugar. Voy a cualquier lugar donde estas criaturas se asientan para matar, porque quiero acabar con ellos. ¿O cree que es usted el único que padece semejante mal? –lo liberó y continuó hablando para todos–. Ese ser no dejará de alimentarse hasta que todos estén muertos, y después irá en busca de una nueva aldea. Y matará y matará y matará, hasta que acabe

con todos o alguien acabe con él. Den gracias de que en este lugar solo haya uno porque, en caso contrario, no estaríamos ahora decidiendo si soy o no de fiar. He llegado a combatir con manadas enteras de esos seres y le aseguro que no es agradable, pero si creen que lo harán mejor, entonces me iré y les dejaré que acaben con él. Aunque todos sabemos que de haber podido, ya lo habrían hecho.

La rabia impregnada en sus palabras sorprendió a los lugareños, así como la convicción en su tono. A pesar de lo que pudiesen pensar de ella por su aspecto, era una cazadora hábil, que no tenía miedo a enfrentar lo que fuese. Tras combatir aquel mal durante largos años, pocas cosas la asustaban ya y nunca le fallaba el temple a la hora de combatir. Se había forjado en el arte de la espada y la flecha desde temprana edad y era muy buena en ello.

-Si desean vivir –añadió–, harían bien en encerrarse en sus casas antes del anochecer. Oigan lo que oigan, jamás abran la puerta.

Cogió la bolsa, que había tirado al suelo en su ataque de rabia, y reemprendió la marcha hacia la casa de la joven a quien había salvado. No le atraía la idea de permanecer con ellas, después de que la madre se le arrodillase a los pies de aquel modo, pero su dinero empezaba a escasear y no podría pagarse un cuarto en la posada de la aldea, si acaso todavía funcionaba. Su consuelo era que solo debía cazar a un licántropo. Uno y podría irse.

-¿Qué criatura es la que me atacó, Daria?

Era la quinta vez que le hacía aquella pregunta desde que la había rescatado, y estaba segura de que no lo dejaría hasta que le respondiese. Suspiró, resignada, y la observó por un momento antes de hablar. Era tan joven. Quizá no llegase a los catorce años y había estado a punto de perder la vida aquella noche, solo por haberse despistado en la hora. ¿Es que aquella pesadilla no terminaría nunca? ¿No podría descansar de aquel agotador trabajo jamás? En ocasiones, creía haberse condenado a sí misma al prometer el fin de todos aquellos seres, pues parecía como si por cada uno que mataba, apareciesen otros dos.

-Se llama licántropo, Erika –le dijo–. Aunque también se conoce por el nombre de hombre-lobo.

-¿Un hombre-lobo? –la madre se estremeció al oírlo– ¿Esa criatura es un hombre?

-No exactamente –le explicó–. Algunos lo fueron en su momento, pero otros nacieron siendo eso. Por el día adoptan forma humana, lo que les permite pasar inadvertidos, pero por la noche, sobre todo con luna llena, cambian de forma y se convierten en el ser que atacó a su hija. Un enorme y violento lobo, con sed de sangre insaciable.

-El que me atacó a mí era totalmente negro –sollozó la joven al recordarlo–. Le brillaban los ojos y eso era lo único que podía ver detrás de mí mientras huía de él. Me asusté muchísimo.

-Entonces –la madre seguía pensando en ello–, si es medio humano, podría ser cualquiera de...

-No, señora –la interrumpió–. Los licántropos no son seres sociables, salvo con los suyos, si forman parte de una manada. Suelen agruparse en unidades de 6 o 7 individuos y se esconden en cuevas o lugares que no se encuentren a simple vista. Ni siquiera les hace falta estar muy cerca de su lugar de caza, porque son veloces en su forma de lobo. Tal vez no me crea si le digo que han sido afortunados porque solo haya uno de esos por aquí, pero es así. De ser más, es probable que hubiese llegado tarde para salvarlos. Llevo varios meses siguiendo su rastro. Lo perdí cerca de un río, a muchas millas de este lugar. Creí que no daría con él de nuevo, pero pude. Y le aseguro que esta vez no se me escapará.

-¿Por qué?

Daria sabía cuál era la pregunta que le hacía Erika y ella misma se la hacía cada día al

despertar, cuando salía de caza o simplemente al pensar en todos los enemigos que había matado ya y en los que todavía le quedaban. ¿Por qué? ¿Por qué entregar su vida a la caza de aquellos seres abominables? ¿Por qué vivir de pueblo en pueblo sin echar raíces en ningún lado? ¿Por qué sacrificarse? ¿Qué sacaba ella de todo eso? Sabía cuál era la respuesta real a aquellas preguntas, pero era tan personal, que no hablaba de ello.

-Hace años hice una promesa –siempre respondía lo mismo, sin más explicaciones.

-¿Qué promesa? –Erika sentía mucha curiosidad por la mujer que le había salvado la vida.

-Acabar con los licántropos.

-Pero, ¿por qué? –insistió.

-¿No es evidente? –preguntó, molesta con ella por su insistencia–. Quiero terminar con el rastro de muerte que dejan a su paso. Ningún licántropo merece vivir.

Salió de la casa dando por zanjada aquella cuestión. No le gustaba confraternizar con gente que sabía que no permanecería demasiado en su vida, ni hablar de un pasado todavía doloroso para ella. No necesitaba atormentarse más de lo que ya lo hacía por sí misma, así que para no pensar en ello, decidió ir al bosque a explorar un poco. Con suerte, encontraría un rastro que la guiase hasta la cueva del licántropo. O que la acercase más a él, al menos. Aunque les había dicho que podían vivir lejos de su lugar predilecto de caza, en realidad, solían asentarse tan cerca en ocasiones, que si ponías atención podías oírlos jadear. Claro que no todos tenían su agudo oído ni su prodigiosa vista. Aquellos y otros dones le habían sido concedidos por una razón y había tenido que descubrirlo con el dolor más inimaginable para ella. Desde aquel momento se había dedicado a perseguir y a matar licántropos. Era su destino. Su pasado, su presente y su futuro.

2

Lentamente se adentró en el bosque buscando pistas en las ramas de los árboles, en las hojas del suelo, en cualquier lugar donde el licántropo hubiese dejado la huella más efímera posible. Si había algo, sabía que lo encontraría sin problemas, pues ese era su trabajo y era buena en ello. Olía los aromas del bosque en el aire, buscando uno en particular, y escuchaba todos los sonidos que se producían a su alrededor, desde el leve rumor de las hojas mecidas por el viento, hasta el canto de un pájaro sofocado por la distancia. Tal era su concentración en aquel momento, que nada le pasaba inadvertido, absolutamente nada.

Se giró bruscamente, blandiendo su espada en el aire hasta colocársela en el cuello a quien la había estado siguiendo desde que salió de la casa. Lo observó con detenimiento, llegando a traspasar incluso la carne y los huesos, para así discernir si era amigo o enemigo. Era capaz de descubrir la licantropía en los humanos solo con mirarlos y aquel estaba limpio, al parecer, lo que no lo hacía menos peligroso para ella.

-¿Es que quieres que te mate? –le dijo con enfado.

-Te vi entrar en el bosque y pensé que quizá podría ayudarte –tragó con cuidado para evitar que el filo le cortase el cuello–. Conozco muy bien este lugar y...

-No necesito conocer un lugar para saber qué buscar y dónde –envainó su espada con la gracia de quien lleva años practicando y ni siquiera necesitó mirar. Sus ojos continuaban examinando al hombre, que no era tan joven como le había parecido en un primer vistazo. Quizá tuviese un par de años más que ella. Y era probable que, en otros tiempos, hubiese tenido una figura fornida, pues conservaba un cuerpo bien cincelado, a pesar de las privaciones a las que habían estado sometidos. Sin embargo, la vitalidad y el brío que debería haber tenido, parecían solo sombras de un pasado mejor.

Era mucho más alto que ella, pero no la intimidaba, a pesar de tener que mirar hacia arriba para hablarle. Nadie podía hacerla sentir endeble o diminuta, salvo quizá, aquellos a los que daba caza, y solo en ciertas ocasiones especiales. Llevaba el cabello, negro como el suyo, pero completamente liso, en una cola firme, y su rostro era como una bocanada de aire fresco en aquel aciago lugar. Era un hombre atractivo, a pesar del rictus serio que blandía y de que el cansancio y la falta de alimentos hubiesen mermado su robustez. Su actitud gritaba valiente por los cuatro costados y tenía una determinación digna de admiración. Habría sido un gran cazador con la preparación adecuada y estaba segura de que cualquiera de sus compañeros lo habría tomado como discípulo sin dudarlo al verlo, pero no así ella. Ella trabajaba sola, pues su cruzada contra los licántropos era más que un trabajo. Había hecho una promesa que la obligaba a seguir adelante hasta haber acabado con el último de los licántropos o a morir en el intento. Jamás arrastraría a nadie con ella a tan aciago destino.

-Serías un estorbo, más que una ayuda –replicó, sin más, después de su exhaustivo examen. El joven se había mantenido firme mientras ella lo estudiaba y la decepción se reflejó en su rostro al escucharla. Daria pensó que era demasiado transparente para aquel trabajo y que era mejor quitarle la idea de la cabeza cuanto antes, para que no se hiciese ilusiones. Sería peligroso para él, que intentase impresionarla para que cambiase de opinión.

-¿Siempre eres tan hosca o mi presencia es lo que te incomoda?

-Soy directa –le dio la espalda, advirtiéndole con una mano que permaneciese en silencio, y tras un breve instante, se volvió hacia él y continuó su charla como si nada hubiese pasado–.

Aunque es habitual que se confundan ambos términos. Lo bueno es que ambos provocan la misma reacción, así que elige el que más te guste.

-¿Qué reacción? –miró a su alrededor tratando de oír aquello que había advertido Daria, pero no pudo. En cambio, continuó a su lado, esperando respuesta.

¿Acaso estaba jugando con ella? Sería el primero que se atreviese a hacer algo así. Normalmente, con sus modos bruscos y su sombrío aspecto solía mantener a la gente alejada de ella. Era la única manera en que podía trabajar sin interrupciones como aquella. Sabía que había entendido su indirecta y por eso, aquella pregunta solo podía significar que el hombre jugaba con ella. Peligroso juego aquel.

-Que dejen de incordiarme –dijo, no obstante.

-Interesante –sonrió–. Tal vez debería probarlo.

Definitivamente, jugaba con ella, no podía creérselo. Sí, habría sido un buen cazador, pues tenía todas las cualidades necesarias, hasta la arrogancia, pero ella no quería un compañero. Debería dejárselo claro de una vez por todas para que se marchase y la dejase trabajar en paz.

-Esta charla ha sido de lo más amena, pero ahora te irás –no era una sugerencia–. Tengo mucho trabajo y no podré hacerlo y cuidar de ti al mismo tiempo.

-Sé cuidarme solo –la desafió.

-No dudo que puedas hacerlo en otras circunstancias y estoy segura de que serás bueno en ello, pero en lo que concierne a mi trabajo, solo serás un estorbo.

-Pruébame –la retó nuevamente.

Daria lo desafió con la mirada. En muchas ocasiones, aquello era suficiente para intimidar al más audaz. Llevaba años perfeccionando el gesto, pues si miras a un licántropo a los ojos y demuestras miedo, estarás perdido. Tan perdido como se podría encontrar Daria en aquellos profundos ojos azules. De no tener otras preocupaciones apremiantes, podría haberse dejado embrujar por su hipnotismo para toda la eternidad. Nunca antes había visto unos ojos tan azules. Eran como el cielo claro de su país. Echaba de menos su hogar y aquellos ojos se lo recordaban sobremanera. Una punzada de nostalgia sacudió su corazón y tuvo que reprimir el impulso de apartar la mirada.

En cambio, la endureció. Quería ganar aquella batalla cuanto antes y alejarse de aquel hombre que parecía no entender los peligros a los que se exponía junto a ella. Permanecieron en silencio, desafiándose con la mirada hasta que fueron interrumpidos. Y en aquella ocasión, también él escuchó el ruido, pues se giró al mismo tiempo que ella hacia el lugar del que venía. Daria admiró su velocidad de reacción, pero jamás le diría nada al respecto, o no se lo quitaría de encima.

Había desenfundado sus espadas y se había colocado delante del hombre para protegerlo de la amenaza, cuando dos figuras surgieron de la nada.

-¡Oh, Señor! –suspiró, desencantada, enfundando las espadas por segunda vez sin haberlas usado–. Lo que me faltaba ya. ¿Es que tengo cara de niñera?

-¿Qué diablos hacéis vosotros aquí? –tal vez fuese él quien estuviese más sorprendido, después de todo–. Os dije que os fueseis a casa. Esto es peligroso.

-Queremos ir contigo, William.

-Vamos, volved a la aldea.

-Queremos ir contigo –repitieron tercamente ambos niños.

Daria sonrió por primera vez desde que había llegado a la aldea. Desde luego aquellos dos niños debían ser familia de William, pues eran igual de testarudos que él. Pero en aquella ocasión, su presencia le resultaría beneficiosa.

-Una excelente idea –interrumpió aquella discusión–. Podéis ir todos juntos a la aldea. Así estaréis con él y yo podré seguir haciendo mi trabajo en paz. Todos contentos.

-No todos –protestó William.

-Bueno, en la mayoría de los tratos, uno pierde más que el otro, por muy equitativo que intenten que sea –alzó una ceja a modo de burla. Si lograba enviarlo de regreso, se sentiría satisfecha por ello y su buen humor mejoraría, sin duda. No le importó olvidar por un instante, su máscara de férreo control.

Sin embargo, había furia en aquellos ojos azules, que sorprendentemente se oscurecieron. Aun así, decidió obedecer y llevarse a los niños de regreso a la aldea con él. Sabía no ganaría esta vez y se le notaba en el rostro la frustración. Era demasiado transparente.

En cuanto se quedó sola, reemprendió la búsqueda, aunque sabía que ya no tendría éxito, después de tal alboroto. Si el licántropo hubiese estado cerca, ahora se habría ocultado de ellos, porque no era tan fuerte en su forma humana como para enfrentarlos. Sería una pérdida de tiempo permanecer allí, pero decidió llegar, al menos, hasta el río que había oído antes de ser interrumpida. No parecía estar lejos, por lo que le echaría un vistazo antes de regresar.

Un par de horas más tarde, estaba de vuelta, todavía más desanimada que cuando entró en el bosque. No había encontrado huellas del licántropo en el río, ni siquiera de días anteriores, y eso solo podía significar que el lugar donde se escondía no estaba tan cerca como había imaginado. O tal vez este era más listo y precavido que otros a los que se había enfrentado, y sabía esconder mejor su rastro, pues el único sitio en el que había evidencias de él, era donde ella lo había atacado la noche anterior.

-¿Lo has encontrado? –William la asaltó nada más ir a la casa de Erika. Sin saber por qué, su presencia allí la reanimó un poco. Admiraba su persistencia tanto como le alarmaba su audacia. No era buena mezcla.

-No te das por vencido, ¿verdad? –dijo con fastidio.

-Los niños de esta mañana son mis hermanos –dijo–. Solo me tienen a mí en este mundo. Alec tiene ocho años y Megan seis. Quiero darles un futuro mejor del que tienen ahora mismo y el único modo de hacerlo es matando a esa bestia. No me quedaré de brazos cruzados viendo cómo mata a más gente.

-¿Y qué futuro podrías darles si te mueres ahí fuera? Lo mejor que puedes hacer es quedarte con ellos en casa hasta que la criatura esté muerta –replicó.

-Pero no puedes hacerlo sola –insistió–. Otros lo han intentado, en grupos numerosos, y no sobrevivieron.

-Pero ellos no son yo. Soy una cazadora, William y mi presa es esa bestia. No hay nadie mejor que yo. Y no es soberbia, sino un hecho. He cazado sola manadas enteras, creo que podré con uno.

-Quiero ayudarte –no parecía querer rendirse.

-No puedes.

Cuando trató de entrar en la casa, William le impidió el paso. Esta vez no se dejaría vencer tan fácilmente. No aceptaría un no por respuesta y Daria pudo leerlo en su rostro y en la determinación de su mirada. Era obstinado y creía que su tamaño la intimidaría, pero Daria no se asustaba con facilidad. Acostumbrada a matar licántropos, mucho más grandes y más fuertes que ella, la robustez de William no la impresionaba en absoluto.

Aunque se sintió incómoda por su proximidad. Notó un extraño calor en las entrañas, que le advirtió cuán peligroso que era para ella permitirle acompañarla. Hacía demasiado tiempo que no se interesaba por un hombre porque era excesivamente peligroso para él. La última vez que había

pasado, no acabó demasiado bien y se prometió no cometer aquel error de nuevo.

-Apártate.

-Quiero ayudarte –le repitió.

-Eso ya lo has dicho. Y mi respuesta sigue siendo no.

-¿Por qué?

-Yo trabajo sola. Tu ayuda no me es necesaria.

-¿Por qué?

-¿Qué pasa contigo? –preguntó, incrédula– ¿Es que tienes que repetir cada palabra que dices?

-Si respondieses a mis preguntas –le dijo–, no tendría que repetirme.

-Ya te he respondido, pero no te gusta lo que oyes.

-Te equivocas. No me has respondido.

-Será que no formulas bien las preguntas –lo desafió, aburrida de aquella conversación.

-Está bien –sonrió, como si aquello fuese un avance–. Lo intentaré de nuevo, entonces. ¿Por qué dices que no necesitas mi ayuda?

Su resplandeciente sonrisa la dejó sin resuello. Nada en su vida la habría preparado para la impresionante transformación que sufrió William con aquella simple sonrisa. Lo había considerado atractivo en el bosque, pero se había quedado corta. Los ojos le brillaban ahora con una vena traviesa y su sonrisa le iluminaba el rostro, barriendo cualquier signo de seriedad. Un par de bonitos hoyuelos aparecieron en sus mejillas para atormentarla todavía más. Debería sonreír más veces, pensó. O tal vez no, por su bien. Cuando logró serenar a su agitado corazón, habló de nuevo.

-Si tu ayuda me fuese útil ahora, creo que no habría hecho falta mi presencia aquí. Te habrías encargado tú de acabar con la amenaza, ¿no te parece?

-Yo solo no puedo matarlo. No sé qué es ni dónde se esconde. No sé cómo se mata...

-¿Y cómo pretendes ayudarme si no sabes nada? –lo interrumpió.

-Tú me enseñarás.

-Primero –se le estaba agotando la paciencia y no le hacía ningún bien tenerlo cerca después de ver cómo reaccionaba ante su sonrisa. No quería discutir con él tampoco, pues resultaba demasiado estimulante– no es algo que pueda enseñarte de un día para otro. Ser cazador requiere años de entrenamiento y no tengo tanto tiempo. Y en segundo lugar, no me interesa un compañero. De quererlo, hay cazadores ya formados que estarían encantados de formar equipo conmigo.

-Creo que podría llegar a ser un gran cazador.

-Creo que deberías volver con tus hermanos y cuidar de ellos –le respondió con sinceridad–. Te necesitan.

-Necesitan que esa bestia desaparezca.

-Eres un hombre imposible –lo empujó, para sacarlo de su camino, y no le costó mucho desplazarlo. Bajo aquel aspecto de frágil mujer, latía el corazón de una guerrera forjada en la lucha cuerpo a cuerpo. En más de una ocasión, solo su fuerza la había salvado de la muerte. Mover a un hombre como él no suponía una tarea imposible para ella, sin embargo, el rostro de William reflejaba sorpresa y confusión cuando lo hizo a un lado. A duras penas había logrado mantenerse en pie.

-Daria –Erika abrió en aquel instante la puerta–. Que alegría verte. Ahora mismo iba a buscarte porque es la hora de comer. ¡Oh, Will! No te he sentido llegar. ¿Llevas mucho ahí?

-Creo que ya se iba –contestó Daria en su lugar.

-Yo creo que no –sonrió, triunfal, el aludido.

-Verás, Daria –le explicó Erika, al ver la confusión en su mirada cuando William entró en la casa antes que ella–. Hace casi seis años, hubo un terrible accidente en las montañas en una cacería. El padre de William y el mío murieron allí. Megan era todavía un bebé y William no sabía cómo cuidarla. Mi madre no podía hacer el trabajo de la granja sola, así que decidimos vivir todos juntos. Somos una gran familia feliz desde entonces.

-Que interesante. ¿Y la madre de William? –como el aludido no podía escucharlas, aprovechó para saciar su curiosidad.

-Perdió la cabeza cuando su esposo murió –susurró–. La cuidamos entre todos, pero cuando... cuando todo esto empezó, se escapó una noche y no supimos más de ella. Salieron a buscarla, pero no encontraron más que su ropa ensangrentada y... vísceras.

Daria se arrepintió de preguntar, pues Erika tenía el rostro pálido y parecía como si necesitase vomitar en ese momento.

-Lamento oír eso –no sabía muy bien qué decir para consolarla–. Será mejor entrar, seguro que nos están esperando.

Cuando vio a William a la mesa, su ánimo decayó. De todas las jóvenes a las que el licántropo pudo atacar aquella noche, tuvo que ser precisamente a Erika, la hermanastra de su incansable perseguidor. Si había creído poder despistarle en algún momento, estar en la misma casa le dificultaría la labor notablemente. Y para colmo de males, estaba segura de que matar al hombre-lobo no resultaría fácil. Le había demostrado que era muy listo, así que encontrar su guarida sería complicado si no cometía ningún error. Algo le decía que no era de los descuidados tampoco.

-Daria –Erika la llamó, regresándola al presente. Se había abstraído a medio camino de la mesa y ahora la estaban observando todos, esperando que tomase asiento para empezar a comer.

-Lo siento –se disculpó, sentándose junto a ellos.

-Demos gracias a Dios por estos alimentos y pidamos que no nos falte nunca un plato en la mesa mientras no se termina nuestra penitencia –dijo entonces la madre de Erika, después de obligarlos a cogerse de las manos para rezar.

A Daria le resultó curioso que llamase a su situación una penitencia. ¿De qué? ¿Qué delito podrían haber cometido para tener que pagar por él con una bestia como aquella rondándolos?

-Buen provecho –la voz de William la sacó de nuevo de su ensoñamiento y observó la comida mientras la madre de Erika le servía su parte.

Había cordero asado y judías. El cordero no era muy grande, pero parecía tierno. Suficiente para ella, que se había estado alimentando de tortas en los últimos días. Le sirvió los mejores trozos, pero no se percató hasta haber tomado un par de bocados. Comprendió entonces, que probablemente, aquella comida era lo que ellos hubieran comido durante toda la semana. Por ella, estaban dispuestos a sacrificarse, pero no lo permitiría. Su conciencia no se lo perdonaría.

-Esta es una comida deliciosa, sin duda –dijo–, pero no debería haber preparado tal cantidad, señora. No por mí, al menos. No estoy aquí para dejar a su gente sin alimentos, sino para acabar con sus penurias.

-No es molestia –la madre de Erika le impidió retirar su plato–. Usted salvó la vida de mi hija y...

-Y no estoy dispuesta a matarlos de hambre por ello –repitió–. Comeré lo mismo que coman ustedes o no comeré. Mi conciencia no me permite robar y eso es lo que estaré haciendo si acepto todo esto. No debe avergonzarse por tener poco, buena mujer. Sé lo mal que lo están pasando y no pediré más de lo que vaya a necesitar.

Tomó su plato todavía lleno y lo vació en la bandeja del cordero. No estaba dispuesta a

terminar con las pocas provisiones de quien había tenido demasiadas privaciones ya. Tomó un pequeño trozo de pan con cordero y comió en silencio, mientras el resto hacía lo mismo. Al terminar, les dio las gracias y salió de la casa con una manzana en la mano.

Su incansable cacería la había llevado a recorrer todo el mundo. Allá donde un licántropo atacaba, iba ella, y lo que se encontraba era siempre lo mismo. Miedo, muerte y miseria. Era como si la maldición que sufría el licántropo se extendiese más allá de su cuerpo. En su peregrinar había visto de todo. No la sorprendía el lastimoso estado en que se encontraban en la aldea, pero la conmovía, no obstante. Veía desconfianza en la gente cuando llegaba, pero la acogían como a una reina solo por el hecho de querer matar a las bestias que los atemorizaban. Así como aquella familia se lo habría dado todo por salvar a Erika, el resto haría lo mismo por verse libres de aquel mal. Renunciarían a todo por poder volver a sus vidas antes de la bestia.

Muchos de sus compañeros se habían aprovechado de aquella circunstancia, pero ella no podía. Conocía demasiado bien las consecuencias de los ataques de aquellos monstruos y su conciencia no se lo permitía. Algunos la habían llamado santa, pero no estaba tan segura de serlo. Solo hacía su trabajo, solo cumplía la promesa hecha a un anciano en su lecho de muerte. Acabaré con ellos, abuelo, se lo prometo.

3

Miró el encapotado cielo. Hacía meses que no veía el sol y añoraba su calor, para infundirle templanza a su corazón y darle paz a su espíritu. Pero hasta aquella bendición parecía haberla abandonado en su cruzada personal. Cada día le resultaba más pesado cumplir su promesa, pues sentía que el número de aquellas bestias aumentaba con el paso del tiempo.

-Quiero ver sus espadas.

Aquella dulce voz la despertó de su ensoñación. Miró al pequeño que se encontraba a su lado, el hermano de William. Tenía su misma mirada azul, aunque aún era inocente y pura.

-¿Por qué?

-Erika dice que son mágicas.

-¿Mágicas? No entiendo por qué habrían de serlo.

-Nuestras espadas no mataron a la bestia, pero Erika dijo que las tuyas lo hirieron. Tienen que ser mágicas si hacen eso.

-Si te cuento un secreto, ¿sabrás guardarlo? –le dijo, agachándose a su lado para hablarle en susurros. Le recordaba tanto a sus hermanos.

-No se lo diré a nadie. Lo prometo.

-Bien –miró a un lado y a otro antes de hablar, como si estuviese asegurándose de que nadie podía oírla–. En realidad, Erika tiene razón. Son mágicas.

-¿De veras? – Alec abrió desmesuradamente los ojos.

-Las fabricaron especialmente para matar a animales como ese –le aseguró–. Ellos son muy fuertes y sus heridas se curan deprisa, pero cuando yo los golpeo con mi espada, el daño que les causo no se cura. Si soy lo bastante fuerte, puedo matarlos.

-Si tuviésemos de esas espadas en la aldea, ya no nos harían más daño.

-Si tuvieseis de estas espadas –le guiñó un ojo–, me quedaría sin trabajo.

-¿No echas de menos a tu familia? –Megan los había estado escuchando desde las sombras.

-No tengo familia –les contestó, después de sopesar la pregunta. No le gustaba hablar de su pasado, pues había demasiados malos recuerdos en él.

-¿Qué le pasó?

-Se murió, Megan.

-¿Todos?

-Sí, todos.

-¿Los mataron los monstruos? –la inocente pregunta de Megan la cogió desprevenida y por un instante, su rostro reflejó todo el dolor que se obligaba a ocultar. Nunca antes nadie se había acercado así a la verdad, y se asustó. Tan solo era una niña de seis años, pero había comprendido su historia mejor que nadie.

-Murieron, Megan. Eso es todo –trató de sonreír, en vano–. Ahora debo volver al bosque para encontrar a la bestia. Encerraos en casa y no salgáis.

-Volverás antes de que llegue la noche, ¿verdad? –la niña se asustó, pensando en que no pudiese volver a tiempo.

-Meg, es una cazadora de monstruos –su hermano creía ser más listo que ella y se lo hizo saber–. Tiene que estar fuera cuando aparezca el monstruo.

-Eres muy listo, Alec –le dijo Daria–. Los dos lo sois y por eso, me gustaría pedirlos un pequeño favor, que es muy importante para mí.

-¿El qué? –preguntaron a un tiempo y ella les sonrió.

-Tenéis que impedir que vuestro hermano mayor me siga. Sería muy peligroso para él que estuviese fuera por la noche. ¿Lo haréis?

-Sí –asintieron al mismo tiempo.

-No dejaremos salir a nadie de casa –le aseguró Alec.

-Muchas gracias, pequeños valientes.

Daria no creía que lograsen detenerlo si se proponía seguirla, pero tenía la esperanza de que, al menos, lo entretuviesen el tiempo necesario para perderle la pista. Tal vez así se desanimase y aguardase en casa como todos los demás. No podría trabajar tranquila si sabía que alguien corría peligro. Para dar caza a los licántropos necesitaba toda su concentración puesta en ello, otra razón más por la que trabajaba sola. No confiaba en nadie como lo hacía en sí misma y no se quería preocupar por si serían capaces de cumplir su parte del plan o la dejarían en la estacada. Lo había intentado una vez y había sido un auténtico fracaso.

Recogió sus cosas y se dirigió al bosque. Aún estando ya lejos, supo en qué momento los dos pequeños se cruzaron en el camino de su hermano para impedirle que la siguiera. Eran astutos aun siendo pequeños y pensó que tal vez lo lograsen. De todas formas, solo necesitaba una pequeña ventaja para que perdiese la pista y desistiese en su empeño por seguirla. Decidió regresar al río. La cueva debería encontrarse cerca, a pesar de no haber encontrado ningún rastro allí. Los licántropos trataban siempre de vivir cerca del agua. No es que la utilizaran, salvo para beber, pero eso lo hacían asiduamente. Al parecer, la sangre humana provocaba una sed terrible.

Sintió escalofríos al pensar en eso. Era increíble que, después de tantos años, no se hubiera acostumbrado todavía a las bárbaras costumbres de aquellos seres. Sabía que durante la transformación, la mayoría no sabía lo que hacía, pues sus instintos se apoderaban de ellos. Solo aquellos que habían nacido licántropos podían hacerlo, pero de esos quedaban muy pocos. Antes de convertirse en cazadora, lo había aprendido todo sobre los licántropos, pues su tragedia personal le había enseñado más que a cualquier cazador que llevase años realizando su trabajo. Había conocido de primera mano los sentimientos de aquellos seres y sus viles actos. En su momento, había creído que no todos disfrutaban de su licantropía, y había conocido a algunos que hacían lo imposible por evitar que sus lobos interiores matasen, pero esos eran los menos. La mayoría, y lo había descubierto de la peor forma, asesinaba con gusto y alevosía.

En su viaje hacia el río, se detuvo un par de veces, buscando huellas y dejando trampas a su paso. No detendría al licántropo mucho tiempo, pero le darían una pequeña ventaja que, en incontables ocasiones, le había supuesto la diferencia entre la victoria y la derrota. En el arte de la caza todo era válido con tal de ganar.

Cuando llegó al río, ya estaba anocheciendo y había colocado varias trampas por el camino. Recorrió la orilla en ambas direcciones, tratando de localizar el lugar que le ofreciese mayor cobertura y una buena tapadera. Estaba segura de que el licántropo pasaría por allí tarde o temprano. Su instinto no solía fallar, después de tantos años persiguiéndolos. Se apostó en la gruesa rama de un árbol, oculta entre las hojas, y esperó a que la noche cubriese todo con su manto de oscuridad. Era noche de luna llena, así que sería la más peligrosa de todas las noches. Aquella en la que la consumación de la maldición se llevaba a cabo. Los nuevos licántropos infectados, dejaban atrás su lado humano, para convertirse en lobos sedientos, que se iniciaban en el arte del asesinato. Su primera luna llena los convertía al fin en aquellas horribles bestias, y cada noche, a partir de aquella, se transformarían para asesinar sin remordimientos ni culpabilidad. Así era siempre y si no se le ponía remedio, no acabaría jamás.

Pero en cada luna llena, los licántropos se volvían en seres mucho más salvajes y peligrosos,

lo que hacía de aquella, una noche complicada. La más larga para los cazadores. Una noche interminable, la llamaban.

Pasadas un par de horas, Daria permanecía todavía apostada en su refugio, sin haberse movido nada. Se masajeó el cuello, pues empezaba a sentir dolor en todo el cuerpo por la tensión de las horas de espera. Pero la oscuridad se había apoderado del lugar, salvo por la luz que la luna enviaba desde lo alto, y sabía que el licántropo no tardaría en llegar. Se sentía tan entumecida, por forzar aquella postura, que decidió cambiar y sentarse en la rama. No sería tan rápida como de cuclillas, pero al menos tendría sensibilidad en sus piernas, llegado el momento.

El licántropo se estaba retrasando y eso le hizo creer que aquel no era un hombre-lobo común. La luna ya lo habría vuelto loco, de serlo, y habría aparecido en el río nada más oscurecer. Sin embargo, todavía no había señal de él. No debo subestimar a este, pensó.

Un par de minutos más tarde, oyó un ruido. No había sido más que un ligero susurro de las hojas, pero ella lo había oído perfectamente. Se colocó de cuclillas de nuevo, preparada para saltar sobre la bestia nada más verla aparecer. Sus nervios se habían templado y su cuerpo estaba alerta ahora. El cansancio había desaparecido por completo y la adrenalina corría por sus venas. Escudriñó las sombras bajo ella cuando el ruido se repitió. Alguien se acercaba y era cauteloso. Demasiado quizá, en una noche como aquella en que olvidaban su sigilo, presos de la excitación de la luna llena. Eso confirmaba sus sospechas de que debía ser uno de los originales. Los únicos a los que la luna no afectaba, incluso si estaba tan redonda como aquella noche.

Justo cuando creía que se volvería loca si no aparecía ya, surgió una figura encapuchada de la espesura. No era licántropo, de eso se dio cuenta nada más verlo, y tampoco era un cazador, pues cualquiera de ellos sabría que no debía exponerse así durante la noche, y menos en luna llena. Aquel hombre, pues eso era, estaba actuando como un completo insensato. Se lo iba a decir, bajando del árbol para enfrentarlo, pero un nuevo ruido detuvo sus movimientos. En aquella ocasión, era demasiado fuerte para confundirlo con otra cosa. El licántropo estaba cerca, muy cerca.

El hombre se giró bruscamente hacia el río. También él había oído el sonido. Era imposible no percibirlo, pues el licántropo no estaba siendo discreto, justo lo que había esperado ella en una noche como aquella. Pero cuando se disponía a bajar para dirigirse hacia la bestia, descubrió la espada que portaba el hombre en su mano. También le pudo ver la cara con claridad cuando echó la capucha hacia atrás.

William, susurró Daria, enfadada. Ese loco suicida la había seguido, después de todo, a pesar del esfuerzo de sus hermanos para impedirselo. ¿En qué estaría pensando el muy necio? ¿Creía que lograría vencerlo con aquella ridícula espada de hierro? Lo único que conseguiría era que lo matase.

Desenvainó sus espadas y se preparó para saltar una vez más. Ahora tendría que ser rápida si quería evitar que el licántropo atacase a William. Nada podía ir ya peor: luna llena, un licántropo loco y un hombre en peligro por su propia estupidez. Alguien debía haber lanzado una maldición contra ella, aunque no sabía por qué. Que recordase no había ofendido a nadie en los últimos años y sus enemigos no sabían maldecir.

Divisó al licántropo mucho antes de que fuese visible a los ojos de cualquier otro, incluso del joven que se mantenía en guardia debajo del árbol. Parecía como si estuviese a punto de echar a correr lejos, pero se mantenía en pie con firmeza. Sería un buen cazador, pensó Daria de nuevo, instantes antes de lanzarse sobre el hombre-lobo. Este, en su ansia por destrozar al hombre, no había visto a la cazadora, y recibió un fuerte espadazo en la espalda, antes de poder evitar su ataque. Su grito erizó el vello de William, que ni siquiera había visto llegar a Daria. También él

gritó, pero cuando trató de acercarse para ayudarla, Daria se lo impidió.

-Aléjate, William –le ordenó, mientras atacaba al lobo para asestarle otro golpe. Nada había más peligroso que un licántropo herido en una noche de luna llena.

El animal se defendía con fiereza mientras lo atacaba una y otra vez, con contundencia y constancia. Daria sabía que si se detenía, perdería la batalla.

-Déjame ayudarte –gritó William– ¿Qué debo hacer?

-Mantente lejos –le gritó ella a su vez.

William veía con impotencia, como se enfrentaba a la bestia sin más ayuda que sus dos espadas. Ambos giraban y se atacaban como si de un baile se tratase. Un violento baile de muerte. En cada giro, el abrigo de la cazadora describía un amplio círculo en torno a ella, como creando un campo de protección. Era un espectáculo del que sin duda, habría disfrutado, si no se tratase de una lucha a vida o muerte. Y aunque la pelea era igualada, todo parecía indicar que la bestia tenía las de ganar. Tan corpulenta y feroz.

Pero Daria sabía lo que hacía, pues era una experta en el arte de la cacería. Única entre sus congéneres, no solo por ser mujer, sino por aquellas habilidades innatas que poseía. Muchas mujeres habían querido seguir sus pasos, pero habían fracasado. Algunas de ellas, incluso habían acabado siendo perseguidas por sus compañeros, pues si un licántropo te muerde y te deja con vida, irremisiblemente te convertirás en uno de ellos. Su sangre envenenada enajena la tuya, hasta transformarte en una bestia sin corazón, que vaga en busca de víctimas todas las noches. Solo la muerte te puede liberar de tan funesto final.

William ignoraba aquello y solo intentaba encontrar un modo de ayudar a Daria. Parecía como si la lucha no fuese a terminar nunca, los veía girar y girar sin descanso. Daria parecía agotada, sudaba y se había quitado el abrigo poco antes de repeler un ataque de la bestia. Con cada estocada emitía un fuerte grito, como si tratara de descargar en sus espadas toda la furia que sentía.

Entonces, hirió de nuevo al licántropo y este gritó de dolor. Era un sonido horripilante, mitad animal mitad humano. Ahora que lo había oído, William no podría olvidarlo jamás. Retrocedió horrorizado y rompió, sin pretenderlo, una rama en el suelo. El insignificante ruido para otros, alertó a la bestia, que se giró hacia él y lo atacó, creyendo que iba a por él.

-No –gritó Daria, al verlo, mientras corría tras el lobo –. William no lo mires a los ojos. No lo mires.

William había desenvainado la espada una vez más, pero le temblaban las manos y apenas podía sujetar el arma. Había cometido el error de mirar la animal a los ojos, unos ojos negros como la noche, inyectados en sangre. El miedo se apoderó de su cuerpo, que no respondía a sus órdenes ya. Sentía como si el tiempo se hubiese ralentizado, y lo vio todo con tal lentitud, que le pareció que había durado toda una eternidad, desde que el lobo lo vio hasta que huyó.

William vio a Daria soltar las espadas y lanzarse a por la bestia en un intento de detener su avance solo con sus manos. La vio sujetarse a su espalda y sacar un cuchillo de su bota para asestarle una puñalada cerca del cuello. Vio también cómo el licántropo aullaba de dolor una vez más y se giraba para sacarse de encima a su atacante. Entonces, ambos rodaron por el suelo. En más de una ocasión, William creyó que el lobo le arrebataría la vida a Daria, pero ella siempre lograba escapar de sus fauces y garras.

En un último intento desesperado por ayudarla, trató de clavarle la espada cuando lo tuvo de espaldas a él, pero erró el golpe y se vio lanzado por el aire varios metros, hasta que se topó con un árbol que detuvo su vuelo. Por un momento, creyó que se desmayaría de dolor, pero el grito desgarrador del hombre-lobo lo obligó espabiló. Daria le había rajado el rostro con el cuchillo y

el licántropo huyó desesperado de dolor. Al parecer, la batalla había terminado por esa noche. La venganza tendría que esperar.

4

Daria se acercó a William, casi a rastras, pues estaba agotada y le dolía todo el cuerpo tras la desesperada lucha a muerte que había mantenido con el hombre-lobo para salvarlo. El joven pudo adivinar que estaba furiosa con él, por la intensa mirada que le mandaba en la distancia. Jamás en su vida había tenido miedo de nadie, como lo tenía en ese instante de la mujer que se acercaba a él. La lentitud de sus movimientos lo volvía loco de miedo. ¿Y si decidía matarlo por los contratiempos que le había causado?

-Te dije que... –su reprimenda quedó silenciada al ver el hombro de William–. Por Dios, estás herido.

La expresión en su rostro pasó de inmediato de furia a preocupación. Lo movió y lo giró para ver mejor la herida que había manchado de sangre su camisa. El dolor que le causó aquel gesto brusco, le dijo que no se había equivocado, aunque no había sentido nada, hasta que ella lo dijo. Ni siquiera recordaba cómo o cuándo le había hecho aquello.

-Maldita sea –dijo, furiosa de nuevo– ¿Sabes lo que acabas de conseguir con tu testardez, William? ¿Te das cuenta del daño que te acabas de hacer? ¿A ti y a los tuyos?

-Solo es un rasguño –se apartó de ella, molesto por su excesivo celo–. Apenas se ve.

-Es un rasguño hecho por un licántropo, estúpido.

-¿Y qué importa eso? –bufó– ¿Acaso los rasguños de los licántropos no se curan?

-¡Oh, Dios mío! ¿Cómo puede ser tan tonto? –habló al cielo, como si realmente le hiciese la pregunta al Creador–. La licantropía se hereda, por así decirlo, de dos maneras: si naces licántropo, porque tus padres son ambos licántropos; o si un licántropo te hiere.

Dejó que sus palabras hicieses mella en él, dándole tiempo a que sacase sus propias conclusiones. Supo el momento exacto en que lo dedujo, porque vio su rostro palidecer, al tiempo que sus ojos se abrían aún más de lo que ya estaban.

-No puede ser –se dijo casi sin voz–. Yo no sabía...

-Claro que no sabías –lo interrumpió– porque no te has parado a pensar antes de actuar. No has querido saber cómo funciona esto o prepararte para hacerlo bien. William, no sabes nada de este mundo y eso te pone en riesgo. Debiste quedarte en casa. Todo esto es muy peligroso, incluso para los que saben –había conseguido calmarse mientras hablaba y ahora no le gritaba–. Nuestras vidas están en juego cada vez que nos enfrentamos a uno de ellos, o a una manada. No es un trabajo fácil y puedes creerme cuando te digo que morir no es el peor de los finales, sino más bien todo lo contrario.

-Yo... no sé –estaba en shock.

Daria comenzó a moverse a su alrededor, con ambas manos en la cabeza, pasando sus dedos por su pelo, en un acto de desesperación. Necesitaba encontrar la forma de solucionarlo porque no quería tener que matar a William cuando se convirtiese en un asesino como el que lo había atacado. No se merecía eso, a pesar de haberse portado con ella de una forma tan insufrible.

Lo tomó del brazo y lo sacó, prácticamente a rastras, del bosque. Dudaba que el licántropo volviese, pero no quería arriesgarse. Además, necesitaba sentirse a salvo para aclararse la mente, y caminar le ayudaba a pensar mejor.

-Está bien –dijo, más para sí misma que para William, una vez fuera del bosque–. Aún estamos a tiempo de solucionarlo. Tenemos un mes, hasta la próxima luna llena.

-Eso, ¿es bueno? –William trataba de no sucumbir al pánico por el incierto futuro que le

esperaba. Parecía que Daria tenía un plan y se aferró a ello para pensar que podría evitar convertirse en una bestia como la que lo había atacado.

-Sí, es muy bueno –asintió–. Una persona que ha sido atacada por un licántropo, pero ha sobrevivido, no se transformará hasta que haya luna llena.

-Pero hoy hay luna llena –le recordó, señalando a la masa blanca y brillante que los estaba iluminando.

-Cierto, pero no te has transformado todavía, ¿no? –le dijo–. Eso nos deja un mes entero para entrenarte y asegurarnos de que puedas sobrevivir a su ataque.

-¿Al ataque de quién? –preguntó.

-Del licántropo que te arañó –le explicó.

-¿Por qué me iba a atacar? –no entendía nada– ¿No soy ahora de los suyos? No debería atacarme, ¿no?

-No lo hará, pero se defenderá cuando tú lo hagas.

-¿Y yo por qué habría de atacarlo? –la interrumpió.

-Si me dejases terminar de hablar, podría decírtelo –le recriminó. William guardó silencio y ella continuó–. Los licántropos que son hijos de otros licántropos, nacen con esa maldición... y mueren con ella. No se puede hacer nada para cambiarlo. Sin embargo, quien haya sido convertido por un licántropo, puede volver a ser humano si mata al lobo que lo mordió.

-Entonces... –trató de contemplar las posibilidades– tampoco importa si lo logro antes de la próxima luna llena o no. Tenemos más tiempo para prepararnos, ¿no?

-No es tan sencillo como matarlo y listo. Cuantas más veces te transformes antes de hacerlo, más unido te sentirás al licántropo que te convirtió y más difícil te resultará matarlo. Será mejor si logramos que acabes con él antes de tu primera transformación.

-¿Crees que podré hacerlo? Decías que solo estorbo.

-Y estorbas –se encogió de hombros–, pero no tienes más remedio ahora. O lo matas o te vuelves como él, tú eliges.

-¿Me dejarías ir si decidiese ser licántropo?

-Te mataría sin dudarle –le aseguró. No vacilaría si se convertía en licántropo, pues no sería él mismo, sino un animal más, con sed de sangre humana.

-Es bueno saberlo –dijo, no muy convencido. Quizá le habría gustado oír que haría lo imposible por salvarlo de aquello, pero no que lo mataría sin más.

La había oído hablar de su odio hacia los licántropos, pero nunca pensó que no sería clemente si conocía a la persona convertida.

-Somos muchos los que cazamos a esas bestias –dijo, al ver el disgusto reflejado en su rostro– y algunos no lo han logrado. O bien han muerto o los han herido.

-Y los has matado –sentenció.

-Hubo una vez un matrimonio –evitó responderle por el momento– que quiso dedicarse a esto. El hombre era bueno en ello, pero a la mujer le faltaba el valor necesario para llegar hasta el final. Estaba claro que no lo haría bien, pero no quería separarse de él. En una de sus cacerías, resultó herida. Su esposo siguió al licántropo que la había mordido y se lo entregó. Él esperaba que su mujer lo matase para romper de ese modo la maldición, pero...

-Ella no lo hizo –William terminó por ella.

-No, no lo hizo.

-Estás tratando de decirme que el hombre mató a su mujer.

-Tampoco él tuvo valor para matarla. Creyó que sería capaz de controlarla y una noche ella lo mató a él.

-Si me dejas vivir, te mataré.

-Podrías intentarlo, pero no te daría la oportunidad. Si no matas al licántropo, yo os mataré a los dos.

Daria le hizo un gesto para que la siguiese y aunque por un momento vaciló, William fue tras ella con una pregunta en mente.

-¿No será peligroso que vuelva a mi casa?

-Tenemos un mes antes de que pase nada, así que no habrá problema –negó–. Esta noche ya no podremos hacer nada. Está herido en luna llena y eso lo vuelve más peligroso que nunca. Dejemos que llegue el día y buscaremos el rastro.

Daria no quiso preocupar a William, pero temía que el licántropo que lo había herido fuese un lobo puro, lo que, sin duda, resultaría un reto mayor para él, ya que eran más listos, más rápidos y más fuertes que otros hombres-lobo. Era muy posible que un mes no fuese suficiente para entrenarlo, y por desgracia, no dispondrían de más tiempo, porque el veneno de los puros era más potente y por lo tanto, lo ataría más a él, después de la primera transformación.

-Estás muy callada –William se acercó a ella–. Esto es peor de lo que me dices, ¿verdad?

-No –mintió, no queriendo desanimarlo–. Será fácil. Además, tu fuerza irá aumentando a medida que los días pasen. Serás más rápido y tendrás unos reflejos inmejorables. Todo eso te ayudará a enfrentarte a él. Y para cuando llegue el momento, sabrás manejar la espada mejor de lo que lo has hecho esta noche. Se te ha caído de las manos con el miedo.

-Eso no es verdad –protestó–. El licántropo me lanzó por los aires. ¿Quién sería capaz de sostenerla así?

-Yo –fanfarroneó–. Y cualquier cazador que se precie.

-Claro, claro, húndeme más en la miseria –le dijo–. La próxima vez le lanzaré la espada al corazón.

-No serviría de nada –le dijo Daria.

-Porque no tienen corazón –se aventuró a decir.

-No –esta vez, rió con ganas–. Porque no es de plata. Los licántropos son alérgicos a la plata y es lo único capaz de matarlos. Te prestaría una de mis espadas, pero no podrás manejarla.

-Sé luchar –William se sentía ofendido de nuevo–. No creas que lo que has visto esta noche tiene algo que ver con mi destreza con la espada. Soy mejor de...

-Sé que sabes, pero no con mi espada –lo detuvo.

-Todas las espadas son iguales.

-¿En serio? –William asintió Y Daria le pasó una de las suyas–. Aquí tienes, pues. Adelante.

William la tomó en sus manos, decidido a demostrar que era bueno con ella, pero en seguida se le deslizó hasta el suelo. No había pensado en el peso de toda aquella plata, y Daria estalló en carcajadas mientras recogía la espada. Cuando alzó la mirada, descubrió admiración en los ojos de William.

-Eres increíble –le dijo entre susurros.

-Tonterías –no le gustaban los cumplidos, y menos si venían de él. Era demasiado perturbador para su paz mental.

-Para nada.

-No hay nada increíble en mí o en mis compañeros –le dijo–. Solo hacemos nuestro trabajo para que esos seres no acaben con la humanidad.

-Pero eso ya es de por sí increíble.

-Eso es lo que hay que hacer. Ni más ni menos –no le apetecía seguir hablando de aquello, así que decidió cambiar de tema– ¿Sabes usar una ballesta?

-¿No crees que pueda vencerlo con espada?

-Solo sopeso las alternativas.

-Ya –ahora William se había enfadado y se le notaba, pero Daria no le pediría perdón por hacer su trabajo, aunque el motivo fuese no hablar más de sí misma.

-Mira, William –la conciencia le hizo hablar de nuevo, pero al girarse, vio que se había retrasado y que no la escucharía aunque siguiese hablando. Parecía estar en alguna especie de trance y Daria sabía lo que eso significaba. Se acercó a él y lo zarandeó–. Escúchame a mí, William, no a él. Vuelve conmigo. Vamos. Hazlo, vuelve conmigo.

Cuando comprendió que no lograría sacarlo de aquel estado con palabras, lo golpeó en la cara con fuerza.

-¿A qué ha venido eso? –se quejó, cuando despertó.

-¿Recuerdas algo de lo que acaba de pasar?

-Recuerdo que me has pegado y... –se detuvo por un momento, antes de continuar–. Creo que me alguien me estaba hablando, pero no recuerdo qué decía.

-Es él –susurró, preocupada. El licántropo era puro y su veneno estaba haciendo efecto demasiado rápido.

-¿Quién?

-El licántropo que te arañó intenta contactar contigo –le explicó– para que te reúnas con él y formes parte de su manada.

-¿No decías que teníamos un mes?

-Los puros tienen un veneno más potente porque no se ha ido diluyendo de contagio en contagio –negó–. Y me temo que hemos topado con uno de ellos.

-¿Puro? ¿Hay diferentes clases de licántropos?

-Existen tres razas –le explicó–. Están los licántropos auténticos, los puros, para los que la licantropía es un rasgo genético. Nacen siendo hombres-lobo. Son aquellos que surgen del apareamiento entre macho y hembra licántropos o entre licántropo y humano. La segunda raza, ya extinta, gracias al cielo, es la de los licántropos artificiales, que son capaces de controlar su licantropía mediante objetos mágicos. Hace siglos que se han perdido esos objetos, así que no hay que preocuparse de ellos. En tercer lugar, aunque tal vez debería ser el primero, porque son los que abundan más ahora, están los licántropos infectados.

-Ese soy yo –dijo.

-Ese podrías ser tú, pero lo impediremos –le aseguró –. Los contagios suelen ser lentos, porque el veneno pierde fuerza en cada nuevo hombre-lobo, pero en tu caso, me temo que es puro, uno de los originales.

-¿Me voy a transformar ya?

-Debemos encontrar su guarida ya –le dijo, sin llegar a responder a su pregunta, aunque William entendió que llevaba razón: si no mataba al licántropo aquella noche, sería uno de ellos y Daria tendría que matarlo antes de que asesinase a alguien inocente.

-No estoy preparado –la siguió, con nerviosismo–. Tú misma lo has dicho, no podré enfrentarlo. No hoy, al menos.

-Podrás –se detuvo y lo miró directamente a los ojos – y lo harás. Porque la otra alternativa es la muerte.

Continuó su camino, de regreso al claro donde había tenido el enfrentamiento, esperando encontrar algo que los guiase hasta la cueva del licántropo. William la seguía en silencio ahora, pero sabía que acabaría hablando de nuevo muy pronto. Debía tener muchas dudas y preguntas sobre lo que pasaría y solo ella se las podía resolver. Estaría preparada para hacerlo en cuanto

pensase en cómo prepararlo para lo que se le venía encima. No estaba muy segura de que pudiese resistirse a la llamada, cuando era un original el que lo quería, y por eso, también ella debía prepararse. Si William fracasaba, tendría que acabar con ambos.

-Daria –William la llamó de repente y cuando se giró hacia él, vio que se había arrodillado en el suelo y su mirada estaba perdida en el infinito. El licántropo lo estaba llamando de nuevo.

-William, permítele acceder a tu mente –le pidió, sin saber si la escucharía–, que te muestre dónde está.

Por un momento, se sintió inútil por no poder ayudar al joven a controlar lo que le estaba pasando. Pocos habían sido capaces de acabar con la maldición y ella sabía lo duro que les había resultado, así que no era ajena a la lucha interior de William. Apretó su mano, para infundirle valor y atarlo a la realidad, al mismo tiempo que deseaba que se dejase llevar, para ver el lugar donde el licántropo se escondía.

-Dios –William apoyó las manos en el suelo, agotado –, esto duele.

-Dicen que resistirse a la llamada es doloroso. ¿Estás bien?

-Creo que sí –asintió, dejando ir todo el aire después –, pero estoy agotado.

-¿Has podido ver algo?

-Creo que sé dónde está, aunque no he podido verlo con claridad. Las imágenes eran demasiado intensas y se sucedían muy rápido.

-Por lo que me ha contado uno de los cazadores que pudo acabar con el licántropo que lo hirió, lo que ves son sus recuerdos. Al menos, de lo que es consciente porque la mayoría, durante la transformación no son capaces de controlar a su bestia y no saben qué hace o qué no hace. Si es un original, lo recordará todo. Te lo irá mostrando poco a poco, hasta que tu mente le pertenezca por completo.

-Y por eso tenemos que matarlo antes –añadió él.

-Tú tienes que matarlo. Si lo hago yo, no funcionará.

-Eso, tú anímame más.

-Vamos –lo ayudó a levantarse–. Tenemos que irnos ya.

-¿Es seguro mirar a la luna llena? –preguntó minutos más tarde, sin atreverse a levantar la cabeza–. No me volveré hombre-lobo antes de tiempo, ¿verdad?

-Puedes volverte más tonto, si caminas con la cabeza mirando al cielo, pero no pasará mucho más.

-Pero tú dijiste que la luna llena nos... los volvía locos –le rebatió.

-Todavía no eres hombre-lobo, William. No te pasará nada por mirar a la luna llena.

-Aquí la experta eres tú –bufó.

-También podías haber levantado la cabeza y mirar.

-¿Y si me transformaba?

-¿No crees que si mirando a la luna se acelerase todo el proceso –le preguntó, mirándolo a los ojos–, no te habría vendado los ojos o algo por el estilo?

-Visto así...

-Eres más peligroso yendo suelto –continuó diciendo, reemprendiendo la marcha–, pero confío en que me sabrás avisar si no puedes controlarlo.

Tal vez lo había dicho sin ninguna intención concreta, pero para William, aquellas palabras supusieron más de lo que nunca podría explicarle. Desde que la había conocido, había sentido hacia ella una atracción que no podía explicar. Era admiración, pero también algo más a lo que no había sabido darle nombre. De una forma extraña, al verla, supo que su destino era estar a su lado. Que hubiese despreciado su ayuda le había dolido, porque había esperado poder

demostrarle, al menos, que sería un buen compañero, antes de que ella lo rechazase. Pero ahora viajaban juntos como él había imaginado y aunque sabía que aquello se podía complicar e incluso, podía salir mal para él, saber que confiaba en él era suficiente recompensa, si al final no podía matar al licántropo.

-Te avisaré con tiempo para apuñalarme –le dijo, con mejor humor del que había tenido desde que supo lo que le podía pasar por un simple rasguño.

-No voy a apuñalarte, William –le dijo Daria.

-¿Ah, no?

-Antes tenemos que intentar que mates al licántropo –su sonrisa dejó embobado a William.

-Y si no puedo –añadió él, imitándola–, entonces me apuñalarás.

-Exacto –rió–. Veo que aprendes rápido. Eres menos tonto de lo que pensaba.

-Eh –protestó. Sin embargo, estaba feliz de ver que Daria se sentía tan a gusto con él como para bromear en una situación tan delicada.

-No te hagas ilusiones –le advirtió–. En cuanto hayas solucionado esto, volverás a tu casa con tu familia y yo seguiré mi camino... sola.

Daria había visto la esperanza en su mirada y quiso alertarlo de que nada había cambiado. Ella trabajaba sola y aquello no le haría cambiar de opinión, sino lo contrario: la reafirmaba en ello.

5

-Mis hermanos me dijeron que hacía esto porque se lo prometiste a alguien –William volvió a la carga.

-No sabes estar callado, ¿verdad?

-El camino se hará más ameno si hablamos.

-Será para ti –murmuró, molesta por su insistencia.

-Vamos, Daria, ¿qué tan malo puede ser que hables de tu pasado?

-Hablar de lo que ya fue, puede traer al presente los fantasmas del pasado –le dijo.

-¿Y tus fantasmas son tan malos?

-Los fantasmas siempre son malos, William.

-Haremos un trato, yo te cuento mi historia y tú...

-Ya conozco tu historia –lo interrumpió–. Erika me la contó. Lamento lo de tus padres.

-En ese caso, me debes la tuya –ignoró sus últimas palabras, no porque no le agradeciese el gesto, sino porque el recuerdo de sus padres todavía dolía.

-Eso no funciona así –replicó–. Además, hablar no es seguro. Nuestras voces podrían alertar a la bestia.

-Todavía estamos lejos.

-En ese caso, debemos apresurar el paso.

-Oh, vamos. Tienes que contármelo. Quiero saber el motivo por el que elegiste este trabajo –insistió–. No es algo que se decida sin más. Tuvo que pasarte algo muy malo para que dejases atrás a tu familia para ir a matar licántropos.

-Para empezar, no tengo que contarte nada –le dijo, molesta–. Y no fui yo quien lo eligió, sino que lo hizo él por mí.

-¿El trabajo te eligió? ¿Cómo es eso?

-Es una historia demasiado larga y no tenemos tanto tiempo.

-Venga –le suplicó, no solo con palabras, sino con los ojos–. Tú sabes por qué quería unirme a ti, por qué la necesidad de proteger a mis hermanos. Es justo que yo sepa el porqué de tus razones.

-Digamos que ha sido el legado de mi familia –dejó ir un suspiro, dándose por vencida–. Una herencia, por así decirlo.

-¿Una herencia? –elevó las cejas– ¿No podían dejarte tierras o una casa?

-También tengo de eso, pero no volveré hasta que mi promesa esté cumplida. No hay nada para mí en ese lugar, mientras un solo licántropo siga vivo.

-Pero esa es una cruzada imposible, Daria –dijo–. Por cada uno que mates, podrían aparecer diez más.

-Los licántropos no suelen dejar con vida a nadie –le aseguró–. La mayoría de las transformaciones no son buscadas, sino errores.

-Aun así. ¿Cuántos errores cometerán cada noche?

-No mucho, por suerte.

-Y tú le has hecho una promesa imposible a alguien –su insistencia molestaba a Daria, que decidió que era mejor contarle su historia, para que dejase de hablar de una vez por todas.

-Descansemos –sugirió–. Te contaré mi historia, pero no volveremos a mencionarla nunca más.

-De acuerdo –concedió. Aunque no lo dijo en voz alta para no parecer débil, agradecía poder parar.

Daria cerró los ojos un instante, tratando de ordenar sus pensamientos para poder contar una historia que había enterrado en lo más hondo de su alma. A pesar de que habían pasado varios años ya, sentía el dolor de aquella noche como si estuviese sucediendo en el mismo momento en que lo contaba.

-La historia de mi familia con los licántropos viene de lejos –comenzó-. Mi abuelo me contaba historias de su abuelo y su mal carácter. Siempre fue un hombre violento y su abuela no quería desposarlo, porque le tenía miedo. Era un matrimonio de conveniencia y se había concertado cuando ella nació, así que no podía negarse, pero nunca fue feliz con él. Estaba asustada la mayor parte del tiempo y se sentía aliviada cuando su esposo salía por negocios y estaba fuera durante varias semanas.

-Que vida tan mala –murmuró William apenado.

-Tuvieron seis hijos, todos ellos fruto de la violencia de su padre –continuó-. Cuando volvía de sus viajes, solía llegar borracho y si su esposa no se mantenía a distancia de él, la golpeaba y la violaba. Ella lo odiaba con todo su corazón, pero amaba a sus hijos más que a su propia vida. Por eso, la primera noche en que él trató de violar a una de sus hijas, la mujer cogió a los niños y huyó de casa. El abuelo de mi abuelo estaba furioso con ella y salió a perseguirlos, pero no pudo encontrarlos. Juró que se vengaría de ella y dedicó el resto de su vida a buscarlos. Incluso contrató a varios mercenarios para que la localizasen, pero cuando lo lograron, ella ya había muerto. Los hijos mayores se habían casado y tenían niños pequeños. Solo ellos se acordaban de las penurias que habían pasado por su padre, y habían decidido no contarles la verdad a los más pequeños. Ahora eran felices, así que no tenían por qué remover viejos traumas.

-Es comprensible. Yo habría hecho lo mismo –asintió William, totalmente atrapado por la historia.

-Ni siquiera lo reconocieron cuando se presentó ante ellos y su padre no pudo soportar aquello –siguió con la historia. Ahora que había empezado, ya no podía detenerse-. Una noche se emborrachó tanto, que la locura se adueñó de él. Tomó una espada y se dirigió a casa de sus hijos para matarlos a todos. Nadie sabe lo que pasó en aquella casa, pero aparecieron todos muertos, salvo mi bisabuela, que permaneció muda por el resto de sus días y no pudo aclararles nada.

-Qué terrible debió ser para ella presenciar tremenda carnicería.

-No te haces una idea, pues los cuerpos aparecieron descuartizados y desangrados, como si un animal se hubiese cebado con ellos.

-¿Licántropos? –preguntó, sorprendido.

-Incluso el abuelo de mi abuelo estaba allí –no quiso responderle, pues quería contarle la historia entera-. Pero él no estaba como el resto, tenía un cuchillo en su corazón. La historia oficial es que el abuelo de mi abuelo se había perturbado y había entrado a la casa para matarlos a todos. Al ver lo que había hecho, se arrepintió y se suicidó.

-¿Y se lo creyeron?

-La verdad es que no parecía muy convincente, sobre todo porque mi bisabuela había sobrevivido, pero la gente prefería pensar que el ser capaz de semejante locura estaba muerto y sepultado. Nueve meses más tarde nació mi abuelo.

-Dios, la violó su padre. ¿Crees que ella lo mató?

-Parece lógico, ¿no crees?

-La verdad es que es mejor explicación que lo de que se suicidó. No me parece un hombre

capaz de sentir remordimientos.

-Desde luego que no –inspiró profundamente, antes de continuar con la historia–. El hecho de no saber lo que había sucedido y que su madre no pronunciase palabra, perturbaba a mi abuelo. Trató de averiguar la verdad y pasó toda su vida investigando. Recuerdo que mi padre se enfadaba con él cuando lo descubría contándome esas historias. Creo que en el fondo, mi abuelo solo pretendía prepararme para afrontar el que sería mi destino, y mi padre, en cambio, deseaba protegerme de él. Dos formas distintas de enfrentar un mismo mal. Dos formas que agradezco, pues una me permitió vivir mi infancia como cualquier niña, y otra me fortaleció para la dura vida que llevo ahora.

-Intuyo que tu abuelo averiguó la verdad.

-Lo hizo –asintió– y me lo contó. Aquel día deseé que no me hubiera dicho nada porque tuve pesadillas por las noches durante meses. Ahora lo comprendo y se lo agradezco, pero en aquel momento no fue así.

-No quiero parecer insensible, pero ¿qué pasó aquel día?

-Al parecer –sonrió, a pesar de lo difícil que le estaba resultando contarle–, el abuelo de mi abuelo se topó en su camino con un licántropo. No se sabe cuando fue exactamente, ni como sobrevivió al ataque, pero no se había convertido todavía en licántropo cuando decidió matar a sus hijos. Mi abuelo creía que había luna llena la noche en que los mató. Probablemente se transformase mientras estaba en la casa, de ahí el resultado de aquella noche. Es sabido que durante la primera luna llena, la transformación del licántropo se vuelve inestable. Su forma puede alternar durante toda la noche, porque su mitad lobo no es todavía lo suficientemente fuerte para mantenerse demasiado tiempo.

-Quizá por eso tu bisabuela sobrevivió.

-No exactamente –negó–. Verás, todo el mundo creía que mi abuelo era hijo de mi bisabuelo, que también murió aquella noche, pero en su lecho de muerte, mi bisabuela decidió romper su mutismo y le contó a mi abuelo lo que había pasado. Le dijo que su padre se había colado en la casa durante la noche, mientras cenaban. Había amenazado con matarlos a todos por haberlo traicionado y haber escondido a su madre de él. Estaba borracho y no lo tomaron en serio. Entre varios, lograron hacerlo salir de la casa, pero ese fue un gran error, porque al ver la luna llena, su padre se transformó en un lobo negro que los descuartizó a todos.

-Dios mío –William no pudo evitar la exclamación, a pesar de que sabía cuál sería el resultado. Pensar en que podría hacerle lo mismo a sus hermanos, cuando se transformase, le asustaba más que convertirse en un hombre-lobo.

-Cuando se acercó a mi bisabuela, cambió de nuevo y se volvió un hombre. Continuaba borracho y violó a mi bisabuela brutalmente. Ella estaba muy asustada y cuando vio que se estaba transformando, supo que moriría, así que cogió un cuchillo, desesperada, y se lo clavó en el corazón. Tuvo mucha suerte aunque no lo sabía, porque aquel cuchillo era de plata. Después de eso, mi bisabuela no volvió a pronunciar palabra hasta que supo que se moría. No podía irse sin pedir perdón a mi abuelo por haberle ocultado la verdad. Había temido que la odiara por haberlo odiado a su vez. Le dijo que no podía evitar ver en él, al hombre que la había mancillado, que lo había intentado, pero no era capaz de olvidar aquel horror.

-Debió ser duro para ella.

-Y para mi abuelo –asintió–. Porque ese día recuperó y perdió a su madre en solo unos minutos. Siempre me decía que lamentaba no haber sabido la verdad mucho antes para disfrutar de su madre más tiempo.

-Pero tu abuelo no era licántropo, ¿o sí? –William se sentía confuso respecto a ese detalle–.

Tú has dicho que si un licántropo se apareaba con un ser humano, nacían licántropos auténticos.

-Lo dije –sintió nuevamente–, pero el abuelo de mi abuelo todavía no era licántropo. Era su primera luna llena y no se había transformado completamente. Mi abuelo adquirió ciertos dones, como los llamaba él.

-¿Qué clase de dones? –la historia se ponía cada vez más interesante.

-Sus sentidos estaban más desarrollados. Podía oír lo que otros no podían, incluso en la distancia. Su vista era excelente, más que excelente, de hecho; veía de día y de noche. Podía oler hasta el más liviano de los aromas. Y era muy fuerte. Mi abuelo era un hombre bajo y de aspecto más bien débil, pero era tan fuerte que podía partirte un brazo solo apretándotelo.

-Increíble –se asombró.

-Mi abuelo vivió siempre asustado de sus dones.

-¿Por qué? Son increíbles.

-Siempre tuvo de todo, porque su madre era la única heredera de los bienes de la familia, pero le faltaba algo que para él era más importante: la seguridad y la protección de sus seres queridos. Desde que era un niño, tuvo que hacerse cargo del gobierno de sus tierras porque su madre se limitaba a mirar al frente, como si no estuviese allí con él. Siempre decía que se había sentido muy solo toda su vida, y desprotegido. Cuando descubrió lo que podía hacer, como no tenía a quién preguntarle al respecto, siempre temió que no pudiese controlarlo y acabase haciéndole daño a alguien. En el fondo, siempre temió convertirse en su abuelo, porque creía que, de alguna forma, lo que le pasaba tenía algo que ver con él.

-Y no se equivocó.

-No.

-¿Qué pasó después?

-Bueno, conoció a mi abuela y por primera vez en su vida, sintió que podía ser feliz, que merecía algo más que una vida en solitario. Lo suyo fue amor a primera vista y se amaron hasta el fin de sus días. Fue por ella que comenzó esta cruzada que me legó a mí.

-No es justo. Era su cruzada, no la tuya.

-En realidad, también era mi cruzada. O al menos, lo fue más tarde.

-No lo entiendo.

-Es hora de continuar –le dijo, reacia a terminar ya la historia, pues ahora tocaba hablar de sí misma.

-¿Y me vas a dejar así? –protestó.

-Cuando mates al licántropo, te contaré el resto de la historia –le prometió–. Así te esforzarás más.

-No es justo –protestó de nuevo, pero se puso en pie para continuar su camino. Durante unos minutos, se había podido olvidar de su dolor de cabeza creciente, y solo por eso, había merecido la pena aquella pausa.

-La vida no es justa –le dijo Daria, señalando delante de ella, para que William le indicase por dónde ir.

Y entonces, cuando se adelantó a ella, le fallaron las piernas y cayó de rodillas nuevamente, sujetando la cabeza con las manos para impedir que se le partiese en dos del dolor. Las imágenes se sucedían unas tras otras, sin darle tiempo a asimilarlas o a descansar un poco entre ellas. Cientos de rostros aparecieron ante él, unos agonizando y otros transformándose en esas bestias sanguinarias a las que pronto se uniría. Sabía que le quedaba poco tiempo y temió no ser capaz de matarlo.

-William –escuchó la voz de Daria a lo lejos, como si la distancia entre ellos se hubiese

hecho enorme en un segundo—. Vuelve. No dejes que gane.

Se obligó a abrir los ojos y a rechazar la llamada del licántropo, pero cada vez le costaba más ignorarlo. El hombre-lobo era poderoso y lo reclamaba con ansia.

-Estoy bien –dijo, respirando pesadamente.

-No, no lo estás –respondió Daria mirándolo con cara de preocupación.

Le pasó un espejo que solía llevar en la bolsa, pues le había servido de ayuda en varias ocasiones durante sus cacerías, y William se miró en él.

-Joder –exclamó, tocándose el rostro lleno de pelo.

6

Volver a ser él mismo le costó más de diez minutos, lo que preocupó todavía más a Daria. El proceso iba demasiado rápido para su gusto, así que lo apremió para llegar cuanto antes al lugar donde la bestia los estaría esperando. Si tanto insistía en meterse en su mente, seguramente era porque sabía que no estaba solo y quería cambiarlo de bando cuanto antes.

Casi sin darse cuenta, empezó a adiestrarlo, como lo habría hecho cualquiera de sus compañeros con uno de sus acólitos. Le explicó cómo localizar el rastro de los licántropos, aunque este fuese mínimo, y le habló de las costumbres que tenían, lo que le serviría para encontrarlos y atraparlos con más facilidad. También le mostró técnicas de supervivencia, en relación a los hombres-lobo, y cómo preparar trampas para ellos.

William seguía intrigado con el final de la historia de la vida de Daria, pero permaneció en silencio, pues el miedo a convertirse en licántropo, le exigía aprender todo lo posible sobre ellos y cómo matarlos.

No quería obligar a Daria a matarlo a él también, por lo que absorbería cada lección que le diese, para no dejarse vencer por aquel que lo reclamaba con tanta insistencia. Tampoco quería ser el responsable de su muerte, si fracasaba intentando matarlos a los dos. Sobre todo, porque sabía que si eso sucedía, si Daria perdía, sus hermanos estarían en grave peligro. Y él sería el único culpable de eso, por haberse metido en el bosque por la noche, creyendo que sería capaz de matar a un licántropo e impresionar así a Daria. Tan estúpido, que daba pena.

-No le des tantas vueltas –le dijo ella, de repente.

-¿Qué? ¿A qué? –temió que supiese leer la mente.

-A lo que sea que estás pensando. No te hace ningún bien. Concéntrate en lo que tienes delante –le dijo– y asegúrate de no perderte nada, pues el más mínimo detalle, podría suponer la diferencia entre el éxito y el fracaso. Este trabajo es peligroso, pero si tu mente está dispersa, ya puedes darte por muerto.

-¿Me estás entrenando? Creía que no querías ningún compañero.

-Y no lo quiero –corroboró–, pero vas a enfrentarte a un licántropo esta noche y necesitas estar preparado para ello. Y más todavía, cuando te transformarás en uno de ellos si no lo matas. No me gustaría tener que acabar contigo.

-¿Por qué estás empezando a apreciarme tal vez?

-Porque no me gusta matar gente inocente.

-No debí preguntar –se quejó.

Daria sonrió, porque en realidad, William tenía razón y ya no le molestaba tanto su compañía. Era aplicado y aunque había esperado que la interrumpiese con docenas de preguntas, se había limitado a escucharla y prestar atención a cada una de sus lecciones. Sería un buen alumno, si lograba pasar de aquella noche. Y no es que se estuviese replanteando tener uno, pero sería una pena que otro no lo aprovechara. Quizá, si lograba matar al licántropo, pudiese presentárselo a alguno de sus compañeros, para que lo adiestrasen.

-¿Ahora quién le da vueltas a la cabeza? –preguntó al ver que se había quedado muy callada y pensativa.

-Estoy sopesando tu futuro –le dijo ella–, así que, tal vez te convenga estar callado y no burlarte, antes de que me arrepienta de ello.

-¿Quieres decir que...?

-Quiero decir –lo interrumpió– que si todo sale bien esta noche, y sigues empeñado en convertirte en un cazador, yo podría presentarte a algún compañero, y ver si te aceptan como ayudante.

-Pero yo quería...

-Shhhh –lo calló, alzando la mano hacia él. Se agachó junto a unos matorrales para esconderse, tirando de su brazo para que la siguiese. Había oído algo y tenía que asegurarse de que no era el licántropo.

Por un lado, si se encontraban con él, podrían acabar con aquello de una vez por todas, pero sentía que no estaban preparados todavía. William no sabía cómo enfrentarlo y menos, cuando la bestia estaba herida. Los cortes y puñaladas que le había dado no curarían así como así, porque habían sido hechas con plata, y estaría sufriendo por el dolor que le causaban. De ahí que fuese tan insistente con William. Y de ahí que les corriese prisa encontrarlo. Si lo quería de su lado era porque no creía poder defenderse de los dos, así que debían seguir jugando con esa ventaja. Pero tal vez, no en ese momento.

-¿Qué has oído? –susurró William.

Justo en el momento en que terminaba de formular la pregunta, un par de conejos pasó por delante del matorral donde se habían escondido y Daria se lanzó sobre ellos para atraparlos. Serían una buena comida para reponer fuerzas antes del enfrentamiento final.

-¿Seguro que este es el camino? –Daria empezaba a dudar de la elección de William porque los animales huían de los licántropos. Encontrar los conejos allí no era buena señal para ellos.

-La cueva está más allá de aquel risco –lo señaló con la mano, pero sus ojos estaban puestos en la sangre de los conejos. Un hambre voraz parecía apoderarse de él con cada gota que caía al suelo. Sus ojos habían adoptado un color más oscuro y sus pupilas tenían la forma típica de los lobos. Daria temió que le saliesen colmillos de un momento a otro y se abalanzase por los conejos para devorarlos sin cocinar.

-Contrólate, William –le exigió–. No dejes que el lobo se apodere de ti. Todavía te necesito entero.

William pestañeó, al tiempo que sacudía su cabeza, y finalmente dejó ir el aire de sus pulmones, resignado a no comer carne cruda. Sin embargo, tan pronto lo pensó, se escandalizó de ello porque eso solo podía significar una cosa.

-Está ganando la batalla, ¿verdad? –le dijo a Daria, en cuanto se sentaron a comer el conejo ya cocinado.

-A medida que avance la noche, empezarás a sentir al lobo con más intensidad –le aseguró–. Puede que te transformes antes de que lleguemos a la cueva. Va bastante rápido.

-Tendrás que matarme si eso sucede –le pidió.

-Procuraré que regreses, antes de llegar a eso. Debes ser tú quien mate al licántropo o no habrá solución.

-¿Y si no puedo volver? ¿Y si me transformo y no soy yo nunca más?

-Esta noche, tu transformación será errática –negó–. Volverás a ser tú. Puede que alguna vez te cueste un poco más, pero seguirás regresando mientras luches contra ello.

-¿Y si no puedo luchar? –insistió. William tenía miedo de que se equivocase y no fuese capaz de vencer a la bestia que se empezaba a apoderar de su mente. Le había costado controlar su sed de sangre al ver a los conejos muertos y temía no poder mantenerlo a raya la próxima vez. Y Daria no parecía estar dispuesta a matarlo, sin haber intentado antes llegar a la cueva del licántropo para que acabase con él; pero temía no poder hacerlo y que acabase matándola a ella en su lugar.

-Si me transformo –insistió–, debes matarme, antes de que lo haga yo contigo.

-Llevo años cazando hombres-lobo, no creas que me podrás matar así, sin más –rió, segura de sí misma–. No te resultará tan fácil como crees.

-Pero...

-Levántate –lo interrumpió. Le lanzó una espada y se quedó con la otra–. Veamos de lo que eres capaz.

-¿No dices que tenemos poco tiempo? –se extrañó al notar que la espada no pesaba tanto como en la otra ocasión en que la había sujetado.

-Y lo tenemos, pero creo que necesitas esto –insistió.

William la atacó, a instancias suyas, y Daria solo tuvo que apartarse unos centímetros para esquivarlo. Con la fuerza que había imprimido a su embiste, William acabó varios pasos más allá de ella, casi golpeándose con un árbol por no poder frenar antes.

-Vamos –lo instó a probar de nuevo.

Durante varios minutos, William trató de golpearla y ella lo esquivó sin dificultad. Parecía como si supiera de antemano cada uno de sus movimientos. Por más que lo intentó, no fue capaz, ni siquiera, de rozarla. Y cuando Daria pasó a la ofensiva, no tardó en perder la espada. La atacó con las manos limpias cuando ella dejó la suya en el suelo y lo animó a probar cuerpo a cuerpo. Igual que había sucedido antes, Daria sabía por dónde la atacaría y pudo escapar de él una y otra vez sin problemas. En su ataque, lo golpeó en varias ocasiones, con tal fuerza que sabía que le quedarían cardenales después de eso. Finalmente, en un par de movimientos más, lo tiró al suelo y se colocó sobre él con una daga en su cuello. Y así fue como supo que había hecho aquello para que viese que era buena en su trabajo y que no corría peligro.

-He luchado con varios licántropos al mismo tiempo –le dijo después, mientras envainaba sus armas–. No me matarás así como así, William. Si te transformas y te unes a él, podré con ambos.

Y aunque oír aquello lo tranquilizó, no estaba seguro de que le gustase la idea de que Daria lo matase. Tal vez había esperado escuchar de ella un no quiero que mueras. Te prometo que no dejaré que mates a nadie y que cuidaré siempre de ti. Pero estaba claro que la promesa que había hecho pesaba más que nada para ella. Y aunque nunca le había dado esperanzas desde que se conocieron, estaba igualmente decepcionado porque no hubiese pensado ni una sola vez en dejar que se le uniese en la lucha contra los licántropos.

-Sigamos –le pidió, no queriendo hablar más.

Daria fue tras él, debatiéndose entre preguntarle qué había pasado y dejarlo estar. Parecía que la lucha de William no solo era con el licántropo interior que le estaba presionando para salir, pero no estaba segura de querer saber qué más conflictos tenía en mente, pues su intuición le decía que no agradecería oírlo.

Se centró en buscar el rastro del licántropo, por si la ruta que había trazado William no los llevaba hacia el lugar correcto. Aquel lobo era listo y tal vez los había estado conduciendo a una trampa. Hubiese querido disponer de más tiempo para enseñarle lucha cuerpo a cuerpo a William, pero cuanto más miraba hacia él, más evidente se hacía que se estaba acercando a un punto de no retorno. La facilidad con la que se había desenvuelto con su espada, cuando antes se le había caído de las manos nada más tocarla, la fuerza con que la blandió contra ella, la agilidad de movimientos que tenía ahora... todo apuntaba a que el hombre estaba perdiendo poco a poco el control. No tardaría en transformarse completamente por primera vez y debía estar preparada para repelerlo mientras hacía volver a William.

-Por ahí –dijo William, al alcanzar la colina–. Vamos a subirla para tener mejor visión de lo que hay detrás. Hay una cueva al otro lado y creo que es la que vi en mi cabeza la segunda vez

que... me pasó eso.

-De acuerdo –asintió, pero antes de iniciar el ascenso de la colina, lo detuvo–. William, pase lo que pase en esa cueva, debes matar al licántropo. No importa lo que te muestre o te prometa, ser como él nunca será bueno. La inmortalidad no compensa el asesinato.

-¿Inmortalidad?

-Los licántropos viven muchos más años –le explicó–. Tantos, que alguno que he matado, tenía más de 200 años. No es inmortalidad en sí, pues se hacen viejos y mueren de forma natural, pero puedes llamarlo así, porque es lo que más se asemeja a ello. Este es uno de los originales, y bastante listo, por lo que he visto hasta ahora, así que es probable que sea muy viejo. Y la vejez no les resta fuerza, no te equivoques. Les da experiencia y los vuelve más peligrosos. Debes tener cuidado con él porque intentará engañarte.

-No tenía ni idea.

-Hay muchas cosas que desconoces de ellos, pero te aseguro que nada de lo que puedan ofrecerte será lo mejor para ti. Matar personas nunca será bueno y lo que puedas conseguir a cambio, no lo compensará.

Solo ahora estaba empezando a entender por qué no había querido que fuese con ella. No era un cazador, no sabía nada de aquella presa, y por su culpa, ahora estaba arriesgando su vida, más de lo que lo hacía en otras ocasiones, para poder salvar la suya. Tal como había dicho antes, había cometido un error al tratar de matar al licántropo por su cuenta.

-Tendría que haberme quedado en casa –murmuró–. Solo lo he complicado todo. He sido un estúpido.

-Reconocerlo es el primer paso hacia la aceptación –dijo Daria.

Por un momento, William quiso protestar, pero vio la sonrisa en sus labios, y supo que estaba bromeando. La imitó, cuando ella golpeó sus hombros, antes de ir hacia el risco que debían escalar.

-Debiste quedarte en casa –le dijo ella cuando le dio alcance–, pero sé que lo conseguirás.

Su confianza le dio esperanzas y se prometió no caer ante el licántropo. Tal vez, si lo vencía y volvía a ser solo un hombre, Daria cambiase de opinión respecto a tener un discípulo. Si podía con un hombre-lobo, lo de convencerla no le parecía tan difícil.

Subieron a lo alto del cerro y vieron la cueva, no muy lejos de la pendiente de bajada. Desde el lugar en el que estaban, no podían ver el interior de la misma, y Daria pensó que debían bajar para asegurarse de que el licántropo estuviese allí para que William pudiese matarlo. A medida que se acercaban, podía notar el olor a carne pútrida que despedía el lugar y arrugó la nariz con disgusto. En ocasiones como aquella, no le gustaban tanto sus dones.

-Ahora empieza la verdadera prueba para ti –le dijo a William, unos metros antes del suelo–. Seguramente habrá reunido reservas para los días en que no logre cazar a nadie, así que el olor será intenso cuando nos acerquemos más. Debes evitar transformarte.

-Haré lo que pueda –estaba más nervioso de lo que quería aparentar, aunque tenía la sensación de que Daria lo había notado igual, pero no decía nada para no desmoralizarlo. Necesitaba toda su confianza para enfrentarse al hombre-lobo.

Una vez en el suelo, Daria lo precedió, con las armas prestas para el ataque. Le había dado a William una daga y la ballesta, por si podía matarlo de un disparo, pero presentía que sería una lucha cuerpo a cuerpo. El licántropo se había mantenido oculto de ellos y no creía que fuese a salir sin más ahora y exponerse a la flecha.

-Será rápido –le susurró Daria, una vez más–, pero tú lo eres también ahora. Úsalo en tu favor. No le dejes sorprenderte por la espalda. Confía en tus sentidos y actúa cuando te lo pidan.

Aquellos consejos le demostraban que también Daria creía que la lucha sería uno contra uno.

-Si los uso –preguntó preocupado–, ¿no dejaré que el lobo tome el control?

-Puedes controlarlo –le aseguró sin dudar, aunque él no estaba tan convencido de su fuerza de voluntad–. Concéntrate solo en acabar con el licántropo cuanto antes. Y sobre todo, no dejes que entre en tu mente. Estando tan cerca, sería infinitamente peor de lo que lo ha sido hasta ahora. Sé hermético para él.

Esa era una gran idea, pero no estaba seguro de que pudiese llevarla a cabo. Hasta el momento, siempre había fracasado y, como decía Daria, lo había tenido lejos. Si ahora iba a ser peor, tal vez no fuese capaz de lograrlo. Pero lo que realmente le preocupaba era acabar uniéndose a él en contra de Daria. Pensar que podía acabar matándola porque no la reconocía, era algo que lo había estado atormentando desde que le dijo que se convertiría en hombre-lobo.

-Puedes hacerlo –se dijo, para convencerse.

Bajaron la colina lentamente, atentos a los ruidos de alrededor, por si el licántropo les había tendido una trampa y los estuviese esperando ya. Daria iba detrás en esta ocasión, pues era William quien debía atacar al hombre-lobo. Habían acordado que se mantendría a distancia, esperando el resultado para celebrarlo o para actuar, según lo que sucediese entre ellos.

-Te esperaré aquí –le dijo, a unos cuantos metros de la entrada y William asintió. Pocos pasos después, ya sentía la pérdida de su presencia a su lado y empezó a hiperventilar.

Antes de entrar en la cueva, echó un vistazo atrás y Daria lo instó a continuar con un movimiento rápido de cabeza. Él asintió de nuevo y sacó la daga de plata que le había dado la cazadora. Con el factor sorpresa de su lado, tal vez no tuviese que pelear con él. Si era capaz de clavarle la daga en el corazón, se acabaría todo, antes incluso de empezar, aunque no contaba con que fuese tan fácil.

Por un momento, al no sentir la constante sensación de que alguien quería entrar en su mente, casi quiso creer que su herida no había sido tan profunda y que el veneno se había disuelto, como

por arte de magia, y ya no se convertiría en licántropo. Aun así, entro en la cueva, buscando a la bestia que lo había arañado. Si podía matarla, le demostraría a Daria que sería un buen cazador y tal vez, ella cambiaría de opinión, y le permitiría acompañarla. Desde que la había conocido no había querido otra cosa más que eso.

Echaría de menos a sus hermanos, pero sabía que los dos estarían bien con Erika y su madre. Y más ahora, que la madre estaba pensando en desposarse con un vecino que había enviudado pocos meses antes. Iban a ser una gran familia feliz, pues el hombre adoraba a sus hermanos. Estarían bien sin él.

-Tú puedes –se animó, adentrándose todavía más en la cueva, al no encontrar nada en la zona iluminada.

El olor era nauseabundo, como a carne podrida, y al encontrar restos de lo que intuyó, eran sus víctimas, se le revolvió el estómago. Sin embargo, y aunque no quería admitirlo, algo en su interior se relamía. Eso le decía que su idea del veneno evaporado era tan solo una ilusión, pero mientras no se viese garras en lugar de manos, seguiría esperando un milagro.

-¿Hola? –se atrevió a decir, cuando la luz se extinguió a su alrededor. Sorprendentemente, podía ver igual.

El silencio le envió su respuesta y comprendió que la cueva estaba vacía. El licántropo había huido o quizá se había escondido de ellos, al saber que serían dos y que, herido, no podría con ellos. ¿Y si esperaba a que se transformase para inclinar la balanza a su favor? William no quería hacer daño a Daria, pero no sabía si su lobo interior la respetaría igualmente. Según le había dicho ella, actuaría por su cuenta, solo movido por su necesidad de sangre humana.

Por un momento, pensó en quitarse la vida antes de que aquello sucediese, pero sus ansias de vivir no le permitirían hacer tal cosa. Y por eso, se propuso dar con la forma de controlar a su lobo. Tenía que haber una manera de hacerlo, de obligarle a detenerse si la víctima a la que perseguía era humana. ¿Acaso no se podían alimentar de animales, como un lobo normal cualquiera? Tenía que haber un término medio. Una forma de conservar la humanidad, incluso siendo un animal durante las noches.

Ya se había convencido de que podría lograrlo, pero al pasar junto a los restos, en su camino de regreso al exterior, el olor ya no le pareció tan horrible y paró por un momento, tentado a probar parte de la carne, incluso no teniendo ya buen aspecto. El lobo interior le exigía comer y le costó controlar ese impulso.

-No –se dijo, alejándose tan rápido como pudo–. No.

Salió al exterior y la luna le dio de lleno en los ojos, lo que hizo que ya no pudiese apartarlos de ella. Lejos, podía oír el rumor de una voz que parecía llamarlo, pero su atención estaba centrada en la bola brillante y blanca que había en el cielo.

De repente, la piel comenzó a picarle, y sentía como se iba tensando hasta el punto de querer rasgarse. Le dolían los huesos y sintió cómo algunos estallaban en una explosión punzante, que le arrancó un gran grito agónico que le puso los pelos de punta. Pelos que se estaban multiplicando por todo su cuerpo.

-William –escuchó la voz de Daria segundos antes de que sus manos se transformasen en garras y su nariz creciese hasta unirse a la boca y convertirse en unas fauces llenas de dientes desgarradores.

Un aullido a lo lejos parecía llamarlo y no pudo evitar responder. Se sentía fuerte, invencible, más vivo que nunca, pero también tenía un hambre voraz, incapaz de controlar. Podía oler la carne en la cueva y se giró hacia ella, dispuesto a entrar de nuevo, pero vio que alguien se lo impedía. En un primer momento, no la reconoció. Solo vio las espadas de plata y atacó.

-No me obligues a matarte, William –pidió Daria, no queriendo hacerle daño. Todavía tenían tiempo para evitar que se transformase definitivamente y quería hacer que regresase con ella, para ir a por el hombre -lobo.

Se había delatado con aquel aullido y ahora sabía en qué lugar del bosque se escondía, pero necesitaba a William para que acabase con él. Si no, toda aquella odisea no habría servido para nada.

William la atacó una vez más y ella lo esquivó como pudo, sin golpearlo con la plata. Lo necesitaba sano y fuerte, porque de otra forma, no podría vencer en la pelea que le esperaba más allá de la colina. Por eso, cuando lo tuvo de espaldas, saltó sobre él y lo redujo a base de fuerza. Solo apoyó la hoja de la espada en su brazo para que le quemase la piel, esperando que el daño le obligase a volver a su forma humana. Y no las tenía todas consigo, pero funcionó. William era él de nuevo, en cuestión de segundos.

-¿Estás bien? –le preguntó, cuando abrió los ojos. Se cubrió el cuerpo desnudo con el abrigo que Daria le dio, pues había destrozado su ropa.

-No me has matado –le dijo él, sorprendido.

-Te dije que te ayudaría a acabar con el licántropo.

-Pero casi te mato –insistió.

-¿Lo recuerdas? –ahora era ella la sorprendida.

-Sí –asintió, sentándose en el suelo–. Me transformé al mirar la luna llena. Mentiste en eso, Daria.

-No mentí –negó su acusación–. En realidad no fue la luna lo que te hizo cambiar, sino que ya estás en esa fase en que el lobo te reclama. Se valió de la fuerza de la luna para obligarte. Pero no deberías recordar nada.

-Pues te vi delante, impidiéndome entrar en la cueva –le aseguró–. No quería atacarte, pero el instinto era demasiado fuerte. Tenía tanta hambre, que no podía pensar en otra cosa.

-¿Qué más recuerdas?

-Oí la llamada del licántropo, pero no quise irme con él. No sé si fue por la sangre de la cueva o porque yo mismo lo decidí, pero me negué a ir.

-¿Hablaste con él? ¿Cómo?

-No lo sé –negó–. Solo sé que lo hicimos.

-Mi teoría es que usan la telequinesia –le dijo–. No sé de qué otra forma podrían hacerlo sino. Son capaces de comunicarse a muchos kilómetros de distancia.

-Es posible. Lo oía en mi cabeza –se tocó la frente–. Y creo que yo solo pensé en que no quería irme con él. Estaba muy furioso.

-Interesante.

A lo largo de los años, había demostrado muchas de las teorías que tenía sobre los licántropos, pero no había sido capaz de probar la de la telequinesia. Sus compañeros se habían reído de ella más de una vez, al hablarles de ello, pues creían que eran los aullidos y gruñidos lo que usaban. Ahora, gracias a William, podía decir que siempre había tenido razón y que se comunicaban mentalmente. Solo así se explicaba por qué podían hablar entre ellos incluso en la distancia.

-¿Y ahora qué? –la pregunta de William la devolvió al presente, donde todavía tenían que matar al hombre -lobo.

-Ahora iremos hacia allí –señaló la dirección desde la que había venido el aullido del otro licántropo–. Y ve haciéndote a la idea de que, a partir de ahora, te irás transformando cada vez con más frecuencia. Quiero que me avises si ves que se va a producir el cambio, para estar

preparada.

-De acuerdo.

-Y perdona por eso –señaló su brazo. Solo entonces, William fue consciente de que tenía una cicatriz en él como si algo le hubiese quemado–. No conozco otra forma de hacerte volver. Me temo que tendrás más de esas si te transformas antes de dar con el hombre -lobo.

-Es un precio justo por no matarte –sentenció.

Daria sentía simpatía por él. Le había tocado un trago duro que pasar y a pesar de ello, no había perdido el buen humor ni la esperanza de lograr salir de eso. No había esperado sentirse cómoda a su lado, porque el azul de sus ojos la perturbaba demasiado, pero había resultado ser una buena compañía. Solo esperaba no tener que lamentar su muerte. Prefería dejarlo atrás, enfurruñado por no poder acompañarla, a tener que decirle a su familia que estaba muerto. Como fuese, jamás les diría que se había transformado en uno de esos seres a los que tanto habían aprendido a temer. No sería justo para nadie, mancillar así su recuerdo.

-Daria –William se colocó a su lado–, tengo algo que decirte y creo que es mejor que lo haga ahora, por si más tarde ya no puedo. Yo...

-No –lo interrumpió–. Sea lo que sea, mejor no digas nada.

Daria tenía una ligera idea de lo que sentía William, y no quería oírlo, porque entonces, le resultaría mucho más difícil matarlo, en caso de que fuese necesario.

-No quiero morir sin haberte dicho lo que siento –le insistió.

-No vas a morir, ¿vale? Vas a acabar con él y vas a ser de nuevo un hombre normal, sin instintos asesinos ni sed de sangre humana. Seguirás con tu vida como si esto no hubiese sido más que una pesadilla.

-¿Y si no quiero seguir con mi vida de antes?

-¿De qué estás hablando?

-De que quiero ir contigo, cuando todo esto termine. Hace tiempo que sé que el pueblo se me ha quedado pequeño, que necesito algo más que esto. Cuando te vi llegar, supe que quería ser como tú.

-Esta no es una vida que yo habría elegido, de poder hacerlo. Siempre viviendo en el camino, durmiendo en el suelo o con algo de suerte, en un granero o una posada, si no se te ha acabado el dinero. No tendrás un hogar al que volver ni una familia que te apoye en los momentos más bajos. Estarás solo para todo y sé que acabarás lamentándolo. Puede que ahora no te lo parezca, pero echarás de menos a tu familia y no...

-Yo te apoyaré –la interrumpió–. Lo haremos el uno con el otro. Mi hogar y mi familia estarán aquí, para cuando decida abandonar la vida errante, pero ahora mismo, irme es lo que necesito. Y aunque te niegues a decírmelo, sé que tú también quieres compañía. El viaje, como dices, es duro, ¿no sería mejor compartir el camino con alguien más? Se haría más llevadero.

-Mi camino no acabará nunca, William. ¿O crees que seré capaz de cumplir algún día mi promesa?

-Pues te seguiré hasta que sienta que necesito parar –le dijo, con seguridad–. Y podrás continuar sin mí, si es lo que quieres. O podrías detenerte y aceptar que es un imposible lo que has prometido y que ya lo has cumplido, en la medida de lo posible.

-No sabes nada –negó.

-Pues cuéntamelo –le pidió.

Daria pensó que tal vez, si terminaba la historia de su vida, William entendería que ir con ella no era buena idea. Porque, por más que quisiese volver a su hogar, sabía que sería imposible. Su promesa era infinita.

8

Guardó silencio un instante, antes de decidir sacar a la luz el resto de la historia. Su rostro estaba bañado de dolor cuando comenzó a hablar, porque recordar lo que había sucedido, aunque hubiesen pasado años de aquello, seguía doliendo tanto como el mismo día en que sucedió. William pudo sentir su pena, incluso sin que empezase a hablar y se acercó, tratando de consolarla. Sin embargo, Daria estaba en otro lugar, muy lejos de allí y no se percató de su presencia.

-Verás, no te conté toda la verdad cuanto te hablé de mi abuelo y su nacimiento. En realidad eran gemelos. Mi bisabuela dio a luz a gemelos idénticos, aunque lo cierto es que no se parecían en nada. Bueno, tenían el mismo aspecto, pero mi abuelo heredó esos dones de los que te hablé antes y su hermano se quedó con la licantropía. La primera noche que su hermano se transformó, era todavía un bebé. Su madre se asustó muchísimo al descubrirlo y decidió abandonarlo en el bosque. Lo dio por muerto y nunca más pensó en él.

-¿Sobrevivió? Era demasiado pequeño.

-El día de su muerte también se lo contó a mi abuelo –continuó, sin responder a su pregunta–. Esa misma noche, mi abuelo perdió a su madre y a un hermano que era una parte de sí mismo, aunque no lo hubiese sabido antes. Su mitad. Fue una noche triste para él.

-¿Cómo pudo ser que no heredase la licantropía?

-Supongo que como su abuelo no era todavía uno de ellos, mi abuelo acabó obteniendo únicamente algún aspecto propio de los licántropos, pero no todos. Esa noche de luna llena, se gestaron el primer licántropo y el primer cazador de mi familia.

-¿Su hermano sobrevivió? –repitió ahora de nuevo.

-Mi bisabuela lo dio por muerto, pero los licántropos tienen el poder de comunicarse entre ellos por muy lejos que estén. Gracias a ti, ahora sé que tenía razón al pensar en la telequinesia. Una licántropo hembra oyó su llanto, y fue a buscarlo. Ella lo crió.

-¿Cómo sabes eso?

-Mi abuelo no lo supo hasta muchos años más tarde, cuando mi padre ya tenía unos tres años. Su gemelo se presentó en su casa una mañana y aunque sabía lo que era, mi abuelo le dio la bienvenida a su hogar. Durante cinco o seis meses vivieron todos juntos. Se oían rumores en el pueblo de que alguien o algo, estaba matando algunas reses de los granjeros, pero mi abuelo guardó silencio pues era un mal menor.

-Entonces, los licántropos pueden sobrevivir con otro tipo de sangre, no solo humana –intuyó.

-Pueden, pero como te he dicho, el instinto en ellos es muy fuerte y acaban matando gente –asintió–. Mi abuelo lo aprendió por las malas, porque al final, el primer hombre murió en el pueblo y fue obra de su hermano. Se horrorizó al comprenderlo y discutieron por eso. Su hermano se enfureció y decidió dejar la casa. Mi abuelo se confió, creyendo que se iría para siempre, pero aquella misma noche, intentó matarlo, junto a toda su familia.

-No puede ser.

-Mi abuelo intentó detenerlo, pero solo logró salvar a mi padre. Lamentó durante el resto de su vida la pérdida de mi abuela. Fue ella quien les permitió huir al entregarse al licántropo. Mi tío-abuelo la codiciaba desde el día en que la vio; en realidad, codiciaba la vida que llevaba mi abuelo. Mi abuela lo sabía y se le ofreció, a cambio de permitir huir a mi abuelo y a mi padre –

tomó aire, antes de seguir—. Por la mañana, mi abuelo regresó a la casa para salvar a mi abuela, pero ya se habían ido. Mi abuela se había entregado por amor a su familia y nunca pudo volver a verlos. Pues para cuando la encontraron, ya había dado a luz a varios cachorros de mi tío-abuelo y este la había matado. Por desgracia, mi tío-abuelo había heredado la violencia de su padre también y en un arrebato de ira, la mató.

-Unido a la licantropía –añadió William–, debió ser terrible para tu abuela soportar a ese hombre.

-Nunca sabremos cuánto, pero mi abuelo encontró el cuerpo totalmente despedazado. Ese día juró que la vengaría y no descansaría hasta ver muertos a todos los licántropos. Dejó a mi padre a cargo de una mujer a la que pagaba para que lo cuidase mientras estaba fuera cazando licántropos y cuando volvía, le hablaba de sus aventuras, para que también su hijo amase el destino que preveía para él. Fundó una academia de adiestramiento, esperando que mi padre aprendiese allí, junto a otros muchachos, a ser un buen cazador. De esa academia han salido todos los cazadores que hay hoy en día, pero mi padre no fue uno de ellos. Él no aspiraba a ser como mi abuelo. Tampoco heredó sus dones, lo que ayudó a que al final, mi abuelo se desencantase con él y lo dejase en paz.

-Hasta que naciste tú –supuso William– y se fijó en ti.

-No fue tan sencillo como eso. Mi padre comprendía el dolor de su padre, pero no participó en su locura, como la llamaba, ni permitió que sus hijos lo hiciesen tampoco. Trató de vivir lo mejor que pudo, evitando cualquier tema que nos acercase a los licántropos y a la historia de nuestra familia, sin embargo, nunca le negó a nuestro abuelo venir a vernos. Verás tengo... tenía ocho hermanos. Fui la única hija de mis padres y la más pequeña de todos. Fui también la única que heredé los dones de mi abuelo y tal vez por eso, me contaba esas historias, cuando mi padre estaba lejos. Quería prepararme, porque sabía que yo seguiría sus pasos. O al menos esperaba que lo hiciese –le sonrió con amargura–. Nunca sabré lo que habría hecho, si hubiese tenido elección.

-¿Qué quieres decir? ¿Tu abuelo te obligó?

-Como te dije, los licántropos viven muchos años. Mi abuelo envejeció sin haber cumplido la promesa que le hizo a los restos de su esposa. Por más licántropos que matasen él y sus hombres, siempre había más y más esperándolos en otra parte. Este es un trabajo poco agradecido, William.

-Pero alguien tiene que hacerlo.

-Y si eres listo, no serás tú –le aconsejó.

-¿Qué pasó con tu abuelo y su promesa? –cambió de tema para no seguir discutiendo con ella, algo que ya tenía decidido.

-Una tarde que vino a casa, sus visitas eran cada vez más frecuentes, me confesó que se sentía cansado y viejo. Aunque sus dones le habían otorgado una gran vitalidad, veía que su cuerpo ya no soportaba toda la actividad que le exigía. Me dijo que seguía sin poder vengar a su esposa y que eso lo entristecía, aunque se daba por satisfecho si al menos quedaban algunos hombres tras él que continuasen su labor. Sé que no hablaba solo de los cazadores, sino también de mí. Él quería que yo siguiese sus pasos. En aquel momento, no le dije nada, porque no quería decepcionarlo si se enteraba de que me daba miedo cazar monstruos. Y después, fue demasiado tarde, y ya no tuve elección. Aquella noche, nos atacaron los licántropos. Era una camada entera, los hermanastros de mi padre, como supe después, y no hubo tiempo para nada.

-Tu tío-abuelo los envió –aventuró, enganchado a la historia una vez más. Sabía que era el drama familiar de Daria, pero no podía dejar de escuchar fascinado.

-Yo tenía tan solo catorce años, pero mi abuelo me entregó una espada de plata y me mantuvo a su lado para luchar. Recuerdo con impotencia ver caer uno a uno a mis hermanos. Si cierro los ojos, todavía puedo oír los gritos de mis padres, mientras los licántropos los descuartizaban. Quería detener aquella carnicería antes de que me quedase sin familia, pero mi abuelo me mantenía detrás de él, protegiéndome. Creo que todavía hoy me siento un poco resentida con él, por no haber defendido con la misma determinación al resto de la familia, aunque entiendo sus motivos.

-¿En serio? Porque a mí me está costando mucho no verlo como un egoísta.

-Aquellos licántropos habían venido solo a por mí –le explicó-. Conocían mis dones y sabían que mi abuelo pretendía instruirme para que continuase su legado. Él y sus hombres causaban muchas bajas entre los de su especie y aunque los infectados eran prescindibles por la facilidad con que se conseguían otros nuevos, los auténticos estaban preocupados, pues quedaban pocos de los suyos. Es cierto que todos pueden pasar el veneno a otra persona, pero con el tiempo, este va perdiendo fuerza y los licántropos no son tan fuertes ni tan listos como los originales. La raza se devalúa y los originales sabían que eso sería su perdición.

-¿Y eso qué tenía que ver contigo?

-Si me unía a mi abuelo, seguiría causando bajas –le dijo-. Era joven todavía, imagina a cuántos de ellos podría llevarme por delante. Por eso, mi tío-abuelo y su progenie habían ido a por mí. Sé que mi abuelo no quería dejar morir al resto de nuestra familia, pero entendía que yo era más importante y me defendió de ellos a costa de la vida de todos. Hasta de la suya propia.

-¿Qué?

-Mi abuelo logró matar a varios antes de caer herido. Yo me sentía totalmente destrozada, después de ver cómo asesinaban a toda mi familia ante mis ojos, sin hacer nada para impedirlo. Sé que solo tenía catorce años, pero era fuerte y rápida, podría haber detenido aquello. O al menos, haberlo intentado antes.

-No fue culpa tuya, Daria.

-Cuando los vi a todos muertos, la rabia me invadió y cogí la espada que mi abuelo me había dado para ir a por los culpables. Nunca en mi vida había empuñado un arma, pero parecía como si mi cuerpo supiese lo que había que hacer. Logré acabar con dos de ellos, antes de que el resto huyese. Se acercaba el día y se transformarían en simples humanos. Tienen fuerza y son rápidos igualmente, pero creyeron que sería muy peligroso para ellos, tal era mi frenesí –lágrimas de impotencia corrían ahora por sus mejillas-. Si solo lo hubiese hecho antes... sé que podría haber salvado a alguien.

-No te culpes –insistió William-. Eras una niña.

-No una niña cualquiera –negó. Dejó escapar un gran suspiro y continuó-. Cuando me quedé sola, regresé con mi abuelo, que era el único que seguía con vida. Le apoyé la cabeza en mis piernas y le acaricié con cariño el cabello, pidiéndole que no me dejase, pero se estaba muriendo ya. Aunque hubiesen llegado los vecinos a tiempo, no habrían podido hacer nada por él. En mi desesperación, le prometí que los vengaría a todos. Y le juré que acabaría con los licántropos o que moriría en el intento. Aquella noche perdí a toda mi familia, William. Me quedé sola en este mundo y me dediqué a destruir a esos seres que me llevaron a tan cruel destino. Y no descansaré hasta ver al último de esos monstruos muerto.

-Pero no sabes cuantos hay ni dónde están... –ahora que sabía la verdad sobre su promesa, no podía sino pensar que era una locura. Aunque dedicase toda su vida a cazarlos, jamás sería capaz de acabar con una raza de seres que se multiplicaban día a día, ya fuese a propósito o por equivocación, como había pasado con él-. Podrías matar a miles de ellos y aun así, no lograr

siquiera ponerlos en peligro de extinción. Has dicho que los licántropos infectados son muy fáciles de crear, jamás lograrás acabar con todos.

-Es mi destino, William. No fui yo quien lo decidió así, pero cumpliré con él mientras me quede vida. Los voy buscando, de pueblo en pueblo, para acabar con ellos y mis dones me ayudan a descubrir su paradero de forma más fácil. No sé cómo explicártelo para que lo entiendas. Es como si los sintiese, como si supiese dónde encontrarlos. Llevo diez años persiguiéndolos y he acabado con cientos –lo miró con tristeza–, pero siempre hay más. Siempre los habrá. Es mi cruz y por eso no quiero compañeros de viaje. Y tampoco podrá haber nunca un nosotros, ¿entiendes?

-Di más bien que no quieres que lo haya –replicó.

-No podría darte tanto de mí como mereces, porque mi vida es errante y está centrada en matar hombres -lobo. Vago sin rumbo fijo y no permanezco más de lo necesario en ningún lugar.

-Podría ir contigo.

-No solo voy tras ellos, William –dijo–. También evito que ellos me encuentren. Estoy en constante peligro siempre. Esto no es vida para nadie que pueda elegir algo mejor, créeme.

-¿Qué quieres decir con que no te encuentren?

-Uno de los licántropos que maté aquella noche, en mi casa, era el hermano de mi abuelo. Si mueren en su forma de lobo, no se quedan así, sino que vuelven a su forma humana. Cuando lo vi, supe que era él. Es como si hubiese visto morir dos veces a mi abuelo.

-Qué fuerte.

-Así como yo juré vengar a mi abuelo y a mi familia, sus descendientes juraron vengarlo a él –le explicó–. Me persiguen desde entonces.

-Pero si prometiste matarlos a todos, ¿por qué no te enfrentas a ellos primero?

-Sé que debería hacerlo, pero saber que me buscan, que siguen mi rastro –se pensó bien las palabras que quería utilizar– y que están tan furiosos como yo por lo que pasó... me permite mantenerme en pie. Me da fuerzas para seguir con mi cruzada y no desistir. Creo que si acabo con ellos, mi corazón sentirá que ya he vengado a mi familia.

-Lo habrás hecho. Podrías terminar con esta vida de una vez por todas. Volver a tu hogar o fundar uno...

-No –lo interrumpió–. Le prometí a mi abuelo que los mataría a todos y es lo que haré. No puedo, no debo romper mi promesa. No lo haré, William. Sería como seguir paralizada de miedo aquella noche, sin salvar a mi familia.

-Acabar con todos los licántropos no te la devolverá tampoco –le dijo William–, ni los años que pierdas en tu cruzada.

-Como te he dicho, es mi destino.

-Daría, no...

William se interrumpió, llevándose ambas manos a la cabeza. Un intenso dolor le arrancó un grito, y Daria se puso en alerta, dispuesta a enfrentarlo de nuevo, para traer a William de regreso si el lobo aparecía.

-No –lo oyó gritar–. No lo haré.

Atenta a cada movimiento, vio cómo William luchaba contra la bestia. Mantenía la daga en la mano, por si la necesitaba, pero parecía que él estaba dispuesto a no dejarse vencer en aquella ocasión.

-¿Te encuentras bien? –le preguntó, cuando minutos más tarde, quedó claro que no se transformaría.

-Creo que... –dijo, sofocado–, creo que podré evitarlo por ahora.

-Cuanto menos te transformes, mejor –asintió.

-Deberíamos encontrar al licántropo cuanto antes. Es muy insistente –se quejó.

-No está lejos –le informó–. Puedo sentirlo.

-Vamos a por él, antes de que me gane la batalla.

-Por aquí –Daria le indicó el camino, aliviada.

No había querido contarle la historia de su vida, pues sabía que no entendería el porqué de su insistencia a la hora de cumplir una promesa que, incluso a ella, le parecía excesiva. La había hecho sin pensar, marcada por el dolor, y no había contado con lo imposible que sería de llevar a cabo. Y sin embargo, no quería dejar de intentarlo. Pero no porque se lo debiese a toda su familia, sino porque llevaba 10 años en aquella lucha y temía no saber quién era si la abandonaba. Su vida era la caza, la venganza, se había forjado a sí misma en base a una promesa hecha en un momento bajo y su mayor miedo era perderse para siempre, si dejaba aquella vida.

Muchos de sus compañeros opinaban como William, y le habían insistido en que se enfrentase de una vez por todas a su pasado para poder avanzar, pero ella sentía que no tenía derecho a hacerlo, porque nadie en su familia podría avanzar nunca más. Todos ellos habían muerto porque no supo reaccionar a tiempo. Aquella cruzada imposible era su castigo por fracasar al proteger a su familia.

Un ruido frente a ellos, la frenó en seco. Situó una de sus manos detrás, para detener a William, pero este ya se había parado. Después de la transformación, se habían agudizado más sus sentidos y ahora entendía a lo que se refería Daria cuando hablaba de sentir al licántropo. O quizá, en su caso, fuese por la supuesta conexión que había entre ellos.

-Está cerca –Daria lo instó a empuñar una espada. Al parecer creía que la daga no sería suficiente.

Y tal vez tuviese razón, porque de pronto, cuando el licántropo apareció frente a ellos en su forma animal y gruñendo como advertencia, a William se le antojó más grande de lo que él recordaba. Tragó saliva con dificultad, aunque se le había secado la boca, y siguió detallando cada uno de los músculos en tensión que tenía aquella bestia. Podría destrozarlo con cualquier parte de su cuerpo en un solo movimiento.

-También tú eres fuerte ahora, William –le recordó Daria, segura de lo que estaba pensando–. No vaciles al atacar.

William ni siquiera estaba seguro de querer atacarle.

9

Sujetó la espada con determinación y se adelantó un par de pasos, intentando no parecer un cobarde ante Daria, y tratando de no temblar de miedo. Una cosa era pensar en matar a un licántropo y otra tenerlo a dos metros, tan corpulento y amenazante.

No tienes por qué hacer esto, escuchó las palabras en su mente, y por un segundo, la espada vaciló en sus manos, no somos enemigos ahora.

Deja mi mente en paz, aunque no lo creía posible, le respondió gritando, sin pronunciar ni una palabra, no te pertenezco. No seré como tú.

Ah, pero ya lo eres. No importa cuánto te resistas, el cambio es inevitable.

-No si te mato antes –dijo, ya en voz alta, atacándolo con la espada en alto.

El licántropo se apartó de su trayectoria en el último momento, pero no le devolvió el ataque, porque no le interesaba dañarlo. Había estado escuchando sus pensamientos todo el tiempo sin que William notase la intrusión, y creía firmemente, que sería un hombre -lobo formidable. Quizá, uno de los pocos infectados, que sería capaz de controlar el cambio. La cantidad de licántropos se había mantenido estable, gracias a los infectados, y a pesar de los titánicos esfuerzos de los cazadores por reducirlos a la nada. Pero la pureza de aquellas bestias había disminuido con el paso de los años, y los originales temían que su raza acabase extinguiéndose por sí misma.

Habían tomado cartas en el asunto, creando a varios licántropos ellos mismos, para que la calidad de los suyos volviese a ser como antaño, pero los cazadores eran implacables y les complicaban las cosas. Aquel joven no había estado planeado, y tal vez por eso, se le antojaba tan interesante ahora, después de saber que era tan fuerte como para rechazar su llamada en una noche de luna llena. Podía sentir la fuerza de su veneno en su sangre, y aun así, el hombre se negaba a obedecer. Lo quería en sus filas a toda costa y por eso, debía convencerlo de transformarse esta misma noche, por más que intentase resistirse. Una idea se iba formando en su mente y necesitaba comprobar que era cierta, que él sería más importante de lo que pudiese imaginar, para la historia de los licántropos.

No luches contra tu nueva naturaleza, le dijo, tendrás más fuerza de la que jamás habrás imaginado. Serás uno de los mejores entre los nuestros. Yo podría...

-No me interesa –le respondió en alto. Sentía que si usaba la telequinesia, estaría un paso más cerca de volverse un hombre-lobo. Y si lo hacía, Daria tendría que ir a por él también, porque estaba seguro de que ya no sería capaz de volver a ser él mismo.

No rechaces el don que te ofrezco, insistió, moviendo su pesado pero ágil cuerpo a un lado cuando William trató de cortarlo en dos.

-Yo no lo consideraría un don –gritó, antes de lanzar un nuevo golpe sobre él, rabioso por no haber sido capaz de tocarlo ni una sola vez.

Daria veía con impotencia, cómo el licántropo jugaba con William. Había luchado con suficientes como él, para saber que, de quererlo, William estaría muerto ya. Quería intervenir, herir al hombre-lobo para que lo rematase él y así librarse de la maldición, pero no estaba convencida de que debiese hacerlo, porque si algo salía mal, y su estocada era mortal, condenaría a William también, porque no podría dejarlo vivir si se convertía en hombre-lobo. Tenía a mano la ballesta, pero tampoco quería usarla de no ser estrictamente necesario, por el mismo motivo, así que se mantenía atenta a aquella lucha dispar, esperando y deseando que William consiguiese

acabar con él sin su ayuda.

-Piensa antes de actuar –le dijo, en una ocasión en la que William casi había perdido la espada por ser muy acelerado–. Está jugando contigo, no se lo permitas.

Pero cuanto más tiempo pasaba, más difícil era para William mantener la intensidad de sus ataques. Nada tenía que ver ya con la destreza y rapidez del hombre -lobo, sino con el control de su cuerpo y su mente. El lobo quería salir y cada vez se hacía más fuerte.

Deja que salga, le dijo el licántropo, atrapándolo con sus garras, para obligarle a mirar al cielo. Sabía que estaba al límite y que el resplandor de la luna sería el mejor aliciente para que saliese su parte animal. A él también le afectaba, pero con los años, había sabido aprender a controlar sus impulsos la mayor parte del tiempo. Si no miraba a la luna directamente, no solía volverse loco por su culpa, aunque sí poco precavido. Y así había sido cómo la cazadora, a la que no perdía de vista en ningún momento, había logrado herirlo la noche anterior, cuando casi tenía a su presa. Y cómo lo había vuelto a hacer esa misma noche.

Ahora, estaba deseando matarla, pero sin ayuda del nuevo licántropo, no podría hacerlo, porque aunque no tenía dificultades para enfrentar al joven, ella era muy diferente; más peligrosa, más letal, más fuerte. Con la herida todavía sangrando, sería un suicidio ir a por ella solo.

Eso es, dijo, mira la luna. Siente su llamada. Deja de resistirte, será inútil.

Cuando Daria vio lo que el licántropo hacía, no temió que fuese a matar a William de un zarpazo, sino que supo perfectamente lo que pretendía. Y por eso, no pudo mantenerse al margen por más tiempo. Cogió la ballesta y preparó una flecha, que voló con certeza hasta una de las patas traseras del licántropo. El grito que lanzó le erizó el cabello, pero no se detuvo, sino que cargó una nueva flecha, que pretendía alejar al hombre-lobo de William. Y de repente, pasó lo que había tratado de evitar: William comenzó a cambiar.

-No –gritó, al ver cómo su cuerpo se retorció ya, y no había forma de frenar la transformación.

Muy a su pesar, cargó tres flechas más en la ballesta, que había sido específicamente diseñada para cazar licántropos, dispuesta a usarla. Aquel arma era muy eficaz, pues podía disparar hasta cuatro flechas sin necesidad de recargarla, lo que le daba al cazador, la oportunidad de sobrevivir si se veía rodeado por más de un licántropo. O por si erraba el primer disparo.

William gritó cuando su piel comenzó a rasgarse para dar paso a otra más gruesa y con más pelo. Sus ojos, antes de un azul vibrante, se habían oscurecido hasta el punto de no poder distinguir la pupila, salvo por la delgada línea roja que la delimitaba. El aullido de la otra bestia, que anunciaba su victoria, heló la sangre de Daria, que temía no poder salvar ya a William.

-Ven a por mí, maldito –le gritó al licántropo original. Si conseguía reducirlo mientras William estaba en el proceso de transformación, tal vez todavía tuviese la oportunidad de salvar al joven– ¿O tienes demasiado miedo para intentar acabar conmigo sin su ayuda?

Las provocaciones solían funcionar con ellos, por eso lo estaba intentando. Al tiempo que hablaba, dejó la ballesta en el suelo, no lejos de ella, por si tenía que recuperarla pronto, y desenfundó la espada. Le había dejado la otra a William y ahora estaba olvidada en el suelo, cerca de ellos. Para recuperarla, tendría que alejarlos de allí.

-Vamos –le gritó. Hizo girar la espada en el aire con un juego de muñecas perfecto, para liberar de así, la presión que le provocaba el peso de la misma. Había perfeccionado aquella técnica con los años, y apenas notaba la sobrecarga ahora.

Todavía recordaba los dolores que sufrían sus brazos los primeros años, cuando sus músculos

eran débiles para soportar todo el peso de la plata. En más de una ocasión, su vida había peligrado por culpa de no ser capaz de sostener bien ambas espadas. Hoy en día se habían convertido en una extensión de sus brazos y muy pocas veces las perdía durante el combate. Eran su vida, literalmente.

Corrió hacia él, con la espada al frente, cuando lo vio dar dos pasos en su dirección. Erró el primer lance ya que el licántropo se apartó en el último momento, y lanzó un segundo, sin darle tiempo a reponerse, para pillarlo desprevenido. Consiguió herirlo de nuevo, en la espalda esta vez. Mientras gruñía, el licántropo se alejó, incapaz de conservar por más tiempo su forma más primitiva.

Independientemente de la forma en que muriesen, los licántropos siempre adoptaban su forma humana al final de su vida. Tal era la gravedad de sus heridas ahora, que no lograba transformarse por completo, y por eso, adoptó su forma híbrida. Un ser abominable y repugnante, mitad humano, mitad lobo, que no era ni lo uno ni lo otro. Sin embargo, aunque estuviese al borde de la muerte, Daria no bajó la guardia pues ya había comprobado en más de una ocasión, que eran mucho más peligrosos los licántropos heridos que los demás. Y así sucedió, pues aquella bestia saltó sobre ella, tratando de alcanzar su cuello para arrebatárle la vida a mordiscos.

Daria retrocedió, rodando después por el suelo, para recuperar la otra espada. En su lucha contra el otro, no había estado tan pendiente de William y ahora ya no podía verlo. Eso la preocupó, pues temía que se le hubiese ocurrido ir a la aldea, movido por la sed de sangre humana. Por un segundo, se expuso al híbrido en su búsqueda de William y este lo aprovechó para atacarla.

Rodaron por el suelo, enredados en una lucha por el control de la situación, pero aún herido, el licántropo venció en aquella ocasión. Daria estaba a su merced, bajo el peso de sus patas traseras, mientras trataba de alejar las garras de su rostro. Las espadas habían quedado olvidadas en algún lugar, lejos de ellos, y no conseguía liberar una de sus manos para buscar una daga en su bota.

-Ha llegado tu hora, cazadora –gruñó el licántropo en un tono grave y rasposo, producto de la forma en la que se encontraba-. No matarás a más de los míos ni podrás salvar al joven. Es mío ahora y será uno de los más letales que jamás hayas visto. El joven tiene algo especial, que yo me encargaré de potenciar. Cuando termine de mostrarle todo lo que es capaz de hacer, será imparables. Y tú morirás ahora, sabiendo que no has podido frenar al elegido.

-Todavía no estoy muerta –le dijo, empujando hacia arriba sus garras-. Y mientras tenga un hilo de vida, te juro que no conseguirás ganar.

Le lanzó una patada que lo desestabilizó, lo que dio a Daria la oportunidad de sacar la daga y cortarlo en el cuello. El licántropo retrocedió, aullando, y Daria se puso en pie, dispuesta atacar de nuevo.

La bestia saltó hacia adelante y su garra describió un arco frente a Daria, que a punto estuvo de arrancarle parte de un brazo. Nuevamente, comenzaron aquella danza mortal en la que ninguno parecía poder ganar. Entonces un gruñido diferente, justo detrás de Daria, hizo que el licántropo híbrido dejase de luchar.

-Ya he ganado –su risa cavernosa le provocó un gesto de aversión que le hizo arrugar la nariz como si oliese algo repugnante-. Y la ironía es que te matará aquel que has intentado salvar.

William estaba detrás de ella, amenazante, y cuando se giró hacia él, lo vio dar un potente salto con el que llegaría hasta ella sin ningún problema, aún estando a varios metros de distancia. Segundos antes de que le cayese encima, no pudo evitar admirar su agilidad recién adquirida.

10

Muy al contrario de lo que creía Daria, William saltó por encima de ella y empezó a gruñirle al licántropo, desafiándolo. Aquello la dejó tan contrariada, que no acertó a reaccionar. Permaneció inmóvil, observando la escena, donde juraría que se estaban amenazando de muerte el uno al otro. Ella solo oía gruñidos, pero sabía que estaban haciendo mucho más que eso, en realidad. Y aun así, le costaba entender cómo podía, el licántropo en el que se había convertido William, intentar protegerla del otro, pues sabido era que los humanos perdían la capacidad de controlar todos sus instintos tras la transformación. La sed de sangre era tan poderosa, que solo vivían para saciarla.

Había conocido a hombres-lobo que, al día siguiente, cuando volvían a ser humanos se arrepentían de sus actos, e incluso algunos se encerraban bajo llave por la noche, para no matar a nadie. Pero esos eran los menos, y sus bestias interiores acababan hallando la forma de hacerlos salir a matar. En su camino por el mundo como cazadora, solo había conocido y dejado con vida a un licántropo. Y únicamente porque había visto el celo con que él se encerraba cada noche, y su familia protegía aquella puerta, dispuestos a matarlo si la atravesaba. Y así había sabido que los hombres-lobo que no se alimentaban de humanos, envejecían con más rapidez. Envejecían al ritmo de un humano.

Había decidido dejarlo con vida, porque era anciano cuando lo conoció y ambos sabían que no le quedaba mucho tiempo. De hecho, varios años más tarde, su viaje la llevó de nuevo cerca de aquel lugar y quiso ir a ver cómo estaban. Sus hijos le dijeron que se había muerto un par de meses antes, apaciblemente, en su cama, siendo un humano. Fue la única ocasión en la que se lamentó por la desaparición de un licántropo.

El gruñido del licántropo puro la regresó al presente, donde este se lanzó en un primer ataque hacia ella. William la alejó de un coletazo de su trayectoria para evitar que la matase, y después, se enfrentó al otro, en una lucha mortal, donde los colmillos y las garras eran los protagonistas. William estaba transformado por completo, y aun así, le costaba mantener a raya al otro, que todavía no era capaz de adoptar la forma entera. Daria estaba segura que de no estar herido, William habría acabado muerto al primer zarpazo.

Sin embargo, no dejaba de observarlos, en tensión, y preparada para lo que se avecinaba, pues así como la defendía, también podía querer matarla después. Tal vez aquello no era más que la pelea de dos hombres-lobo por una comida y no podía bajar la guardia, o se convertiría en la cena. Dejaría que uno acabase con el otro y después, si el perdedor era William, mataría al puro para acabar con aquel trabajo maldito.

Desde el mismo momento en que William se ofreció a acompañarla, debería haber sabido que aquello no iba a acabar bien, y se lamentó de no haber sido más contundente a la hora de mantenerlo en la casa. No había querido enemistarse con ellos, pues temía que la caza se alargase en el tiempo y prefería dormir en una cama, antes que en el frío suelo, pero ahora iba a pagar por su comodidad con la vida de una persona inocente. Y no podía sentirse más culpable por ello.

Esperaba que William pudiese acabar con su creador, pero estaría preparada para cualquier final. Aunque la idea de matarlo le disgustase, no podía dejarlo con vida. Aunque le asegurase que se encerraría para no atacar a nadie, era demasiado joven para arriesgarse con él. Tardaría años en morir de viejo y el licántropo que era, querría salir mucho antes. La muerte era la única opción con él.

-Ya basta –gritó el licántropo híbrido, cuando fallaron sus fuerzas nuevamente. Su potente voz resonó en el bosque e incluso Daria tembló al escucharla.

Por un momento William se encogió, como si tuviese que obedecer aquella orden, aunque no quisiese. Era su subordinado, su creación y aunque luchase con él y pudiese vencerlo algún día, mientras no tuviese la fuerza suficiente, o la experiencia, siempre perdería. El híbrido se acercó, mientras William permanecía en el suelo, agazapado, y Daria vio cómo poco a poco, el lobo joven se iba disipando, dejando paso al hombre, desnudo y desprotegido. Alzó sus espadas, dispuesta a protegerlo, del mismo modo en que lo había hecho con ella. Quizá luego tuviese encargarse de él, pero si había alguna posibilidad de que William acabase con su creador todavía, debían aprovecharla.

-Te degollaría ahora mismo si no fueses el elegido –le dijo este, lo que frenó en seco a Daria.

¿El elegido? ¿A qué se refería con eso? Ya se lo había dicho con anterioridad, pero no le había dado mucha importancia por pensar que exageraba, pero si ahora estaba dispuesto a perdonarle la vida por enfrentarlo de aquel modo, debía significar algo más que simples palabras sin sentido.

-¿Qué es eso del elegido? –le preguntó, apuntándolo con las espadas.

-Nada que a ti te interese, cazadora –le gruñó.

Quizá se había olvidado de ella durante la pelea, y al hablar, le habría recordado su presencia, pues ahora la estaba observando con ojos asesinos. Se preparó y giró las espadas para liberar la presión que tenían en las muñecas, dispuesta a iniciar una nueva pelea con él. William seguía en el suelo, inmóvil. No sabía si se había desmayado o solo estaba agotado, pero quería prepararle al licántropo para que pudiese darle él, la estocada final. Podía devolverle su humanidad y eso pensaba hacer.

-No seré yo quien te mate –le dijo el licántropo–. Lo hará él, cuando se transforme nuevamente. No falta mucho para eso.

-Entonces me aseguraré de ser yo la primera –le dijo ella, girando las espadas al mismo tiempo que se acercaba a él.

-Sé lo que pretendes –se alejó de William para que la lucha no interfiriese en su transformación. Cuando lo hiciese, ya no lucharía con él, pues había conseguido doblegar su voluntad. Ahora le obedecería solo a él y podría cumplir la profecía al fin. Llevaba tantos años buscando al elegido, y había fracasado tantas veces, que empezaba a pensar que solo era un mito y que la adivina se había equivocado al profetizar que llegaría un licántropo que los uniría a todos y los llevaría a la gloria– y no te lo permitiré.

-Puedes intentar impedírmelo –le dijo ella, atacando de nuevo–, pero no te lo pondré fácil.

-Me subestimas, cazadora.

Sus heridas habían mejorado lo suficiente como para poder transformarse completamente y eso hizo. Era más fuerte de ese modo, y más rápido, por lo que al devolverle el ataque a Daria, la obligó a retroceder, para evitar que la alcanzase con las garras. Uno tras otro, sus pasos la iban llevando hacia una trampa, en la que se vería acorralada. El hombre-lobo sabía que William no tardaría en transformarse de nuevo, pues la luna brillaba sobre ellos en todo su esplendor. Solo entonces, le haría matar a la mujer. Una vez probase la sangre humana, ya no querría alimentarse de nada más y sería más fácil manejarlo, porque él le daría lo que necesitaba. Le enseñaría a cazar y a luchar. Sería un auténtico licántropo, el más poderoso de todos.

-Quizá tú me subestimas a mí –replicó ella, al tiempo que su espada dibujaba un arco en el aire, llevándose parte de la piel de su brazo derecho en su camino.

El licántropo aulló de dolor y retrocedió para evitar la nueva estocada de Daria. Con cada

lance, la cazadora recuperó el espacio que había perdido por el ataque de su oponente. Nuevamente, el licántropo tuvo que adoptar su forma híbrida, porque las heridas hechas con plata no se curaban a la misma velocidad que las demás. El licántropo la atacó con furia, pero no tuvo problemas para esquivarlo. Iniciaron un nuevo baile que los mantuvo girando en torno a William durante varios minutos, hasta que este se despertó, aullando, y volviendo a su forma animal. Entonces, el hombre-lobo puro se mantuvo inmóvil, observándolos, como si esperase que sucediese lo que había vaticinado.

Daria se situó de modo que pudiese verlos a ambos. Si la atacaban a un tiempo, quería poder controlarlos a los dos y rechazar sus embistes. El licántropo puro no parecía interesando en intervenir, sino que veía a William levantarse. Por cómo lo miraba, Daria intuyó que le estaba dando instrucciones, y podía imaginar cuáles eran, así que se preparó para repelerlo.

William dudó, pudo notarlo en sus movimientos. Por un momento, creyó que se enfrentaría al licántropo de nuevo, pero finalmente, la atacó. Era más rápido y más fuerte que su creador, pero también era torpe. Apenas se había transformado un par de veces y no sabía controlarse todavía. Atacaba con fiereza, pero sin pensar en las consecuencias, y aunque Daria no le quería hacer daño, pues seguía empeñada en hacerle recuperar su humanidad, tuvo que herirlo en alguna ocasión, para evitar que le arrancase la cabeza de un mordisco.

-William –lo llamó–, sé que todavía estás ahí dentro. Lucha contra él. Regresa. No dejes que gane.

No estaba segura de que William pudiese oírla, pero tenía que intentarlo al menos. Notaba cómo cada vez el lobo era más fuerte y él perdía la batalla contra la bestia. Si no cambiaba pronto de forma, ya no podría salvarlo, porque no querría ir contra su creador.

-Vamos –le gritó más alto–. Lucha, William.

La risa gutural del licántropo puro, le heló la sangre. Nunca se acostumbraría a aquel tono, por más que lo escuchase.

-Ya es mío –le dijo–. No puedes hacer nada.

-Sé que estás ahí, William –ignoró sus palabras–. No le dejes ganar.

Y como si su voz hubiese llegado hasta él, William se enfrentó una vez más a su creador, en un ataque con el que el licántropo no contaba. Logró herirlo en un costado, antes de que pudiese reaccionar.

-No –gritó furioso el licántropo puro. En un arranque de ira incontrolada, se lanzó contra él y le desgarró el pecho de un único zarpazo.

-No –ahora fue el turno de Daria para gritar.

Lo vio caer al suelo, bañado en su propia sangre, y se sintió tan decepcionada, tan dolida por aquel fracaso que creía tan suyo, por no haber sabido mantenerlo lejos del bosque aquella noche, que corrió hacia ellos sin pensar en su seguridad, y le cortó un brazo de un espadazo al licántropo puro, que no pudo reaccionar a tiempo para alejarse.

-Vas a morir, maldito –lo amenazó, atacando una vez más, ajándole el vientre.

Se había estado conteniendo, para que fuese William quien lo matase, pero ahora que no podría hacerlo, no tenía sentido frenarse. Cada uno de sus envites se llevaba parte de la vida de aquella bestia, hasta que, harta de rajarlo una y otra vez, le separó la cabeza de un único tajo, del resto de su cuerpo. Para cuando se cayó al suelo, ya había adoptado su forma humana.

Daria se dejó deslizar poco a poco, hasta acabar en el suelo, de rodillas. Apoyó las espadas en la tierra y la cabeza en las empuñaduras unidas, y dejó ir la rabia y la impotencia en forma de lágrimas. Nunca antes se había sentido tan desolada, salvo la noche en que su familia fue masacrada y no consiguió salvarlos. Lloró por sus padres, sus hermanos y su abuelo; lloró por su

abuela, a quien no había podido conocer; y lloró también por William, que solo había querido ayudar para proteger a su familia, y había terminado dando su vida por ello. No era justo. Los inocentes deberían estar siempre a salvo.

Cuando se vació del dolor y la frustración, se levantó y recuperó ambos cuerpos, para llevarlos a la cueva. Debía quemarlos y enterrar sus cenizas allí, para que ningún otro licántropo se acercase a la zona. O por lo menos, no lo hiciese en unos cuantos años. El olor de las cenizas les advertiría de que era peligroso ir a ese lugar, pero por desgracia, se desvanecía con el paso del tiempo.

Dejó los cadáveres en la entrada de la cueva y entró, para rebuscar antes, entre las cosas del licántropo. Si había algo de valor, se lo llevaría para venderlo y así obtener dinero. Aunque sus compañeros cobraban el trabajo, ella prefería no hacerlo en ciertas ocasiones en las que, al llegar, veía que ya no tenían demasiado que ofrecerle. Los licántropos solían esconder cosas de valor, sobre todo oro, que ella vendía para ganar su sustento. Después de guardar todo lo que sirviese, quemaría el resto con las dos bestias y lo enterraría todo.

Sabía que después tendría que hablar con la familia de William, y le preocupaba cómo reaccionarían. Sin embargo, no podía marcharse sin decirles que había sido un hombre valiente, que había luchado hasta el final contra el licántropo. Omitiría la parte en que se había transformado en hombre-lobo, pero les dejaría claro que había sido un héroe, a pesar de su final.

-¿Y esto? -Daria tomó en sus manos lo que parecía el diario del licántropo. Lo ojeó por encima y descubrió algo que la dejó petrificada por un momento. Aquel ser hablaba de algo que ella había sabido poco antes de la muerte de su abuelo.

Su abuelo le había confesado que las historias que le contó sobre los licántropos no eran inventadas, sino reales. Y que la mayoría las había protagonizado él. Entonces, se la había llevado a la academia porque le quería enseñar lo que hacían allí, pues esperaba que algún día ella formase parte de todo aquello. Habían ido a la biblioteca después para mostrarle algunos de los pergaminos que conservaban allí, en los que se hablaba de los licántropos. Si bien, nadie sabía desde cuándo existían o cómo había aparecido el primero de ellos, conocían la forma de matarlos gracias a los pergaminos. La plata era lo único que podía herirlos e, incluso, acabar con ellos. Y muy contrario a lo que se pensaba, en su forma humana también los había que apuñalar con plata o se curarían. Muchas vidas se perdieron hasta que dieron con la solución.

Sin embargo, había otra historia, más oscura, menos conocida, que solo su abuelo fue capaz de encontrar en unos pergaminos que se deshacían con el simple contacto con el aire. Había podido transcribir parte de la historia, pero muchas de las hojas estaban tan ajadas por el tiempo, que le resultó imposible leerlas para copiarlas. Habían quedado lagunas importantes en aquella historia, por lo que solo sabían que existía una reliquia capaz de controlar a los licántropos, sin que estos pudiesen negarse a obedecer. Su abuelo le había dicho, con gran pesar, que no había sido capaz de averiguar qué tipo de artefacto era y que aunque no supiesen qué buscar exactamente, sus cazadores rebuscaban entre las cosas de los licántropos, con la esperanza de dar con alguna pista. También le había dicho que había averiguado que la reliquia había sido fabricada por uno de los hombres más codiciosos de toda la historia, que por un tiempo, había controlado a su antojo a los licántropos, acabando con aquellos que se interponían en su camino a la gloria y el poder absolutos. Y de esa historia era de la que hablaba el licántropo en su diario.

“Solo los ancianos conocen el lugar exacto en el que está escondido el Azote de los lobos, a los jóvenes no nos dejan acercarnos a él, pues creen que no somos capaces de entender cuán peligroso es ese bastón”.

Daria se sorprendió cuando leyó que la reliquia que tanto habían buscado era un bastón. Y se

lamentó de que su abuelo no pudiese saberlo. Habría estado tan feliz de averiguar por fin qué tipo de artefacto era.

“Se han rotado durante siglos para proteger el Azote de los lobos y no permiten que ninguno de nosotros lo guarde, pero eso va a cambiar. Es hora de que los viejos nos dejen paso a los jóvenes. Su tiempo acabó ya. Ahora que sé donde se reunirán, se lo arrebataré. Y cuando encuentre al Elegido, podré gobernar sobre los licántropos. Él me dará el poder para hacerlo”.

-No entiendo nada –Daria estaba confusa, pero dejó de leer, al recordar que debía quemar los cuerpos, antes de que algún animal oliese la sangre.

Se llevó el diario, por si podía estudiarlo más tarde, y encontrar información sobre esa reunión secreta del bastón. Si pudiese acudir a ella, robaría el bastón. Si los cazadores poseían la reliquia, podrían acabar con los licántropos al fin.

Salió fuera, dispuesta a terminar con aquello cuanto antes, pero sus pies se detuvieron en seco al llegar al hueco exterior de la cueva. Parpadeó, como si de esa forma, la imagen que tenía ante ella se desvaneciese y dejase paso a la realidad, pero no funcionó.

-William –susurró, casi sin creérselo.

11

-¿Qué...? –a William le costaba hablar y suspiró una vez, antes de continuar– ¿Qué ha pasado?

-¿No recuerdas de nada? –tanteó, intentando que no viese la sorpresa en su rostro. Para ella era como ver regresar a alguien de entre los muertos, pero sobre todo, era consciente de que si seguía vivo, era por su condición de licántropo.

Había apoyado las espadas en la entrada de la cueva, al lado de su bolsa, y se movió lentamente hacia ellas mientras continuaba vigilando a William.

-Recuerdo el dolor cuando me transformé –dijo, con la mano en la nuca, masajeándose como si así fuese capaz de recordarlo todo con más claridad–. Sé que no quería que te hiciese daño e intenté defenderte.

-¿Te acuerdas de eso? –ahora, su sorpresa era mayor que antes.

-Me venció –le dijo, a modo de respuesta–. Se metió en mi cabeza y no pude echarlo.

-William, me salvaste la vida –le recordó–. No eres ni la mitad de experimentado que lo era él y aun así, le hiciste frente y me salvaste.

-Te atacó –negó–. No quería hacerlo, pero pasó.

-Estoy viva –resaltó lo más evidente para que dejase de mortificarse– y él está muerto. No, maldita sea. Él está muerto.

-¿No debía estarlo? –preguntó, confuso.

-Por tu mano, William. Debería haber muerto por tu mano, no por la mía –comenzó a pasear, preocupada por ese detalle, sin percatarse de que William seguía siendo un licántropo–. Creí que te había matado y le arrebaté la vida. Yo no... no pensé que pudieses salir de esta. Maldita sea, serás para siempre un...

Consciente de lo que iba a decir, su mano buscó una de sus espadas y apuntó hacia él. Debía acabar con él y por primera vez en su vida, no deseaba hacerlo. Le había salvado la vida y no quería pagarle de forma tan rastrera.

-Puedes hacerlo –le dijo William, seguro de lo que se le estaba pasando por la cabeza–. No quiero matar a nadie, Daria, no quiero ser un monstruo como el que me creó. He visto en mi mente a toda la gente de la que se alimentó y no quiero eso. No lo soportaría.

Daria vaciló. Sabía que debía hacerlo, pero le faltaba la voluntad para ello.

-Ayúdame a quemarlo y enterrarlo –le dijo–. Y luego veremos qué hacer contigo.

-¿Y si me transformo de nuevo?

-El día no tardará en llegar –negó–. No lo harás.

Sabía que todavía podía suceder, pero pensó que era mejor que William creyese que no ocurriría nada. Si podía evitar la decisión uno poco más, lo agradecería sobremanera.

Cavaron un hoyo profundo frente a la cueva sin decir palabra, y después tiraron dentro el cadáver. Detrás de él fueron sus cosas. Cuando la cueva quedó vacía, Daria sacó uno de los pequeños paquetes que tenían todos los cazadores para quemar los cuerpos. Era un preparado especial, que al contacto con el fuego, lo calcinaba absolutamente todo. Echó el líquido sobre el licántropo y después lo prendió. Una explosión de luz lo iluminó todo y por un momento, pareció que el día había llegado de golpe.

-Ahora, por un tiempo, ningún licántropo se acercará a este lugar –le dijo Daria, a modo de explicación.

-Y creo saber por qué –respondió William, arrugando la nariz con disgusto. No era el olor a carne quemada lo que le molestaba, sino algo más primitivo, que le instaba a alejarse de aquel lugar.

-Por desgracia, no durará eternamente –suspiró.

-¿Y ahora qué? –preguntó William– ¿Me matarás ya?

-Tengo que hacerlo –respondió, poco convencida.

-¿Puedo pedirte un favor antes?

-Claro. Si está en mi mano, dalo por hecho.

-Quisiera despedirme de mi familia –le explicó–. Si le dijésemos que me voy contigo, al menos tendrían el consuelo de saber que estoy haciendo algo bueno.

-Has hecho algo bueno, William.

-Pero podría hacer muchas otras cosas terribles y no quiero que sepan en lo que me he convertido.

-De acuerdo –cedió. Sería su forma de pagarle por su vida. Le parecía un pésimo intercambio, pero si era lo que él quería, se lo daría.

-Gracias –su sonrisa le removió algo por dentro, igual que lo había hecho en otras ocasiones. Si no supiese lo que había sucedido, pensaría que seguía siendo el mismo William de siempre.

Quizá al principio lo fuese, pues la licantropía no les cambiaba la personalidad, pero cuando empezase a matar, podrían suceder dos cosas: que lo disfrutase o que lo odiase. Y según la opción que eligiese, vería su forma de ser cambiar. Se volvería más violento o más retraído, en función de una u otra elección. Y aun así, al final acabaría como todos, viviendo aislado o con una manada, pero siempre buscando sangre fresca.

-Están vivos. Están vivos –la gente gritaba eufórica al verlos llegar.

Se arremolinaban a su alrededor y las preguntas se sucedían sin descanso, todas al mismo tiempo, como si así fuesen a responder antes. Estaban ansiosos por saber qué había sucedido.

-La bestia ha muerto –dijo Daria en voz alta–. Eso es lo único que tenéis que saber.

Dicho aquello, se llevó a William lejos de la multitud, pues había notado cuán tenso estaba. No era posible que se transformase durante el día, pero entendía el miedo a que eso sucediese. Tampoco ella querría ser un licántropo al acecho en medio de todos a los que conocía.

Alcanzaron la cabaña poco después y aunque William quería ver a su familia, antes de entrar, se detuvo en seco. Daria podía imaginar la lucha interna que tenía en ese momento consigo mismo y quiso ayudarle.

-Están a salvo –le dijo–. Sin la ayuda de la luna, no te transformarás.

William asintió, más tranquilo, y entró en la cabaña, seguido por ella. Sus hermanos, que jugaban juntos, en el suelo de la cocina, fueron los primeros en verlo y corrieron a abrazarse a él.

-Habéis vuelto –estaban emocionados.

-Sí –asintió su hermano–. Hemos vuelto.

-Daria –Erika se acercó a ella sonriendo–, ha traído a William de regreso. Pensé... me alegro de veros.

-Ha sido de gran ayuda –le dijo–. No lo pensé así en su momento, pero ahora le debo mi vida.

-¿De veras? –preguntaron sus hermanos al unísono.

-Sí –sonrió–. El licántropo me tenía acorralada y vino a mi rescate. Ha sido muy valiente.

-Y por eso –anunció William, no queriendo quedarse más tiempo del necesario allí–, me iré con ella para seguir cazando licántropos. ¿No es así, Daria?

-Sí –asintió–. No me vendría mal su ayuda.

-Nunca pensé que llegaría este día –dijo la madre de Erika–, pero sé que hace mucho que

deseas ver más mundo del que esta aldea te puede mostrar.

-Te vamos a echar de menos, William –Erika se lanzó a su cuello y lo abrazó, sollozando.

En cambio, sus hermanos permanecieron en silencio y William se los llevó aparte, para poder hablarles sin que nadie los molestase. Sabía que no les gustaría su decisión, pero debía convencerlos de que irse era lo mejor para todos.

-No quiero que te vayas –dijo Megan, abrazándose a él, con lágrimas en los ojos.

-Lo sé –le acarició el cabello–, pero debo hacerlo. Es importante para Daria que la acompañe. Cuidaremos el uno del otro y será más fácil acabar con todos ellos para que nunca más vengan a molestarnos.

-No llores, Megan –dijo Alec–. William tiene que irse. Yo cuidaré de ti.

El niño intentaba ser valiente, pero las lágrimas caían también por sus mejillas. William lo abrazó junto a su hermana. Hubiese deseado que las circunstancias no fuesen tan malas, pero necesitaba saber que estarían bien sin él.

-Y tendréis a Erika y a su madre también –les recordó –. Además, Joss vendrá a vivir con vosotros después de la boda. Ya sabéis que os quiere como un padre y que os cuidará y os protegerá siempre.

-Estaremos bien –asintió Megan, hipando, como si se quisiese convencer de ello diciéndolo en voz alta.

-Claro que lo estaréis –los abrazó de nuevo, tratando de contener las lágrimas. No quería que viesen cuán duro le estaba resultando despedirse de ellos porque entonces, no se creerían su siguiente mentira–. Nos veremos de nuevo cuando todo esto haya acabado.

-Te echaremos de menos –sollozó Alec, incapaz ya de contener el llanto.

-Y yo a vosotros –apretó con fuerza a sus hermanos.

Después los dejó ir, sabiendo que estarían a salvo sin él. Quedarse, siendo un licántropo, sería condenarlos a una muerte segura. La única posibilidad que había, era que Daria lo impidiese arrebatándole la vida.

-¿Cuándo os iréis? –preguntó Erika, temiendo que la respuesta fuese un ahora.

-Debemos comprar víveres para el viaje –le dijo Daria –, pero nos marcharemos de inmediato.

-Podrías pasar la noche aquí y...

-No –William la detuvo, tal vez demasiado rápido–. El camino es largo y debemos partir cuanto antes.

Aunque trató de arreglarlo, Erika se sintió cohibida y agachó la cabeza, como si le hubiesen regañado.

-Algunos de mis compañeros estarán en una posada a unas millas de aquí –le explicó a Erika, para que no se sintiese incómoda, por el exabrupto de William– y querría verlos antes de que se vayan. Por eso hemos de marcharnos en cuanto las provisiones estén listas, Erika.

-Claro –asintió–. Yo podría ayudaros con eso.

-Te acompaño –se ofreció William, pensando que así, tal vez compensase su brusquedad. Miró hacia Daria, como buscando confirmación de que no pasaría nada si iba con ella y esta asintió.

Cuando salieron de la casa, Alec se acercó a Daria. La admiración brillaba en sus ojos y la joven le sonrió.

-¿Cuidarás de William? –la pregunta la sorprendió–. No quiero que lo mate uno de esos bichos.

-No lo mataré ninguno, te lo prometo –aunque decía la verdad, lo sintió como una mentira y

le dolió tener que hacerlo así.

Aquellos niños querían muchísimo a su hermano, era la única familia que les quedada, y lo iban a perder. Si ella hubiese sabido cuidar mejor de él, no estarían despidiéndose, sino celebrando que el licántropo ya no les molestaría nunca más.

-No quiero que os vayáis –Megan seguía llorando.

-Tenemos que hacerlo –se agachó para hablarle–. No puedo quedarme aquí porque hay más gente que me necesita.

-Nosotros te necesitamos –dijo Megan en un intento de convencerla.

-¿Recordáis que os dije que mi familia había muerto? –habló para ambos ahora.

-Ellos los mataron –dijo de nuevo Megan, asintiendo.

-Eso es. Y ahora tengo que continuar mi camino, para impedir que maten a otras personas. No quiero que nadie sufra como me pasó a mí. Ya no tenéis nada que temer, estáis a salvo. No vendrán si yo me voy.

-¿Y si vuelven igualmente? –Alec la miraba asustado, al pensar en esa posibilidad.

-No lo harán –tomó en su mano uno de sus puñales y se lo entregó al pequeño–, pero si lo hiciesen, esto es de plata. La plata mata a los licántropos. Dale la daga a Joss y él sabrá qué hacer con ella. Os protegerá.

Los muchachos no dijeron nada más y Daria se puso en pie, para recoger sus cosas e ir detrás de William y Erika. Si conseguían los víveres pronto, podrían irse antes del mediodía. Y aunque estaba deseando dejar atrás aquella aldea, la idea de matar a William no le resultaba tan apetecible. Aunque se lo había pedido él, sentía que le estaba pagando con moneda falsa, el que le salvase la vida. Pero también sabía que dejarle vivir era un error, porque cuando se convirtiese en el licántropo, nada salvo la plata lo detendría. Acabaría muerto de igual forma, así que era tontería alargarlo.

-Ya lo tenemos casi todo –le informó William, cuando les dio alcance.

-Le digo que es muy poco para dos personas –insistió Erika–, pero no quiere llevarse nada más. La gente es generosa porque nos habéis salvado a todos, pero no acepta todo lo que os quieren dar.

-No podemos cargar con demasiadas cosas –explicó–Está bien así. Ya repondremos lo que necesitamos en otra aldea.

-Pero no...

-No insistas –la interrumpió William–. No creas que no sé lo que intentas, Erika, pero no nos quedaremos más tiempo aquí, aunque nos enredes con la comida.

-Pensé que podríamos celebrarlo todos juntos, ahora que la bestia está muerta. Como una familia –dijo en un tono quejumbroso que no los impresionó, a pesar de todo. Sabían que era una treta para convencerlos.

-Tenemos un largo camino por delante –intervino de nuevo Daria– y no quiero que la noche nos pille fuera de la posada. Como ya sabes, es peligroso.

-Prometeme al menos, que volveréis algún día. Si el camino os trae cerca de la aldea.

-No sé dónde nos llevarán nuestros pasos –Daria le impidió a William mentir, cuando habló antes que él. Sabía que lo haría, para que Erika no se sintiese mal, pero luego le pesaría haberlo hecho–. Me temo que esta es una errante y muy solitaria. Pero si existe una posibilidad de venir, así será.

No era una verdad entera, pero al menos, no mentía como lo habría hecho William, pues si alguna vez sus pasos la llevaban cerca de la aldea, se pasaría para al menos, decirles que William había muerto luchando contra los licántropos.

-Te echaré de menos –Erika se abrazó a William–. Es posible que no lo hagas, pero me encantaría recibir alguna carta tuya de vez en cuando.

-No puedo prometerte que lo vaya a hacer –y en esa ocasión, no estaba mintiendo.

-Tenemos que irnos –insistió Daria.

-Me has salvado la vida –dijo Erika, abrazándola–. No lo olvidaré nunca.

-Solo cuídate –le pidió– y me daré por satisfecha.

Dicho aquello, se colocó el sombrero, cargó la bolsa a la espalda y le indicó a William que le siguiese, con un gesto de su cabeza. El joven se despidió de Erika y corrió tras ella hasta darle alcance.

-¿Y ahora qué? –le preguntó él cuando ya se alejaban del pueblo.

-Ahora buscaremos un lugar donde nadie nos pueda molestar –respondió ella, sin querer mirarlo. Todavía no se sentía cómoda con la idea de clavarle una daga en el corazón, pero no tenía más opción, por el bien de todos.

-Si me matas cerca, podrías quemarme para que los licántropos no quieran acercarse a la aldea y no...

-Para eso ya está el otro licántropo –lo interrumpió, no queriendo pensar en ello.

-Tampoco podemos esperar mucho, si cae la noche...

-Déjalo ya, William –lo detuvo de nuevo–. Vamos por partes. Lo primero es buscar un lugar tranquilo.

-Está bien –se dio por vencido y no dijo nada más.

Sin embargo, Daria se sentía como una miserable. Lo había interrumpido por puro egoísmo, porque la idea de matarlo le disgustaba y quería fingir durante unas horas que no tenía que hacerlo.

-Perdona por lo de antes –dijo, finalmente–. Pero es que nunca he tenido que hacer algo así a sangre fría, a un amigo, y me cuesta asumirlo.

-¿Así que ahora somos amigos?

-¿Eso es lo único que has escuchado? –lo miró, solo para descubrir que blandía una gran sonrisa pícara.

-Llevo toda la noche queriendo oír algo así –le dijo–. No me puedes culpar, si ahora me siento feliz.

-Supongo que no puedo –sonrió con él, aunque no se sintió tan eufórica. Aunque pensase así ahora, serían amigos por muy poco tiempo. Si no lo mataba por el día, tendría que hacerlo al anochecer.

-No te tortures por eso, Daria –William supo adivinar la razón de su desazón–. Cuando te seguí anoche, me expuse al peligro por voluntad propia y ahora tengo que asumir las consecuencias. Si no te sientes capaz de hacerlo, dame una daga y yo mismo me la clavaré en el corazón. Tú solo encárgate de quemarme y de enterrarme. Al menos, serviré para algo útil.

-William, yo...

Nunca llegarían a saber cómo acabaría aquella charla porque los dos sintieron un ruido en la espesura del bosque que los puso alerta. Daria sacó sus espadas y William se llevó la mano a la ballesta, que la joven le había entregado para que los demás se creyesen el cuento de ser compañeros de caza.

-Tenemos que irnos ahora mismo –le susurró Daria a William–, aún estamos demasiado cerca de la aldea.

-¿Qué sucede?

-Tú solo corre a mi señal –le dijo–. Ya te lo explicaré más tarde.

-De acuerdo.

Cuando escucharon de nuevo el ruido, esta vez a su derecha, Daria dio la orden y William la siguió. Nunca en su vida había corrido tan rápido, y aunque Daria era más baja que él, no fue capaz de sobrepasarla. Lo que fuese que los estaba acechando, debía ser malo, porque si no, no entendía cómo ella podía estar tan preocupada, si no le temía a nada.

12

-¿Tan terrible es? –preguntó William, cuando Daria se detuvo al fin.

-No para nosotros –respondió, tratando recuperar el aliento–, pero sí para la gente que esté cerca.

-¿Licántropos? –arrugó la frente, porque él no había notado nada–. Creía que no se acercarían después de quemar el cuerpo y enterrarlo.

-Estos no son cualquier licántropo, y no han venido a quedarse en la aldea –negó–. Son los hijos de mi tío-abuelo, que me han vuelto a encontrar. Hacía meses que no daban conmigo.

-Claro –ahora lo entendía–, si nos alejamos, vendrán detrás de nosotros. Pero podemos darles esquinazo.

-Lo dudo –expulsó el aire de sus pulmones de golpe, ahora que su corazón se había normalizado–. No son fáciles de despistar, una vez dan con mi rastro.

-¿Y entonces?

-Entonces, me enfrentaré a ellos, como siempre.

-Pero...

-Mataré –continuó– a alguno de los nuevos reclutas que hayan convertido y se irán con el rabo entre las piernas, a lamerse las heridas y a recuperarse, antes de que vuelvan a salir en mi búsqueda. Siempre es lo mismo.

-¿Qué pasaría si un día no pudieses vencerlos así?

-Que el cadáver que habría que enterrar sería el mío, supongo.

-¿No estás ni un poquito preocupada?

-Sí, lo estoy –admitió–, porque tú eres un licántropo ahora y nos vamos a encontrar con varios más. No se sabe lo que podría pasar ahí.

-Pero es de día, no hay riesgo.

-Siempre hay riesgo.

-¿Qué quieres decir?

-Que podrías decidir unirte a su manada y entonces, tendría que matarte. Y ya sé –alzó la mano para que no hablase– que es lo que voy a hacer, pero prefiero que sea de forma pacífica, sin tener que pelearnos.

No quería decirle la verdad sobre sus dudas por ese plan, porque no quería generarle esperanzas cuando no las había. Tenía que hacerlo, le gustase o no, pero todavía no estaba preparada para eso.

-Pues no esperes más –levantó los brazos. A pesar de lo seguro que parecía al decirlo, Daria sabía que por dentro estaba temblando de miedo. Estaba claro que no querría hacerlo por voluntad propia, pero al igual que ella, sabía que era la única solución posible.

-Yo...

-Vaya, vaya, vaya –un hombre, incluso más alto que William, de cabello oscuro y ojos negros, se adelantó hacia ellos, mientras hablaba– ¿No has aprendido la lección, prima, que vuelves a tener compañero?

-¿No la has aprendido tú, que sigues trayendo a más de los tuyos para que me divierta con ellos?

-¿Tuviste compañero? ¿Qué le pasó?

-Ahora no, William.

-Eso, William –Lexan lo había oído–, ahora no.

Y de repente, algo cambió en el ambiente, y el primo de Daria se quedó fijamente mirando a William. Este sabía lo que estaba intentando averiguar, pues podía oír en su mente sus preguntas; y aunque quiso evitar responder, Lexan no necesitó más para comprobarlo.

-Eres un licántropo –pareciera que lo acusaba de ello a él, pero en cambio, miraba hacia Daria con ojos de sorpresa y censura al mismo tiempo.

-Un inconveniente que solventaré antes de que caiga la noche –respondió ella.

-¿Qué clase de sortilegio te mantiene atado a ella –le preguntó ahora a William– para no alejarte antes de lo que parece ser tu final inminente?

-No quiero ser como vosotros –William hablaba con seguridad y por un segundo, Lexan no supo qué decir a eso. Después, empezó a reír.

-¿Hablas en serio? –dijo, cuando consiguió calmarse– ¿No quieres la libertad de ir a dónde te plazca? ¿De ser prácticamente inmortal? ¿De no tener...?

-No quiero ser un asesino –lo interrumpió–. Da igual todo lo bueno que pueda aportarme, si para ello he de alimentarme de gente inocente.

-¿Ella te ha convencido de eso? Los humanos matan a animales inocentes para alimentarse, nosotros solo les devolvemos lo que cosechan, alimentándonos de ellos a su vez.

-¿Y tú te has convencido de que eso es bueno?

-No es peor que lo que hacen ellos.

-No intentes razonar con él, William –intervino Daria –, pues aquellos que nacen siendo licántropos, jamás ven el daño que provocan.

-Ven con nosotros –Lexan insistió, mirando a William –. No tienes por qué morir. Si no quieres matarlos, te los daremos muertos. Eso no es un problema.

-Te lo dije –sentenció Daria–. No ve maldad en lo que hace.

-Tampoco tú la ves en lo que haces.

-Lo mío es justicia, primo, pero nunca lo entenderías.

-Vamos, prima, acabemos con esto de una vez. Sabes lo que quiero, ¿por qué no dármelo y dejar el juego?

-Te gusta demasiado el juego, primo. Pero sabes que no lo tengo, ni te lo daría si estuviese en mi poder.

-Te vi salir de aquella cueva –la acusó, más enfadado ahora– y llevabas algo contigo. Algo que te guardaste en la bolsa.

-Guardo muchas cosas en mi bolsa, que vendo luego, para costearme mis gastos. No es una novedad.

-Eso que vi no tenía valor para venderlo.

-¿Y lo has sabido desde la distancia?

-Era un libro, prima –le reclamó– y si lo has guardado es porque debe ser importante. Estoy seguro de que tiene que ver con la leyenda de la reliquia. Lo quiero.

-¿Qué leyenda? –William no pudo evitar la pregunta.

-Yo también quiero muchas cosas, pero no las puedo tener –replicó Daria, ignorando a William.

-¿Qué leyenda? –William insistió y fue Lexan quien lo satisfizo.

-Se dice que hace siglos, alguien creó una reliquia tan poderosa que podía controlar a todos los licántropos a su antojo.

-¿Eso es cierto? –miró ahora a Daria.

-Esa es la leyenda, pero nadie lo sabe realmente.

-No le mientas, prima –chasqueó la lengua–. Es real y pienso encontrarla.

-No, si yo puedo evitarlo –lo amenazó Daria.

-Entonces él tiene razón –sentenció William.

-Hay textos que hablan de la reliquia, pero son vagos en cuanto a detalles, y nadie sabe qué es ni dónde la podemos encontrar –le explicó, mintiendo a medias, pues ahora sabía que se trataba de un bastón.

Y aunque sabía que sus primos la seguirían cuando lo fuese a buscar, necesitaba averiguar dónde sería esa ceremonia de transferencia para hacerse con él. Si lo tenían los cazadores en su poder, podrían acabar con los licántropos para siempre y ella con la pesadilla sin fin que era su vida. Le hubiese gustado saberlo antes, para evitarle el daño a William, pero ya era tarde.

-Creo que... –empezó a decir William, pero calló ante la mirada de advertencia de Daria.

Cuando el licántropo le había mostrado parte de sus recuerdos, durante sus llamadas, había visto ciertas imágenes que no había sabido interpretar, pero con la vaga explicación de Daria, todo cobró sentido. Y su sorpresa le había hecho hablar sin pensar. Por suerte para él, Daria había sido rápida en advertirle que no lo hiciese. Sin embargo, si salía con vida de allí, no se dejaría matar hasta haber saciado su curiosidad. Tal vez no le sirviese de nada, pero no quería dejar aquel mundo sin conocer la historia. De algún modo, sentía que tenía algo que ver con él. Quizá solo fuese por el licántropo que lo había convertido, por las imágenes que había proyectado en él, pero necesitaba saber lo que decía aquel libro.

-Piénsatelo bien, primo –le advirtió Daria, llevando la mano a su espada–. Estamos en pleno día.

Había visto que sus primos se estaban colocando a su alrededor, para impedirles escapar, y aunque tenían las de perder porque era de día, no se podía confiar. Lexan nunca jugaba limpio.

-Pero nosotros somos más –le dijo él, seguro.

-Siempre lo sois y perdéis igualmente –le recordó.

-Y hoy me tiene a mí –replicó William, con la daga en la mano, dispuesto a ayudarle. Quizá no fuese bueno como ella, pero podría dificultarles la tarea mientras Daria se encargaba de todos.

-¿Te enfrentarás a los tuyos por una cazadora? –notó la sorpresa en su voz.

-Si muero en el combate, lo daré por bien hecho –le dijo, aunque prefería sobrevivir para conocer aquella leyenda. No lo diría en voz alta, no obstante.

Sin embargo, todavía no controlaba tan bien como le habría gustado, sus nuevos dones porque Lexan supo leer en su mente ese anhelo y lo usó en su beneficio.

-Yo podría contártelo todo, si te unes a nosotros. Ella no te lo dirá –le advirtió– ¿Te ha dicho que su único objetivo en la vida es extinguirnos?

-Lo sé y no me pondrás en su contra.

-Jamás confiará en ti, ni aunque le digas que quieres que te mate –Lexan sabía cómo manipularlo después de leer su mente–. Lo que pudiese sentir por ti murió en el mismo momento en que te convertiste en uno de los nuestros, William. Si le pides que te clave una daga en el pecho, lo hará sin vacilar. Y lo disfrutará.

-Eso no es cierto –se defendió Daria–. No disfruto de matar gente inocente. William es una víctima más de los tuyos, Lexan. No merece morir.

-Pero lo matarás igualmente –el silencio de Daria fue muy revelador para su primo, que comenzó a reír de nuevo– ¿No me digas que tienes dudas? Tú, la mejor cazadora de licántropos, la más implacable y letal, no quiere acabar con uno de nosotros. Ver para creer.

-¿De qué está hablando? –William miró hacia Daria, en busca de una explicación.

-Todavía eres inocente, William –le confesó–. Me has salvado la vida y no estoy segura de

querer pagártelo de esa forma. No es justo.

-Pero tienes que hacerlo. Cuando llegue la noche, me convertiré en un hombre-lobo. No quiero hacer daño a nadie, Daria. No quiero ser un asesino.

-Nunca creí que llegaría este momento –Lexan seguía riendo, y sus hermanos se unieron a él–. El karma, le llaman algunos. Yo lo llamo ironía.

-Tú te callas, Lexan –le gritó Daria furiosa. Cada vez que se veían, acaba desquiciada por su culpa.

-Creo que no nos enfrentaremos todavía –respondió, sin preocuparse por la amenaza en la voz de Daria.

-¿Ahora tienes miedo? –lo provocó ella.

-Quiero ver cómo te las ingenias para no matar a tu amiguito, cuando se transforme esta noche.

-Podría hacerlo ahora mismo –sugirió.

-Y por eso mismo, nos lo llevaremos –sentenció él.

-Por encima de mi cadáver –lo amenazó, esta vez sin rodeos. No lo dejaría a su merced.

Lexan dio una orden casi imperceptible, para que sus hermanos rodeasen a William, y Daria saltó sobre los más cercanos a ella para impedirselo. Aunque eran más que la última vez que los enfrentó, ahora jugaba con ventaja, porque no podrían transformarse.

William se defendió cuando tres de ellos lo sujetaron para obligarle a irse con ellos. Ahora era más fuerte y más rápido, pero a pesar de todo, ellos era más y lo redujeron a base de fuerza bruta.

-William –gritó Daria al ver lo que estaba pasando.

Golpeó a uno de los nuevos licántropos que se había unido a sus primos, y logró escabullirse hasta donde mantenían a William cautivo. De un par de estocadas lo liberó y lo arrastró con ella, lejos de los otros.

-¿Estás bien? –le preguntó para cerciorarse.

-Teniendo en cuenta que quería morir, podías haber dejado que me matasen –no era un reproche, sino la forma en que quería saber si era cierto que dudaba sobre matarlo.

-No te quieren muerto, William, sino en sus filas –no pudieron seguir hablando, porque los licántropos los atacaron de nuevo.

Durante la lucha, sin que se diesen cuenta, los fueron separando poco a poco. Daria estaba tan ocupada en defenderse de varios hombres-lobos, que no vio que William estaba siendo acorralado de nuevo.

-Daria –gritó esta vez él, al ver cómo, ahora que ya lo tenían sujeto de nuevo, el resto de licántropos iban a por ella. Allí había por lo menos, una docena de ellos, y solo tres se habían quedado a su lado. Lexan no se había movido tampoco del lugar desde el que miraba cómo sus compañeros luchaban, así que ocho de los licántropos estaban ahora sobre Daria, y aunque era diestra en su trabajo, William temió que no pudiese vencerlos a todos.

Cuanto más intentaba liberarse de sus captores, más calor sentía arder en las venas. Pero no fue hasta que vio cómo Lexan se acercaba a Daria, cuando lograron desarmarla, que notó la energía brotar de su cuerpo.

-Creo que podría matarte ahora mismo –le dijo Lexan a su prima– y quedarme con tu lobo y con el libro del licántropo.

-Puedes intentarlo –lo amenazó ella, incluso estando en desventaja. Nunca se había rendido y no pensaba hacerlo en aquel momento. Encontraría la forma de escapar o moriría en el intento.

-Creo que esta vez, gano yo, prima –rió Lexan, antes de coger del suelo una de las espadas de

Daria-. Será un placer matarte con tu propia arma.

-No -el grito de William terminó convertido en un aullido que paralizó a Lexan. Para cuando mir hacia él, ya estaba transformado-. Imposible.

13

Por un momento, la conmoción de ver a William en su forma lobuna, fue tal, que pudo deshacerse de sus captores sin ningún problema. Corrió hacia el resto, y les gruñó una advertencia que muchos de los nuevos no duraron en creer. Solo los primos de Daria, que le superaban en experiencia, permanecieron allí. Y aun así, cuando dio un nuevo paso en su dirección, Lexan llamó a la retirada. No lucharían contra un licántropo cuando no podían adoptar su forma más letal. Solo bastaron unos segundos para quedarse los dos solos, sin necesidad de más peleas.

-William –Daria se puso en pie lentamente, para que sus movimientos no alertasen al licántropo. Este aún gruñía, aunque no se había movido. Ya de por sí, era sorprendente que se hubiese transformado en pleno día, pero no estaba segura de que pudiese controlar sus instintos asesinos, por más que lo hubiese hecho para defenderla–, no voy a hacerte daño. Tranquilo. Todo irá bien.

A pesar de sus palabras, se acercó con cuidado a sus espadas y las tomó en sus manos. Si la atacaba, tenía que estar preparada para poder repelerlo. Vio cómo el lobo seguía sus movimientos con la mirada, pero continuó en su sitio, sin gruñir más de lo que lo hacía ya. Tal vez lo único que pasaba, era que no sabía ser de nuevo humano.

Daria lo observó durante largos minutos, hasta que de pronto, William aulló por segunda vez y su cuerpo comenzó a perder pelo, hasta que el lobo dio paso al humano. Un humano, nuevamente desnudo, al que Daria se apresuró a cubrir con su abrigo.

-¿Estás bien? –le preguntó, cuando vio que se sentía mejor.

-Duele –se quejó–. Imaginaba que lo haría cuando te volvías lobo, pero no que también sería así, al ser un humano de nuevo.

-¿Cómo es posible? –hizo la pregunta que le rondaba la cabeza desde que lo vio cambiar de forma.

Tenía una teoría interesante, pero no sabía si creerla o pensar que era imposible. El licántropo puro había hablado de él como el elegido, y aunque no le había dicho qué significaba aquello, pudo hacerse una idea al ver lo que había pasado.

-No tengo ni idea –respondió William, aunque había sido más una pregunta retórica–, pero nos ha venido genial. Estábamos en apuros y... ¡pam!, me convertí en hombre-lobo y los espanté. Debo decir que no ha sido tan malo como pensaba. Bueno, quiero decir, tú me habías dicho que la sed de sangre me volvería un asesino sin piedad, pero debo admitir que no ha sido para tanto. Podía controlarla bastante bien. Aunque te digo que tenía unas ganas tremendas de arrancar las entrañas a algunos de esos licántropos, por haber intentado matarte. Y no sé por qué me frené, pero...

William continuó hablando, mientras Daria dejaba su mente en blanco, tratando de entender cómo había sucedido aquello y por qué era capaz de recordarlo. William se estaba saltando todas las reglas que había conocido siempre sobre los licántropos. Tal vez él no fuese consciente de lo excepcional que era su control sobre la bestia, o de lo que eso podía significar para él y el resto de licántropos. Lo había llamado elegido y parecía que lo era, después de todo. Pero ¿qué era eso para lo que había sido elegido?

-¿Daria, estás bien? –la pregunta de William la volvió al presente.

-Sí –asintió–. Solo trato de entender qué ha pasado y por qué.

-¿Esto –se señaló– es malo?

-No lo sé, William –dejó ir el aire en un suspiro lento. De repente, se le ocurrió una idea y fue a por la bolsa donde había guardado el diario–. Tal vez tengamos la respuesta en el libro.

-¿Había un libro de verdad?

-¿Todavía lo dudas? –le sonrió, más optimista.

-No sé –frunció el ceño–. Pensé que tal vez, algo tan importante como un libro sobre licántropos y sobre una reliquia que los controla, me lo habrías contado.

-William –lo miró, con seriedad–, te iba a matar, ¿por qué tendrías que contarte nada?

-Pero tu primo dijo que te lo estabas pensando.

-Y lo hacía –admitió–. Como dije, no me parecía justo acabar con tu vida, cuando tú habías salvado la mía.

-¿Lo hacías? ¿Quieres decir que ahora no lo haces?

-Si eres capaz de controlar al licántropo –le dijo, con la cabeza prácticamente metida en la bolsa–, no creo que sea necesario acabar con tu vida. Sobre todo, si lo que estoy pensando es lo que creo que es.

-¿Y qué es?

-Veamos –se sentó en el suelo, con el libro entre las manos y William no tardó en imitarla–. El licántropo te llamó varias veces el elegido. Y...

-¿En serio? –la interrumpió. Daría lo miró con mala cara y se retractó enseguida–. Lo siento, perdona. No te molestaré más.

-Eso lo dudo –sonrió, sin que él la viese–. Desde que nos conocimos, no has hecho otra cosa.

-En mi defensa, diré que solo trataba de ayudar.

-Y mira cómo has acabado –William vio su sonrisa y le golpeó el hombro con el suyo, al ver que estaba de broma. Ahora que no era necesario tomar medidas drásticas, se sentía mucho mejor.

-¿Qué dice el libro? –le preguntó, para centrarse en lo que estaba haciendo antes de interrumpirla.

-Veamos –leyó de nuevo–. Es más bien un diario que el licántropo estaba escribiendo de su investigación sobre la reliquia. Parece ser que iba tras ella.

-Pero dijiste que nadie sabía qué era ni dónde estaba escondida.

-Tuve que mentir –le confesó–, por mi primo.

-¿También la quiere, no?

-Creo que, al principio, únicamente la quería porque sabía que yo la estaba buscando. Pero esa reliquia es algo que ha obsesionado a los licántropos desde que fue creada. Como sabes, le transfieren sus recuerdos a los nuevos licántropos, así que puedo imaginar que todos conocen su existencia; y aunque muchos ya no sepan por qué, el sentimiento de miedo está ahí.

-Pero a mí no me asusta esa reliquia. Ni siquiera sé lo que hace exactamente. ¿Controlarnos a todos? ¿Eso es posible?

-Pues según los manuscritos que encontré mi abuelo, es más que posible. Y según este diario –se lo enseñó– los licántropos lo han estado escondiendo durante siglos, para que nadie pueda volver a usarlo.

-¿Por qué no destruirlo?

-Mi abuelo decía que la magia empleada para crear esa reliquia era tan poderosa, que ahora no se puede destruir.

-¿Magia?

-Supongo que no creerás en ella, como la mayoría de los humanos hoy en día –le dijo–. Pero

si existen los licántropos, ¿por qué no puede hacerlo la magia?

-No creo que los licántropos tengamos nada mágico.

-No se sabe cómo surgió el primero –le dijo–, ¿quién dice que no pudo ser cosa de magia?

-Tú sabes mucho más que yo sobre esto, pero siento que no fue así como apareció el primero.

-Dejémonos de suposiciones y leamos el diario, a ver si sacamos algo en claro.

Me he pasado la mayor parte de mi vida buscando el Azote de los lobos. Su orden es tan hermética, que no es fácil acceder a ella para conocer la verdad sobre el bastón. He tenido que sobornar a uno de ellos, para que me contase lo que sabía, pues ciertos recuerdos han sido bloqueados, para que los jóvenes no seamos capaces de dar con él. Y la información obtenida ha valido todo el oro que tuve que entregarle.

Solo los ancianos conocen el lugar exacto en el que está escondido el Azote de los lobos, a los jóvenes no nos dejan acercarnos a él, pues creen que no somos capaces de entender cuán peligroso es ese bastón. Se han rotado durante siglos, para proteger el Azote de los lobos y no permiten que ninguno de nosotros lo guarde, pero eso va a cambiar. Es hora de que los viejos nos dejen paso a los jóvenes. Su tiempo acabó ya. Ahora que sé donde se reunirán, se lo arrebataré. Y cuando encuentre al Elegido, podré gobernar sobre los licántropos. Él me dará el poder para hacerlo.

Encontrarlo será una ardua tarea, pues no sé dónde está o cómo es. Y aunque le ofrecí mucho más oro al anciano, me aseguró que lo único que sabían sobre él era la profecía que vaticinaba su llegada. Él será el único capaz de usar el bastón, pues antes de que los licántropos pudiesen arrebatárselo a su carcelero, le lanzó un hechizo al bastón, que imposibilitaba su uso por aquellos a los que gobernaba. Un seguro de vida, o algo así, decían los ancianos.

Han pasado siglos desde entonces, pero la hora está cerca ya. La profecía se cumplirá muy pronto y seré yo quien controle el bastón, cuando dé con el elegido y lo someta a mi voluntad. Lo convertiré, para que su mente esté bajo mi yugo, y de esa forma, me alzaré como el rey de los licántropos. Una nueva era surgirá pronto, donde no nos tendremos que esconder más, ni tendremos que vagar por los bosques para poder alimentarnos bien. Seremos el primer eslabón de la cadena alimenticia y estaremos en la cima, tal como debería haber sido siempre.

Daria dejó de leer cuando empezó a sentir náuseas por lo que había escrito el licántropo. Sus planes de poder le revolvió el estómago y se alegró de que ya estuviese muerto. Sin embargo, ahora le preocupaba que alguien más quisiese seguir sus pasos.

-¿Soy el elegido? –preguntó William, incrédulo.

-Eso parece.

-¿Pero por qué yo? ¿Qué tengo de especial?

-No lo sé exactamente, William, pero sea lo que sea, te permite controlar tus cambios de forma. Y puede que hasta seas capaz de muchas otras cosas que aún desconocemos. Pero lo que está claro es que no será necesario matarte ya –y aunque no había pretendido que su voz sonase aliviada, así fue como sucedió. Se sentía eufórica por ello.

-Realmente estabas en conflicto por eso –sentenció William, sorprendido.

-Yo no hago esto por gusto –se encogió de hombros– y lo sabes. Seguramente habría acabado matándote, para evitar que te alimentases de humanos, pero no lo habría disfrutado, como insinuó mi primo.

-Nunca creí que disfrutases haciendo tu trabajo.

-No lo hago –admitió–, pero me siento bien sabiendo que estoy librando al mundo de esos

seres. Aunque haya empezado por obligación, al menos, sé que lo que estoy haciendo es algo bueno.

-¿Y ahora qué?

-Ahora –se puso en pie–, nos marcharemos de aquí, antes de que mis primos decidan regresar. Se fueron porque sabían que perderían, pero cuando la luna se asome por el horizonte, vendrán a por nosotros. Eso es lo que hacen siempre. Perseguirme.

-Para vengarse –añadió.

-Y para encontrar el bastón también.

-El Azote de los lobos –recordó William– ¿De verdad vamos a creer que solo yo lo podré manejar?

-No vamos a creer nada –dijo–, hasta que demos con él. Si sirve para controlar a los licántropos, podremos usarlo para acabar con ellos.

Nada más decirlo, comprendió que lo que le estaba pidiendo a William era que matase a los de su propia especie y sintió que había sonado bastante egoísta. Y aun así, era lo que le pediría, llegado el momento.

-Estaría bien encontrar una fórmula para dejar de ser un licántropo –le dijo él–, pero supongo que eso no es posible.

-Si la hubiese –le prometió–, habríamos recorrido el mundo entero para buscarla.

-Es un consuelo –William quiso quitarle importancia al asunto, lanzándole una pulla–. Al menos, ahora sé que te gusto, aunque solo sea un poco. Me aferraré a eso para no creer que me cortarás el cuello cuando duerma.

-No soy traicionera –sonrió, imitándolo–. Si quisiera matarte, lo haría de frente para que me vieses llegar.

-Si lo haces así, tal vez te lleves una sorpresa. Ahora ya no soy tan torpe como antes.

-Eres un licántropo desde hace unas horas –lo picó–. No te des de experto, porque te vencería con los ojos cerrados.

-Eso habría que verlo –rió, seguro de que tenía razón y sin ganas de dársela.

-Cuando quieras, licántropo novato.

A pesar de las circunstancias y del incierto futuro que les aguardaba, Daria pensó que, después de todo, no sería tan malo tener a William como compañero. Al menos así, las noches no serían tan interminables.

14

-¿De verdad que no me lo vas a contar?

-No –repitió Daria por enésima vez.

-Pero quiero saberlo. No –lo pensó mejor–, necesito saberlo.

-Tuve un compañero, no salió bien y desde entonces, decidí que no necesitaba a nadie que me ayudase en mi trabajo. Fin de la historia.

-Eso no me aclara nada –protestó William, mientras se llevaba otro trozo de carne a la boca.

Su primera noche como licántropo, después de saber que podía controlar su instinto asesino, había sido un tanto peculiar. Había sido capaz de mantenerse en la forma humana prácticamente toda la noche, pero al final, el licántropo pudo más que él y desapareció en el bosque durante unas pocas horas, en las que Daria se dedicó a seguir su rastro, enfadada consigo misma por no haber previsto aquello. Se había confiado y no quería tener que lamentar más muertes.

Cuando lo encontró, bañado en sangre, creyó que se le pararía el corazón, pero su vista era igual de buena que la de los licántropos en la oscuridad, y pudo ver el ciervo muerto a su lado. Desde esa noche, William se alimentaba de carne cruda para apaciguar a esa bestia que latía en su interior, esperando poder salir.

-¿En serio que tienes que disfrutar tanto? –preguntó ahora Daria, viendo cómo se relamía–. Me revuelves el estómago.

-No mires –se encogió de hombros–. O hago esto o le dejo salir para que mate sus propias presas. Pero eso podría acabar en tragedia, si un día su voluntad gana a la mía.

Era el primer licántropo que conocía que hablaba de sí mismo como si fuese dos entes diferentes. Quizá le ayudaba a mantener a raya a la bestia, pues si creía que era una parte independiente de sí mismo, podría acallarla sin problemas.

-Al menos, podrías fingir que te disgusta –sugirió ella.

-Pero el caso es que no lo hace –replicó–. Sé que es un asco comer carne cruda, pero resulta que no sabe tan mal como creía.

-Eso es porque eres un licántropo –le recordó.

-Oye –la frenó, al comprender lo que estaba pasando –, no cambies de conversación. Quiero saber que fue lo que pasó con tu compañero.

-Es una historia bastante trágica y no creo que...

-Me encanta el drama –la interrumpió–, siempre que no me pase a mí.

-Como no –meneó la cabeza con resignación.

-Vamos, cuéntamelo.

Daría se lo pensó mucho, antes de decidir contarle la historia. Era tal vez, el dato más íntimo y personal de todos cuantos pudiese proporcionarle y no es que lo quisiese airear, pero sabía que William no lo dejaría estar hasta saber la verdad, así que decidió ahorrarse tiempo y molestias.

-James era uno de los mejores cazadores que había formado mi abuelo –le explicó–. Cuando mi familia... cuando los asesinaron, la familia de James me acogió en su casa. El padre de James era uno de los mejores amigos de mi abuelo y estaba encantado de tenerme allí, pero yo estaba inquieta. No podía quedarme en aquel lugar y fingir que no había pasado nada. Tenía que cumplir la promesa que había hecho.

-Solo tenías catorce años –le recordó.

-Suficientes para entrar en la academia y prepararme como cazadora –le aseguró–. Durante

un año entero, me esforcé en ser la mejor. Y como James tenía ese título, lo desafiaba prácticamente todos los días. Me dejaba ganar alguna vez, creyendo que apaciguaría el dolor que sentía por mi pérdida, pero me enfurecía tanto su condescendencia, que lo único que lograba era que lo retase con más entusiasmo. Llegué a odiar a James, pero también le debo todo lo que sé.

-Y cuando saliste a cazar licántropos, te acompañó –intuyó William.

-James tenía ocho años más que yo –continuó-. Él se había estrenado ya como cazador y su padre le pidió que me acompañase en mi primera misión, para que no me pasase nada malo. Creo que no confiaban en que lo lograra, porque ninguna mujer que lo intentó, pudo sobrevivir a esta vida mucho tiempo. La fuerza de un licántropo es diez veces superior a la nuestra y muchos hombres han perecido en la lucha cuerpo a cuerpo, así que para las mujeres, que no poseen mis dones, es prácticamente imposible vencer así. Quizá con ingenio y mucha suerte, podrían lograrlo, pero el porcentaje de éxito es mínimo, por desgracia.

-En este caso, es cuestión de fuerza bruta –asintió.

-La mujer que más duró estuvo un año en su puesto –le dijo.

-Así que James te acompañó –redirigió la historia a la parte que le interesaba.

-Aunque viví con ellos durante un año y entrené con James, ninguno supo nunca lo de mis dones. En esos tiempos, me avergonzaba de haber heredado algo de los seres que pretendía matar, así que lo mantuve en secreto tanto como pude.

-Pero James lo averiguó.

-Algo así –asintió-. Mi primer licántropo resultó ser un poco torpe y no tuve dificultades para acabar con él, pero cuando ya regresábamos a casa, mis primos decidieron hacer acto de presencia. Y como has visto ya, a Lexan le gusta recordarme nuestro parentesco a todas horas. James casi no podía creerlo y pasó una semana eludiéndome.

-Que cabrón.

-Era comprensible –lo defendió-. Había dedicado su vida a la caza de licántropos y resultó que yo tenía un cierto parentesco con ellos. ¿Tú qué pensarías?

-Que no es tu culpa –respondió con seguridad-. Y no eres un licántropo, solo tienes lo mejor de ellos. Si no supo apreciar la diferencia, es que era un cabrón.

-Acabó pidiéndome perdón por su reacción –intentó que la rotundidad con que William la defendió, no le afectase– y tardé una semana en aceptarlo.

-Bien hecho –sonrió.

-Después de eso, nos volvimos inseparables. Durante tres años, salíamos a cazar juntos y éramos buenos. Los mejores de la academia. No es soberbia, pues los números hablan por sí solos. Matamos a más de esas bestias en tres años, que el resto juntos.

-¿Qué pasó después? –la animó a seguir, cuando vio que se detenía.

-Supongo que el roce hace el cariño y James me dijo un día lo que sentía por mí –arrugó la frente-. Yo no quería hacerle daño, pero no podía corresponderle y le di largas. Cada vez que sacaba el tema, lo ignoraba a propósito y lo cambiaba por otro más inofensivo.

-Se cansó de tu actitud y dejó de ser tu compañero –aventuró.

-Si fuese eso –una lágrima solitaria cayó por su rostro -. Como te dije una vez, mis primos aparecen de vez en cuando para desafiarme. En nuestra última misión juntos, James y yo discutimos porque se cansó de mi negativa a no decirle lo que sentía por él. Lo dejé ir. Sabía que no debíamos separarnos, pero estaba tan disgustada por su insistencia, que dejé que se alejase del campamento. Creía que como era de día estaría a salvo, pero me equivoqué.

-Lo mataron tus primos.

-Para vengarse de mí –más lágrimas cayeron por sus mejillas, sin que las notase-. Le oí gritar

y corrí hacia allí, pero cuando llegué, lo habían colgado de la rama de un árbol y lo habían abierto en canal.

No pudo continuar durante unos minutos, y William supo respetarlo. Se mantuvo en silencio, sin formular ninguna de las preguntas que se agolpaban ahora en su cabeza. E incluso aguantándose las ganas de ir a su lado y rodearla con los brazos, para que lo usase como desahogo. Sabía que ella no se lo agradecería.

-Aquel día –cuando continuó, William pegó un salto, pues no había esperado que lo hiciese–, si hubiesen estado allí, los habría matado a todos, William. Pero Lexan no es tonto y sabía lo que pasaría si no se iban, así que me espieron en la distancia, tan silenciosos, que ni siquiera yo fui capaz de oírlos.

-¿Por qué sabes que fueron ellos?

-Porque cada vez que nos vemos, me lo recuerda –se quejó.

-¿Y todavía le permites vivir?

-El odio que siento por él es el motor que me impulsa a seguir adelante. Creí que ya te lo había dicho.

-Yo no podría dejar con vida a la persona que matase a la mujer que amo.

-Yo... –aquella era la parte que más le atormentaba–nunca pude enamorarme de James. Sé que todos se pensaban que estábamos destinados, pero no fue así para mí. Y por no ser valiente y enfrentar mi miedo a perderlo como compañero, lo perdí por completo.

-Daria –dejó de reprimir su deseo de acercarse a ella –, no puedes echarte la culpa de todo lo que pasa en tu vida. Tú no mataste a tu familia ni a James, fueron los licántropos. Y yo no soy ahora uno de ellos por tu culpa, sino por mi imprudencia. Debería haber hecho caso y quedarme con el resto, pero decidí pretender ser valiente y... así acabé: siendo el elegido para algo que no tengo ni idea de cómo manejarlo o para qué. Pero no fue culpa tuya. Nada de eso lo fue.

-Son muertes que pesan en mi conciencia –negó–. Y no hay nada que puedas decir o hacer, para que eso cambie.

-Puedo demostrarte que no estás condenada, Daria –le dijo, con rotundidad–. No atraes la mala suerte, ni las desgracias a tu alrededor. Traes luz y esperanza al pueblo, cada vez que te deshaces de un licántropo. Y eso es lo que importa, a lo que te tienes que aferrar para seguir adelante. No al odio o al rencor, sino al amor.

-No creo que pueda amar nunca más. Mi amor hace daño.

-Lo que hace daño son esos pensamientos negativos –la reprendió–. Te creía más práctica, Daria.

-Y lo soy. ¿Por qué crees que trabajaba sola?

-Eso no es ser prácticos, es ser un cobarde.

-¡Qué sabrás tú de cobardía o valentía!

-Sé que tuve miedo cuando mi padre murió –le dijo, convencido de sus palabras–, porque tendría que ser yo el que velase por mi madre y mis hermanos. Y sé que juntarnos con Erika y su madre solo fue para que me pudiese escaquear de aquella responsabilidad. Sé que no hice nada cuando en la aldea se empezaron a morir misteriosamente. Sé que no me ofrecí a buscar al animal que nos acechaba, cuando varios hombres decidieron salir a cazarlo. Sé más de cobardía de lo que piensas, Daria, y tú lo estás siendo respecto a tu familia y a James.

-¿Culparme por su muerte me hace cobarde?

-Por supuesto –sentenció–, si lo usas como munición para flagelarte. ¡Oh, no puedo tener un hogar ni una familia porque la que tenía se murió por mi culpa! ¡Y no puedo amar, porque el hombre al que no amaba se murió por mi culpa! Estoy maldita, mejor aléjate de mí y déjame con

mi desgracia.

William cambió su tono de voz en las últimas frases, para fingir que hablaba una mujer. Y aunque Daria se había enfadado con él por todo lo demás, cuando lo vio llevarse una mano a la frente, exagerando aquel gesto, no pudo soportarlo más y empezó a reírse. De sus desgracias, de sus pocas alegrías, de todo. Rió y lloró al mismo tiempo, sanando de alguna forma, un poco sus heridas. Puede que nunca pudiese dejar de culparse por aquellas muertes, pero en ese instante, con un William fingiendo un desmayo, experimentó algo que ya casi había olvidado: felicidad absoluta.

-Creo que solo por momentos como este –le dijo–, es gratificante tenerte al lado, William.

-Y yo que creía que ya me tenías cariño –bufó.

-Yo solo te estoy utilizando para acabar con tu raza –y aunque había algo de verdad en ello, ambos sabían que nunca lo sacrificaría, si esa era la única forma de lograrlo.

-Ya lo sabía, pero al menos podías disimular un poco.

-No me van esas cosas –se encogió de hombros, más relajada ya. El temporal sentimental había pasado y se lo debía a William–, prefiero ir de frente.

-Eso me quedó claro el primer día que hablamos –la miró por encima del hombro–. Qué manera de matar mis ilusiones.

-Tenía que hacer que te quedases en casa.

-Pues te fue de maravilla con eso –rió él.

Cuando comprendió que sería un licántropo el resto de sus días, no se lo había tomado demasiado bien. Ahora, que podía controlar a su parte animal, estaba más relajado y conforme con lo que le había tocado ser. Lo único que le quitaba el sueño era pensar que un día pudiese perder el control y acabase dañando a alguien inocente. Y puede que lo del Azote de los lobos también le preocupase un poco, pero mientras Daria estuviese a su lado, enfrentaría lo que fuese.

-Eres un hombre testarudo –lo acusó.

-Pero gracias a eso, ahora tienes al elegido de tu lado –le recordó–. Cuando encontremos ese bastón, será el final de los licántropos.

-Y el tuyo –susurró Daria, preocupada.

-Ya pensaremos en eso cuando llegue el momento –le dijo William, rodeándole los hombros ahora.

Pero Daria no dejaba de pensar en ello desde que se había convertido en licántropo. ¿Cómo cumplir ya su promesa, cuando la idea de matar a William le hacía daño en el corazón? No podía imaginar perderlo y no se sentía cómoda con lo que estaba experimentando desde que lo había aceptado como compañero, pero ya no había vuelta atrás, ni estaba segura de querer retroceder, a pesar de todo.

-Hora de dormir –le dijo, levantándose para preparar su lecho junto al fuego–. Mañana tenemos que salir temprano o no llegaremos a tiempo.

Daria le dio la espalda a William, una vez tumbada, y cuando cerró los ojos para intentar dormir, soñó con el día en que tendría que decidir si la promesa de su abuelo pesaba más que lo que empezaba a sentir por William.

Daria alzó una mano para que William se detuviese. Llevaban varios días persiguiendo a un licántropo por el bosque, pero siempre lograba desaparecer, antes de que le diesen alcance. Ni siquiera William, en su forma más primitiva, había conseguido llegar a él.

Habían estado estudiando el diario durante su viaje, y habían visto una forma de encontrar al anciano que se mencionaba en él. Habían pensado en capturarlo, y en obligarle a que los llevase a la reunión, pero el hombre-lobo resultó ser más astuto de lo que habían pensado y los estaba llevando de un lado a otro a su antojo, tal vez, alejándolos de su objetivo final.

-Esta tiene que ser la buena –susurró William, que se estaba convirtiendo ya en licántropo para ir a por él.

Había estado practicando, para comprobar que sería capaz de mantener bajo control a su bestia interior, y después de varias semanas, podía cambiar de forma, casi sin dolor y a voluntad. Había comprobado que al hacerlo asiduamente, su control iba en aumento, así que solía usar esa parte de sí mismo siempre que lo necesitaban.

Daría había protestado las primeras veces, temiendo que pasar muchas horas como licántropo provocase el efecto contrario al que buscaba, pero al final, ya se había acostumbrado a tener al enorme lobo negro a su lado. Y aunque no se lo diría nunca, en ocasiones, lo agradecía. Su capacidad de correr a gran velocidad o su destreza como rastreador, eran grandes aliados en su búsqueda del Azote de los lobos. Y les faltaba tiempo para dar con él, por lo que toda ayuda sería bienvenida.

-Eso espero –dijo ella, en el mismo tono–, porque si lo dejamos escapar de nuevo, tal vez no lo podamos encontrar más. Cada vez se esconde mejor y además, se nos agota el tiempo.

Un leve murmullo de las hojas a su derecha les hizo guardar silencio y cuando Daria le indicó a William el rumbo que debía tomar para rodear al licántropo, ya se había girado en esa dirección. Cada día, parecían más sincronizados, y en ocasiones, ni siquiera tenían que decir nada para entenderse, lo que les facilitaba el trabajo cuando él no podía hablar, siendo lobo. Tal y como estaba sucediendo en ese momento.

Cuando William desapareció entre los árboles, Daria se dirigió directamente al origen de aquel ruido, solo para constatar que el licántropo ya no estaba allí. Sin embargo, en aquella ocasión había dejado un rastro perceptible para quien supiese buscar, y lo siguió. Se estaba descuidando y solo podía significar dos cosas: o estaba cansado por la incesante persecución a que lo estaban sometiendo, o pretendía prepararles una trampa. Se alegraría si fuese lo primero, pero mejor se prepararía para lo segundo.

Le hubiese gustado prevenir a William, pero tendría que confiar en que sabría reaccionar correctamente. En las semanas que llevaban juntos, había mejorado mucho como cazador. Habían estado practicando el tiro con ballesta y la lucha con espadas en el tiempo que se tomaban de descanso. También habían hecho lucha cuerpo a cuerpo a pesar de las protestas que le daba William cada vez que se lo proponía.

-No necesitaré luchar así –le decía–. Me convertiré y les arrancaré la cabeza.

Pero Daria le había hecho entrar en razón, cuando le explicó que una herida profunda hecha con plata, no le permitiría transformarse y debía estar preparado para todo. También lo amenazó con enviarlo a casa, pero William no la tomó en serio porque sabía que lo necesitaría para hacerse con el Azote de los lobos.

De repente, algo oscuro voló sobre su cabeza y Daria se agachó por instinto. Cuando descubrió que había sido el licántropo, corrió tras él, gritando con fuerza el nombre de William para que siguiese su voz hasta donde estaba ahora. El licántropo era rápido, pero el follaje le impedía moverse con soltura, lo que era un plus para Daria, que podía pasar entre los árboles sin ninguna dificultad, de forma que le seguía los pasos de cerca. Era la primera vez en días que lograba verlo y no quería que desapareciese de nuevo.

-Solo queremos hablar contigo –le gritó, a sabiendas de que no le haría caso. Los cazadores existían desde hacía muchos años y estaba convencida de que se los había cruzado en alguna ocasión. No dejaría de huir, por más que se lo pidiese.

Después de varios minutos corriendo tras él, William los atajó y se lanzó sobre el licántropo; rodaron por el suelo varios metros, antes de que el anciano se lo quitase de encima. Se gruñeron el uno al otro, hasta que Daria los alcanzó, y después cambiaron de forma al mismo tiempo.

-¿Qué hace un licántropo –le preguntó– colaborando con la Cazadora?

-¿La Cazadora? –intervino Daria, a la que le resultó curioso que la llamase de ese modo tan específico.

-Hemos oído hablar mucho de ti, Daria Collinwood –se dirigió a ella, apartando la mirada de William–. No esperaba tener que enfrentarme a ti algún día.

Aunque le sorprendió que conociese el apellido de su familia, Daria evitó mostrar sentimiento alguno para que no pudiese usarlo en su beneficio. Era algo que había aprendido a hacer después de varios fracasos, en sus primeros años como cazadora.

-No tienes por qué hacerlo –le dijo ella–. Dime lo que quiero saber y te dejaré ir.

-¿La Cazadora perdonando la vida a un licántropo?

-Yo sigo vivo y trabajo con ella –sentenció William.

-Y no entiendo por qué has de hacer algo así –dijo el licántropo–. Le estás ayudando a extinguir a nuestra raza. A tu raza.

-Yo no pedí ser esto –se señaló– y si hubiese alguna forma de quitármelo, lo haría.

-Solo hay una forma, pero algo me dice que no tienes ya esa opción –lo miró con interés.

-No hemos venido hasta aquí para hablar de él –los interrumpió Daria, impaciente–, sino del Azote de los lobos.

-Cuán tentador sería tener el Azote, ¿verdad? –miró hacia ella una vez más–. Pero debo advertirte que no podrás usarlo aunque lo encuentres.

-Tú deja que yo me ocupe de eso, viejo –le respondió después de hacer una seña a William para que no le dijese al licántropo que era el elegido. Conociéndolo, sería lo primero que saldría de sus labios, si le dejaba hablar–. Solo dime dónde os reuniréis y te dejaré ir.

-¿Para seguirme por si te miento? –sugirió–. Sabía de tu astucia, Cazadora, y he de decir que es refrescante y bastante estimulante, pero prefiero morir antes de delatar a los míos.

-Eso también se puede arreglar –le dijo, sacando una de sus espadas de la funda.

-Lo necesitamos con vida, Daria –la frenó William.

-Tenemos el diario y estoy segura de que lograremos descifrarlo para encontrar el lugar sin este –mintió, esperando que William le siguiese el juego. Si creía que era prescindible, quizá hablase.

-No te servirá de nada –dijo el anciano–. El joven es bueno bloqueando su mente, pero tengo más años y más experiencia que él, y no es rival para mí. Sé que no tenéis nada en ese diario. Si yo no hablo, estaréis perdidos. Falta apenas una luna para que se celebre, y para tu desgracia, podrán realizarla sin mí.

-¿Podrán prescindir de ti en todas las demás? –le dijo ella, amenazante–. Porque te juro que

separaré cada miembro de tu cuerpo, antes de acabar contigo para siempre. Y no creas que no seré capaz de cumplir mi amenaza, porque lo haré.

-¡Oh! Sé que podrás –dijo, convencido–. Ya he dicho que habíamos oído hablar de ti. Sé lo letal que eres, pero ¿podría tu conciencia dejarte vivir si haces eso? Has matado a muchos de los nuestros, pero jamás he oído que fueses inhumana en sus muertes. Nos crees bestias sanguinarias, pero nos das una muerte digna y rápida. ¿Serías capaz de vivir tranquila después, si cumples tu amenaza?

Daria se había quedado sin palabras. Nunca nadie le había dicho nada tan certero como acaba de hacer el anciano, y ni siquiera la conocía.

-No sabes nada de mí, anciano –le dijo, no obstante, como si la hubiese atacado con sus palabras–, ni de lo que puedo o no puedo hacer.

-Sé que puedes hacer mucho, pero ¿te lo permitiría tu conciencia?

-La suya tal vez no –intervino William, viendo cómo el anciano intentaba ganar tiempo–, pero la mía sí, y te aseguro que dormiré perfectamente por la noche, aunque te arranque los brazos y las piernas con mis propias garras. Vosotros me habéis convertido en lo que soy ahora y pagaréis por ello.

-No deberías odiar tanto lo que eres, William –le dijo ahora a él–, pues de entre todos nosotros, tú eres el elegido. No me mires con esa cara de asombro, pues ya te dije que no eres tan hermético como querías. Y aunque no lo hubiese leído en tu mente, lo habría sabido por las veces en que te has transformado por gusto mientras me perseguíais. Solo los licántropos originales, y no todos ellos, he de decir, son capaces de semejante control; y tú, querido amigo, has sido convertido.

-No somos amigos –protestó– ni lo seremos nunca.

-Nunca digas nunca, William, pues para nosotros los licántropos, el tiempo se mide en siglos, no en años.

-Habla de una maldita vez, anciano –gruñó, harto de sus devaneos–. El tiempo apremia ahora.

-Ya he dicho que no hablaré. No me hagas repetirme –se reafirmó en su decisión.

-En ese caso... –William comenzó su transformación, dispuesto a arrancarle algún miembro del cuerpo.

-Espera –Daria lo detuvo, cuando se le ocurrió algo.

-No le des la razón –dijo William–. Deja que yo lo...

-Sabes que él es el elegido –alzó la mano para callar a William, mientras se dirigía al anciano–, así que debo suponer que conoces la profecía. ¿Por qué evitar lo inevitable? William está destinado a poseer el Azote de los lobos y no tiene sentido que le ocultes dónde se encuentra. Deberías llevártelo para que cumpla lo que...

-Si está de tu parte –la interrumpió el licántropo–, no lo llevaré hasta el Azote.

-Pero es algo inevitable –insistió–. La profecía dice...

-La profecía habla de la llegada del elegido –la cortó de nuevo– y de que será el único que podrá utilizar el Azote de los lobos, cierto, pero también dice que eso llevará a los licántropos a la extinción. ¿Por qué crees que lo hemos estado escondiendo todos estos siglos, Cazadora? Podríamos habernos ganado la lealtad del elegido, de haberlo encontrado nosotros antes, pero ya es tarde. Está contigo ahora y por tanto más cerca del final de los nuestros. No puedo permitirlo.

Daria se sorprendió al saber que la profecía decía eso y que su promesa estaba más cerca de cumplirse. Sin embargo, miró hacia William, preocupada. Si cumplía su parte, incluso él desaparecería. Las dudas invadían su mente ahora, pues no quería que William tuviese el mismo

final que el resto.

-Quizá haya un término medio –propuso William.

-Las profecías se cumplen o no se cumplen –le dijo el anciano-. No hay medias tintas en eso, pero ni tú ni yo podremos hacer nada para impedir lo que vaya a pasar. Al final, queramos o no, llegaremos allí donde tengamos que ir y cumpliremos nuestro papel en la historia.

-Pues yo me niego a creer que no soy el dueño de mi propio destino –se quejó-. Tiene que haber algo que podamos hacer aparte de dejar que se cumpla.

-Dejaste de ser tu dueño, en cuanto uno de ellos te hirió, William –le dijo Daria-, así como yo lo dejé de ser del mío, cuando hice aquella promesa. La ilusión de que podemos decidir qué hacer con nuestra vida, no es más que eso: una ilusión.

-No puedes dejar que la promesa hecha a un muerto dirija tu vida.

-Soy quien soy, por esa promesa. Y tú, maldito –Daria señaló al licántropo, al ver que se movía-, no pienses que podrás huir sin que me entere.

Se acercó al licántropo y lo sujetó a un árbol con una cadena de plata. En otras ocasiones procuraba que la piel no se rozase con ella, pero estaba tan enfadada, que no prestó atención a eso y se escuchó un siseo al entrar en contacto con su cuello.

-Podemos cambiar el destino, Daria –insistió William -. Nada nos ata de por vida si nosotros no queremos.

Mientras hablaba, procuró colocar la tela de la capa que le había dado al licántropo para que cubriese su desnudez, de forma que la plata no lo lastimase más.

-¿Era por eso que tenías tantas ganas de abandonar a tu familia? –replicó ella, molesta por su insistencia.

-¿Y qué si fue así? Mis hermanos estarán bien sin mí.

-Tal vez si lo repites más veces, acabes creyéndolo.

-¿A qué viene todo esto, Daria? Estamos en el mismo bando, no lo olvides. Soy el elegido, digo yo que eso tiene que contar para algo.

-Sí, para acabar con una raza de asesinos.

-Podría obligarles a matar solo animales.

-Un plan loable, pero en la primera oportunidad que tuviesen, te matarían y el bastón desaparecería para siempre. No vivo cientos de años como vosotros para buscarlo de nuevo.

-No me crees capaz de controlarlos, ¿verdad? –miró hacia ella con disgusto-. No me consideras un igual, sino un simple peón para conseguir tu objetivo.

-No renunciaré a destruir a los seres que han matado a mi familia, William, y lo sabes de sobras porque te lo dicho desde el primer día. Y lo haré con o sin ti. Si ahora has cambiado de idea, mantente al margen o iré a por ti también. No quiero hacerlo, pero será así si no me dejas otra opción.

-Haga lo que haga, mi destino final es la muerte –lo supo entonces, y sintió sobre sus hombros el peso de tan cruel destino.

-Nadie dijo que fuese fácil... o que no hubiese precio –dijo ella, triste también, a pesar de todo. No quería que muriese, pero acabar con los licántropos sería su perdición también. Nada podía hacer para cambiarlo -. Acamparemos aquí y por la mañana le sacaremos la información que necesitamos, cuando no se pueda transformar. Yo haré la primera guardia.

El ambiente fue tenso después de aquella discusión y ninguno habló de nuevo. William se acostó cerca del fuego e intentó dormir, pero la idea de su muerte no se lo permitía. Cuando se unió a Daria para buscar el bastón, no había pensado realmente en lo que eso le supondría a él. Había intentado separar al licántropo de sí mismo, como humano, pero ahora comprendía que,

llegado el momento, si se deshacía de ellos con el Azote, no habría salvación para sí mismo tampoco, por muy elegido que fuese. Por eso, cuando llegó su turno para la guardia, ya había tomado una decisión.

-No hagas ruido –le pidió al licántropo–. Te sacaré de aquí, pero debemos tener cuidado, Daría tiene buen oído y podría despertarse.

-¿Por qué habría de fiarme de ti? Hasta hace poco, le ayudabas a encontrar el bastón para destruirnos.

-No tienes por qué hacerlo, desde luego –dijo–. Y lo entendería si decides no llevarme contigo, pero no te puedes quedar aquí o acabarás muerto.

-¿No es ese vuestro plan?

-En realidad, yo no tenía ningún plan –negó–. Solo la seguía, pensando que sabía lo que había que hacer.

-Y lo sabe –sentenció el licántropo–, solo que eso te llevará a la tumba.

-Creía que me había aceptado, a pesar de lo que soy ahora, pero veo que es capaz de sacrificarme, con tal de conseguir su objetivo –dijo con pena–. Al menos, vosotros no me queréis muerto.

-Podemos evitar que la profecía se cumpla –asintió, más convencido de la razón por la que le ayudaba. El ser humano, incluso el que solo lo es a medias, teme a la muerte y William quería salvarse. Era aceptable y comprensible–. Libérame y huyamos.

Pocas veces, William se había permitido disfrutar de su condición de licántropo, por miedo a querer dejar de ser hombre. Al poder transformarse a su antojo, en ocasiones, creía que acabaría ganando la bestia y su deseo de ser libre, de forma que el hombre ya no sería más parte de aquel dúo extraño que formaban. Sin embargo, ahora que huían de Daria, convertidos en lobos, dejó que la euforia lo invadiese, pues más que correr, volaban entre los árboles. Podía sentir el viento revolver su pelaje y la tierra saltar entre sus patas en cada zancada. A pesar de la velocidad, era consciente de lo que pasaba a su alrededor y por una vez en su vida, sentía que estaba en el lugar correcto, haciendo lo que estaba destinado a hacer.

El licántropo a su lado, le indicaba el camino. Una vez libre de las cadenas, había podido transformarse y le había pedido que le siguiese. No sabía si solo estaban escapando de Daria o se dirigían a algún lugar que el anciano considerase suyo. Todavía faltaban días para la reunión, así que no creía que estuviesen yendo a la misma. Sería muy arriesgado, sabiendo que Daria les seguiría la pista en cuanto descubriese que se habían escapado juntos.

No había querido traicionarla, pero no le había dado otra opción. Destruir a los licántropos sería llevarse a sí mismo a un final que no deseaba; por eso, su única posibilidad era evitar la profecía. Tal vez los suyos le pudiesen ayudar con eso. Al menos, debía intentarlo. Imaginaba que los licántropos no querían que él los obligase a renunciar a la sangre humana, cuando era esa la que les proporcionaba su longevidad, pero les ordenaría hacerlo y se cuidaría bien de protegerse de aquellos que pensasen en traicionarlo. Debía buscar la manera en que la convivencia entre licántropos y humanos fuese posible, porque no quería renunciar a ninguna de sus dos mitades.

-Descansaremos aquí –dijo el anciano, cuando ya no fue capaz de mantener su forma animal-. Le hemos sacado una buena ventaja. Aunque pueda encontrar el rastro, tardará bastante en darnos alcance. Cerca de aquí hay una cueva donde estaremos a salvo.

-¿Siempre habéis vivido en cuevas?

-Es lo más cómodo para nosotros –asintió-. Pocos de los nuestros son capaces de cambiar a placer, así que la mayoría prefiere rehuir a los humanos por si lo ven cambiar de forma.

-Pero eso solo pasa cuando sale la luna.

-¿No crees que sería sospechoso que desaparecieses siempre por las noches? Al final sabrían la verdad.

-Supongo que tienes razón –dijo, pensando en ello-. Cuando empezasen los asesinatos, sería el primero a quien acusasen.

-Tampoco podrías tener familia, pues tus hijos serían como tú –le comentó-. Sino todos, al menos algunos de ellos. Y lo más peligroso de un niño lobo es que se transforma incluso por el día. Eso es muy peligroso.

-Cierto –después de un momento, formuló una nueva pregunta- ¿Hay más licántropos que puedan hacer lo que yo hago?

-¿Controlar su cambio?

-Sí, incluso por el día –concretó.

-He conocido a algunos puros que pueden controlar el cambio –le dijo-, pero siempre durante la noche. Necesitamos la influencia de la luna para volvernos lobos.

-Entonces, lo que yo hago es porque soy el elegido.

-La profecía nunca habló de lo que podrías hacer con tu licantropía –sabía tanto como él-. De hecho, en la profecía no aparecía nada sobre que fueses uno de los nuestros. Creo que... haberte convertido en lobo, ya ha cambiado tu destino de alguna forma.

-¿Qué dice exactamente la profecía?

-Dice que llegará el día en que alguien reclamará el Azote de los lobos y gobernará sobre los licántropos. Que solo él será capaz de usar el bastón –le contó-, pero no especifica por qué o cómo. Ni lo que hará en cuanto el bastón esté en sus manos.

-Es una profecía muy vaga –se quejó.

-Te contaré una historia que muy pocos recuerdan ya –había encendido una hoguera dentro de la cueva y se sentaron en torno a ella-. Hace siglos, no éramos muy distintos a los lobos comunes. Más grandes que ellos y mucho más fuertes, pero nos alimentábamos de otros animales y vivíamos en manadas como ellos hacían. Sin embargo, nosotros adoptábamos nuestra forma humana por el día, cosa que ellos no podían.

-Lo mismo que ahora –constató William-, solo que el alimento es diferente.

-No teníamos trato con humanos, a pesar de adoptar su forma –continuó-. Los rehuíamos, pues nos daban caza, igual que a los lobos comunes. O quizá con más entusiasmo, pues nuestro tamaño los intimidaba.

-¿Por qué no hablar con ellos y explicarles la verdad?

-Porque no nos escucharían –negó.

-¿Cómo lo sabes? ¿Alguien lo intentó acaso?

-Hubo un licántropo que bajó a la aldea para intentar vivir entre ellos. Creía que si nos mezclábamos con ellos, acabarían entendiendo que nosotros nunca los mataríamos. Se enamoró de una mujer y se casaron. Aunque le había contado lo que era, ella nunca creyó que hablase en serio.

-Pero si se transformaba todas las noches, debería de verlo.

-Quizá ese fue su mayor error, pues cuando llegaba la noche, se venía con nosotros para alimentarse. Al alba, regresaba con su esposa. La mujer nunca lo vio en su forma animal y él no pensó en enseñárselo.

-Un gran error, sí. Sobre todo si quería que ella se lo creyese.

-Supongo que tenía miedo de que se asustase y no lo quisiese más en su vida –dijo, casi con resignación-. Cada noche, intentaba que se uniesen a él. Decía que si muchos de los nuestros convivían con ellos, no nos temerían si nos veían transformados. Nadie quería ir, pues pensaban que solo actuaba de forma egoísta.

-¿Lo hacía?

-No creo que nadie lo sepa nunca, pero puede que sí, pues en el fondo, quería poder mostrarse tal y como era ante su esposa, sin que ella se asustase.

-¿Qué pasó al final?

-Con el paso del tiempo, desistió de su intento y dejó de ir con ellos. Harto de no encajar en ningún lado, buscó la forma de controlar su transformación.

-¿Lo logró?

-Su esposa se quedó embarazada poco después –dijo sin llegar a responder a su pregunta- y dio a luz a un niño licántropo. La primera vez que se transformó, la madre se asustó tanto que lo abandonó en el bosque para que muriese.

-¡Qué terrible!

-Los demás licántropos se hicieron cargo de él, pero el esposo, que había estado fuera de casa cuando la mujer dio a luz, nunca supo qué había pasado. Ella le dijo que el niño había nacido

muerto y había tenido que enterrarlo sin esperar por él para que lo viese.

-¿No le tenía miedo a su esposo?

-Supongo que se negaba a pensar que él tuviese algo que ver con lo que le había pasado a su bebé. El caso es que poco después ya estaba embarazada otra vez.

-¿Tuvo otro licántropo?

-En esa ocasión no. El niño nació normal.

William no pudo evitar pensar en Daria y su familia, pero no se atrevió a formular la pregunta de si aquel niño tenía algún don especial, sino que esperó a que el anciano continuase con la historia.

-Durante quince años, los licántropos mantuvieron al hijo en la ignorancia, pero una noche, de repente, el padre reapareció, dispuesto a contarles algo sobre el descubrimiento que había hecho, y se encontró con su hijo. Nadie pudo negar la verdad sobre ellos, pues eran tan parecidos, que cualquiera habría sabido que eran padre e hijo; y sin embargo, el licántropo lo hizo sin importarle lo que el muchacho pudiese pensar de él. Lo repudió y regresó a la aldea, sin hablar con los licántropos al final.

-¿Qué quería contarles? ¿Por qué no llevarse con él a su hijo?

-Llegaremos a eso –le pidió paciencia de ese modo–. El hijo se sintió traicionado por su propio padre y el odio enraizó en su corazón. Cada noche se escabullía hasta la aldea y espiaba a la que debería haber sido su familia. Su padre lo descubrió pronto, pues podía sentir su olor y lo enfrentó. Le dijo que su esposa no lo quería allí y que nada podía hacer por él, salvo que renunciase a su licantropía. Solo entonces podría ser parte de la familia.

-¿Cómo...?

-Todo a su tiempo –lo detuvo el anciano–. No has de ser tan impaciente.

-Y tú no has de dar tantos rodeos.

-Bien –cedió–, te lo diré. El padre había encontrado uno de los pocos objetos mágicos que quedaban en el mundo, que ayudaba a controlar la transformación de los licántropos. En su caso, lo usaba para no ser lo que era, para negar su naturaleza, y le pedía a su hijo que hiciese lo mismo. Pero el joven no aceptó. Sintió que aquello sería como matar una parte de sí mismo y se negó a renunciar a su licantropía. Entonces, su padre lo echó de allí y le advirtió que no volviese. Ese gesto emponzoñó todavía más el corazón del joven, y una noche de luna llena, cuando somos mucho más fuertes de lo habitual, bajó a la aldea para matar a la familia que no lo aceptaba como era.

-Tanto daño causado por no aceptar su naturaleza.

-El problema fue mayor de lo que piensas, William, pues una vez probó la sangre humana, su sed creció tanto, que no le bastó matar a sus padres, sino que acabó con gran parte de los aldeanos, antes de que su propio hermano le arrebatase la vida.

-Pero el hermano era menor que él y no tenía su don para transformarse. ¿Cómo pudo hacerlo?

-Con mucha suerte, la verdad. Y con plata.

-¿Así se supo que la plata es mortal para los hombres -lobos?

-Exactamente.

-Vaya –estaba sorprendido– ¿Cómo es que a nadie se le ocurrió dejar por escrito esta historia? Sé que hay un pergamino donde se habla vagamente de la plata, pero nadie leyó nunca nada sobre el resto.

-Las palabras son demasiado poderosas, William y los licántropos tenemos buena memoria. Mejor pasarlo de unos a otros y que los humanos no lo supiesen.

-Y aun así se supo lo de la plata.

-Era cuestión de tiempo que se averiguase –le dijo–. A los humanos les gusta dejar todo por escrito.

-Supongo. ¿Qué pasó con el segundo hijo?

-Aunque mató a su hermano –le dijo–, juró vengar a sus padres y nos declaró la guerra. Quizá, si hubiese sabido que por su culpa, los licántropos probaríamos la sangre humana por primera vez, lo habría dejado estar. Nos volvimos adictos a ella y ahora morimos si no la tomamos a diario.

-Tenía entendido que moríamos igual.

-Vivimos tantos años –le explicó–, que es casi como si fuésemos inmortales. ¿Sabes por qué conozco tan bien esta historia? Porque nací en la época en que el creador del Azote de los lobos nos subyugó con él. Y, ¿sabes quién fue ese hombre?

-El segundo hijo del licántropo –sentenció William.

-Exacto. Usó el objeto mágico con el que su padre se mantenía siempre en su forma humana, para crear el bastón. Su intención había sido llevarnos a la muerte con él, pero cuando vio que podía obligarnos a hacer lo que él quería, decidió que nos daría un mejor uso. Corrompido por el poder del bastón, quiso ser el rey de todo cuanto podía abarcar con la vista y nos envió a una guerra sin fin para lograrlo. Muchos murieron por su culpa y muchos más lo harían si no lo impedía nadie. Y por eso, empezamos a planear la forma de quitarle el bastón. No fue fácil, pues lo guardaba con gran celo, pero lo logramos.

-Y desde entonces, está en vuestro poder. Daria dijo que no es posible destruirlo.

-Posee una magia poderosa –corroboró– y no fuimos capaces de romperlo. Con miedo a que alguien más pudiese usarlo contra nosotros, decidimos que nadie debía encontrarlo jamás. Por eso, nos hemos estado turnando para esconderlo, de forma que ni hombres ni licántropos pudiesen dar con él.

-Pero si solo el elegido puede manejarlo, no debería ser un problema que la gente lo encontrase.

-No sabíamos qué clase de elegido sería, pero estaba claro que no sería licántropo –lo miró antes de seguir –. Al menos, no de nacimiento.

-¿Y si por ser un licántropo ahora, no puedo manejar el bastón? –la duda comenzó a crecer en su interior.

-Bueno, no lo sabremos –sentenció, recostándose– si no lo intentamos, ¿no crees? Duerme un poco ahora, pues en unas horas tendremos que continuar.

El licántropo se durmió en seguida, sin embargo, no sucedió así con William, que estaba preocupado por si no podía usar el bastón. Su intención de que todos los licántropos se alimentasen de animales peligraba ahora y temía no poder hacer nada para cambiar la situación en la que se encontraban los licántropos y los humanos. Había esperado poder amigarlos, pero ahora ya no lo tenía tan claro. El odio entre ellos se remontaba a siglos atrás, y tal vez, ni obligándolos a volver a sus orígenes, podría cambiarlo. ¿Y si al final, la única solución era la que había dicho Daria? ¿Y si tenía que acabar con ellos, a pesar de todo? Sentía como si la historia del padre del creador del bastón, se estuviese repitiendo y él no era sino, una copia del hijo. Salvo por una diferencia: él era licántropo.

La noche no había llegado todavía, pero avanzaron a buen ritmo. Para ser un anciano, el licántropo no se quedaba atrás, aunque el camino fuese escarpado. Y William, deseoso de llegar cuanto antes al lugar de la reunión, le metía prisa forzando el paso en el terreno que lo permitía. Sin embargo, jamás lo oyó quejarse.

-Llevamos tiempo juntos y ni siquiera sé tu nombre –preguntó William de repente, mientras se detenían a beber en un arroyo. La necesidad de huir de Daria no le había permitido disfrutar del paisaje, sin embargo, ahora que no tenía que vigilar sus pasos, alzó la vista y admiró la belleza del lugar. Durante meses, había creído que no volvería a ver la luz del sol ni el verde en el campo o el agua cristalina llena de peces. Aquel licántropo les había arrebatado más que sus vidas.

-Goran –respondió, después de tomar un largo trago de agua, que sació su sed–. Aunque no es mi primer nombre, ni será el último, salvo que muera antes de elegir otro.

-¿Por qué hacer eso?

-Un nombre poco frecuente llama la atención. No es que los licántropos queramos relacionarnos con los humanos, pero en ocasiones es inevitable, así que es vital pasar tan desapercibidos como podamos.

-Entiendo –no quería renunciar a su nombre, pero lo recordaría, si es que llegaba a vivir tantos años como él, que empezaba a dudarle, y no solo porque comer animales reducía su longevidad.

-Sigamos –miró al cielo–. Todavía faltan unas cuantas horas para la noche y preferiría que no nos alcanzase la Cazadora antes de eso.

-Yo puedo transformarme cuando quiera.

-¿Pero serás capaz de matarla? –sonó a acusación.

-¿No confías en mí? ¿Después de haberte salvado?

-No se trata de confianza, William, sino de que sepas lo que hay que hacer y cumplas con ello. No pienses ni por un momento que no he notado lo que sucede, pero te puedo asegurar que ella no sentirá lo mismo por ti jamás. Eres uno de los nuestros, uno de los que caza hasta la extinción; no te entregaría su corazón, muchacho. Jamás.

-No me interesa su corazón –le molestó que hubiese visto aquello con tanta facilidad. Sobre todo, porque tenía razón. Tal vez habría tenido una posibilidad de conseguir su amistad, al menos, antes de enfrentarse por culpa del bastón, pero ahora había perdido toda esperanza de recuperar lo que una vez habían tenido –. Sigamos, pues. Ya que parece tener tanta prisa por dejarla atrás.

Se levantó y comenzó a caminar en la dirección que Goran le había indicado. El licántropo no tardó en ir en pos de él y lo alcanzó con unas pocas zancadas. Lo miró, en silencio, quizá esperando a que dijese algo, pero William lo ignoró. No le daría la razón, aunque la tuviese, porque eso sería admitir en voz alta que lo que sentía era un imposible.

-La primera lección que aprende un licántropo –dijo Goran, después de caminar un tiempo en silencio– es que el amor con humanos solo es dolor. Aunque una humana llegase a enamorarse de ti algún día, serías incapaz de impedir que envejeciese y muriese. Y ella acabaría odiándote, al ver cómo permaneces igual a lo largo de los años, mientras ella se marchita. No es una buena idea, muchacho.

-Hablas como si lo hubieses vivido.

-Solo una vez –confesó–. Después de siglos solitarios, quise tener un hijo que me hiciese compañía. Nacido de mí, que llevase mi sangre y fuese puro. No somos muchos, los originales, y necesitamos preservarnos a como dé lugar, para que la fuerza de nuestro veneno no se devalúe. Conocí a una mujer hermosa a la que seduje. No era mi intención enamorarme, pues solo quería usar su cuerpo para que alumbrase a mi hijo y después marcharme para siempre, pero no fui muy previsor y se ganó mi corazón. Vivimos juntos varios años y me dio dos hermosos hijos licántropos, pero a medida que se hacía mayor, empezó a reprocharme que no la convirtiese en una de los nuestros para que pudiésemos continuar amándonos durante siglos.

-¿Por qué no hacerlo?

-Porque en algo tiene razón la Cazadora, William: los licántropos vivimos por y para la sangre humana. Me tenía que alejar de mi mujer cada noche para que no acabase siendo mi cena, y no quería que ella sintiese esa misma necesidad. Tenía un alma pura y cándida, y no quería corromperla. Yo no quería arrebatarle su humanidad y ella acabó odiándome por ello.

-¿Qué opinaban tus hijos de eso? –le preguntó.

-Ellos querían convertirla, pues les disgustaba la idea de perderla, pero no se lo permitía, lo que generaba más discusiones y disgustos en nuestra familia.

-¿Qué pasó al final? –le preguntó, al notar que no se animaba a continuar con la historia.

-Se murió –dijo sin más.

-¿Y tus hijos? ¿Dónde están ahora?

-Dejaron de hablarme y se fueron a Europa, después de la muerte de su madre... –guardó silencio por un momento–. Les perdí la pista durante un tiempo y no supe que a uno de ellos lo mató un cazador hace diez años, hasta que un amigo común me lo contó.

-Lo lamento.

-Cuando vives tantos años como yo, acabas sintiendo que la muerte no es más que un paso más en la vida. Uno que espero no dar en mucho tiempo, aun así.

William pensó en sus hermanos y una honda pena le comprimió el pecho, al imaginar lo que sentiría el día en que muriesen, si seguía con vida para entonces. Y comprendió que, aunque esa aventura acabase bien para él, no podría volver con ellos, porque acabarían notando que no envejecían al mismo ritmo. Quizá los primeros años podría verlos, pero acabaría teniendo que alejarse para que no descubriesen qué era.

-Cuando supe que tendría que ser un licántropo por el resto de mis días –fue su turno para confesar–, no quise seguir viviendo. No quería ser un monstruo y le pedí a Daria que me matase. Y de repente, descubrí que podía controlar mis cambios de forma y acallar mi sed de sangre. Pensé que alimentándome solo de animales, sacrificando mi longevidad en el proceso, podría seguir con mi vida de antes. Pensaba volver a mi aldea cuando Daria y yo encontrásemos el bastón, para ver a mis hermanos de nuevo, pero creo que he sido bastante iluso. Pase lo que pase, volver con ellos no será nunca una opción ya.

-Cuando te conviertes en uno de los nuestros, no hay vuelta atrás, William. Lo que una vez tuviste, lo que fuiste, se acabó para ti. Tú puedes intentarlo, claro, pues tienes el poder de controlar tu licantropía, pero tampoco sería para siempre, porque tus hermanos acabarían viendo que no eres el mismo y temerían en lo que te has convertido. ¿O crees que aceptarían que seas un hombre-lobo ahora?

No supo responder. Después de la experiencia con el licántropo que lo había convertido, en la que habían vivido con miedo durante largos meses, temía no ser aceptado. Y antes de ver el rechazo en los ojos de sus hermanos, prefería no volver a verlos nunca. Ahora podían imaginarlo

luchando junto a Daria contra los monstruos que los habían atemorizado y prefería esa imagen, que la de que supiesen que era uno de ellos.

-¿Por qué llamas a Daria la Cazadora? –pensar en sus hermanos le trajo a la mente a Daria una vez más y la curiosidad regresó–. Sé que es la única mujer entre ellos, pero el nombre suena a algo más importante.

-No sé si importante es la palabra, pero la llamamos de esa forma por una simple razón: posee nuestros mejores rasgos y los emplea contra nosotros. Ella es la máxima expresión de la palabra cazador. Es letal, certera y persistente. Ninguno de los nuestros que se haya topado con ella, ha vivido para contarle.

-Eso no es cierto –lo contradijo–. Sé al menos de uno al que dejó con vida.

-No creas que desconozco la historia, William. Pero si lo dejó con vida fue porque sabía que moriría pronto y su familia se encargaría de que no matase a nadie mientras tanto. De ser así, no lo permitiría. Poco hay que nos asuste a los licántropos, y ella es una de las que más miedo impone entre nosotros. Su ansia por acabar con nosotros, es casi comparable con nuestro deseo de no encontrarnos con ella.

-¿Y qué tan malo puede ser volver a los orígenes? –le preguntó–. Si nos alimentásemos de animales, ya no serían necesarios los cazadores y podríamos convivir con los humanos. Todo sería mejor.

-Controlas tu sed, así que puedo imaginar que no has probado la sangre humana todavía. Y si quieres saber la respuesta a tu pregunta, solo debes beber un poco o comer un pedazo de su carne, y lo entenderás.

-El día que mate a un humano, será el día que deje a los cazadores acabar con mi vida –sentenció, seguro de ello.

-No querrás hacer eso, una vez lo pruebes.

-Puedo tener muchas dudas sobre mi nuevo papel en el mundo, pero tengo claro que jamás haré algo así. No me convertiré en un asesino de inocentes.

-Eres joven e idealista –rió por lo bajo el anciano–. Ya hablaremos en unos cuantos siglos, cuando el hastío te haga ver esta vida de otra forma.

Pero William no quería darle la razón y se propuso, si lograba sobrevivir a los siguientes días, que jamás le arrebatara la vida a nadie para alimentarse de él por muy aburrido que estuviese.

-Cazar animales me resulta muy estimulante –le dijo, como para remarcar que no cambiaría de opinión.

-Porque no has probado cuán excitante es perseguir a un humano –le brillaban los ojos al hablar–. Se cree hasta el último momento que podrá escapar y ver la decepción y el miedo en su rostro, cuando al fin está entre tus garras, es casi tan increíble como comerlo. Su sangre vibra en tus propias venas y su carne es lo más sabroso que hayas probado jamás. No hay nada comparable, William, una vez lo pruebes, no querrás comer nada más.

-Si el precio por comer algo tan succulento es perder mi alma, me niego –le dijo, asqueado.

-William, William, William –chasqueó la lengua–. Tú ya no tienes alma, muchacho.

Pasaron el resto de la tarde en silencio, como si esa conversación pesase sobre ellos, pero a medida que la noche se acercaba, William pudo notar que Goran estaba inquieto, y aunque no podía leer su mente, ya que el anciano tenía mucha más experiencia que él y se protegía, creía saber la razón de su nerviosismo.

-No te lo permitiré –le dijo, sin llegar a especificar.

-Debo alimentarme. Llevo varios días ya sin hacerlo y lo necesito.

-No permitiré que mates a un humano –le dijo–. Haz lo mismo que yo y cacemos un animal juntos.

-No quiero un puerco animal –gruñó, molesto por su sugerencia–. Cómetelo tú, si tanto te gusta, pero yo quiero...

-No me importa lo que quieras –lo interrumpió–. No matarás a nadie en mi presencia. Y si quieres que sea vuestro aliado, una vez tenga el bastón, harás lo que te digo ahora.

-¿Y si te desobedezco? –lo retó.

-Entonces, tendría que matarte.

-Ni siquiera sabes dónde encontrar el bastón. No me puedes matar –rió, seguro de que estaba a salvo.

-Puede que ahora mismo no, pero lo haría algún día y ni siquiera me verías llegar.

-Te falta experiencia para eso, muchacho.

-Cuando tenga el bastón, no la necesitaré –sentenció con seguridad, ahora él.

-Si me amenazas –se acercó para mirarlo a los ojos–, no te llevaré hasta el bastón.

-No podemos estar muy lejos ya –lo desafió–. Seguro que me encuentro con algún otro licántropo que me sepa guiar.

-No vivirías tanto tiempo.

Durante unos tensos minutos, se desafiaron el uno al otro con la mirada, sin que ninguno quisiese ceder. Y sin embargo, finalmente, el anciano reculó y aceptó ir con él. Cuando llegó la noche, se transformaron en lobos y acecharon a un ciervo desprevenido, que no tuvo ninguna oportunidad de escapar de ellos, antes de que se le echasen encima. Aunque a William se le había antojado estimulante participar en la caza con otro licántropo, Goran estaba disgustado.

-Debemos continuar –dijo al terminar–, la Cazadora está cerca. Puedo sentirla.

-Yo no...

-Eso se aprende cazando humanos –lo interrumpió–. Pero supongo que tú nunca podrás hacerlo, ¿cierto?

No era del todo cierto, pues Daria desprendía un olor muy particular que solo los licántropos eran capaces de percibir y si William todavía no podía hacerlo, solo se debía a su escasa experiencia en ese campo.

-Supongo que no –dijo, a desgana.

William sabía que Goran estaba enfadado con él por lo que le había obligado a hacer, pero lo que no sabía era que con aquel acto, se había ganado un enemigo poderoso. Y que quizá pronto, se arrepentiría de ello.

18

Dos días después y sin haberse encontrado con Daria ni una sola vez, a pesar de que Goran insistía en que estaba cerca, llegaron a un pequeño pueblo, perdido entre montañas, en el que nadie vivía ya.

-Descansaremos aquí –le dijo el anciano– y después, cuando hayan llegado todos, subiremos a la cueva.

-¿Qué cueva? –preguntó, con curiosidad.

-Existen tres cuevas que los originales consideramos sagradas –le explicó– y cada siglo, nos reunimos en una de ellas para el intercambio del bastón. Esta vez hemos elegido la que está en lo alto de esa montaña de ahí.

-¿Qué tiene de especial para que sea sagrada?

-Esta, en concreto –le dijo–, fue la cueva en la que el primer licántropo se salvaguardó de los humanos, en su huida cuando lo perseguían. El acceso no es fácil para los humanos, lo que le salvó la vida. Durante un mes entero, tuvo que permanecer en la cueva, pues hacían guardias al pie de la montaña para que no se les escapase. Para ignorar el hambre, hizo grabados en las paredes contando su historia y lo que somos o no, capaces de hacer.

-¿Cómo escapó?

-Los humanos lo dieron por muerto y se marcharon.

-¿Y las otras dos cuevas?

-Una de ellas es el lugar donde nacieron los hijos del primer licántropo. Se dice que vivió allí unos cuantos años, secuestrando mujeres para obligarlas a parir a sus hijos. Los que nacemos licántropos, en realidad, somos descendientes directos de su estirpe.

-¿Y la tercera es donde murió? –intuyó. Aunque no lo había dicho, consideraba un acto terrible el hecho de que hubiese secuestrado a mujeres para dlesen a luz a sus vástagos. Y aunque Goran no lo había dicho, lo más probable era que las hubiese matado después, a modo de alimento.

-No exactamente –negó–. Está sepultado allí, aunque no fue el lugar donde murió.

-¿Y dónde están esas dos cuevas?

-Hay un grabado en la cueva que visitaremos hoy, en el que aparece la localización de las otras. Esta es la más inaccesible para los humanos, como ya dije, de ahí que la eligiese para ubicar los mapas.

-Claro –entendía las razones y sabía que era una gran estrategia por su parte hacerlo así. De ese modo, los cazadores nunca podrían encontrar las cuevas, y por ende, el bastón.

-Quédate cerca, muchacho –le advirtió Goran–, pero no hables con nadie hasta que yo te lo diga.

-¿Por qué?

-Porque los licántropos jóvenes no puede asistir a las reuniones. Es demasiado arriesgado que conozcan el paradero del bastón o que tengan acceso a él, pues no comprenden cuán peligroso puede llegar a ser. Lo único que conocen es la leyenda que dice que quien lo posea podrá gobernar sobre todos los licántropos, y eso les resulta demasiado atractivo.

-¿Por qué no les decís la verdad? –sugirió–. Quizá si supiesen que el único que puede usarlo es el elegido, no habría necesidad de tanto secretismo. Bueno, no es que quiera inmiscuirme en vuestros asuntos, pero los ancianos no viviréis eternamente, aunque pueda parecerlo. ¿Quién lo

protegerá después?

-Siempre que uno de nosotros muere, elegimos a un sucesor de entre varios candidatos. Deben tener una serie de características que los hagan ser adecuados para el puesto que ostentarán. Y también pasarán un conjunto de pruebas muy específicas, antes de poder formar parte de la orden –miró un instante hacia él, como si estuviese sopesando algo, y siguió hablando después–. Ahora que estás aquí, ya no será necesario nada de esto, ¿no crees?

-Bueno, no tengo ni idea de lo que va a pasar, así que no pienso presuponer nada –no quería decirlo en voz alta, pero temía acabar muerto al final del día. Y no precisamente por usar el bastón para acabar con los licántropos.

-Debo hablar con alguien –el cambio de tema fue un tanto revelador–, para arreglar un asuntillo. Entra en la cabaña y espera mi regreso. Hablaremos luego.

William sentía que algo no iba bien. Había imaginado que su presencia sería informada de inmediato, pues era el elegido, pero Goran parecía más interesado en mantenerlo oculto de los demás y no sabía si lo hacía para crear expectación cuando lo presentase a todos en la cueva, o porque pretendía tenderle una trampa antes de subir. Después de todo, la profecía tachaba al elegido de ser el causante de la extinción de todos los licántropos. Aunque era posible que la misma, no contase con que el elegido sería un hombre-lobo.

Un par de horas más tarde, estaba tan aburrido, que decidió acostarse un rato en la cama, que estaba tan raída, que parecía como si se fuese a volver polvo en cualquier momento. Habían dormido más bien poco desde que dejaron atrás a Daria y el cansancio ya le estaba haciendo mella, así que no tardó en quedarse profundamente dormido.

De repente, sintió como si algo, o alguien, le cubriese la cabeza con un saco, al tiempo que sus brazos y sus piernas eran movilizados eficazmente. Cuando trató de levantarse, comprobó que no podía. Sin embargo, lo estaban llevando en volandas a alguna parte.

-¿Qué está pasando aquí? –gritó, con la voz sofocada por la tela que lo cubría–. Soltadme inmediatamente o lo pagaréis caro.

Nadie obedeció y William decidió transformarse para acabar con lo que estuviese pasando, pero un fuerte golpe en su cabeza lo dejó inconsciente. Estaba claro que quien hubiese pertrechado aquello, conocía bien sus habilidades.

No supo cuánto tiempo estuvo inconsciente, pero al despertar, se descubrió a sí mismo atado de manos y pies en una cuerva iluminada por cientos de velas. Y aunque nunca había estado en ella, supo con certeza que se trataba de la cueva sagrada, pues estaba llena de grabados y pinturas. Intentó liberarse de aquellas cadenas, pero pronto descubrió que eran de plata.

-Si te transformas ahora –Goran apareció frente a él–, la plata te hará mucho daño, Elegido.

-¿Esta es tu forma de persuadirme para que esté de vuestro lado? –escupió las palabras con rabia–. Te he liberado de la Cazadora, ¿y así me lo pagas?

-Y te lo agradezco –dijo, juntando las manos frente a su pecho–, pero estás destinado a hacer algo terrible con el Azote de los lobos y no podemos permitirte.

En cuanto terminó de hablar, cinco hombres salieron de las sombras. Sus miradas bailaban entre el temor y la fascinación. William, en cambio, estaba molesto por la situación y cabreado consigo mismo por haber confiado en Goran. Había creído que podría cambiar el final que preveía la profecía con su ayuda, pero al parecer, sus planes eran hacerlo de otra forma.

-Así que me matarás, para que el problema se acabe de raíz –supuso.

-Si fuese tan sencillo –chasqueó la lengua.

-¿No lo es acaso?

-Cuando te hablé de la profecía –comenzó a pasearse por delante de él mientras hablaba–, es

posible que olvidase mencionar un pequeño detalle de la misma. Resulta que así como solo tú puedes usar el bastón, un licántropo original podría hacer lo mismo, si bebe tu sangre una noche de luna llena, cuando esta esté en lo más alto del firmamento.

-Y esta noche será luna llena –pensó en alto– ¿Serás tú el afortunado, Goran? ¿O le concederás el honor a otro?

-De los aquí presentes –alzó los brazos para abarcar a sus compañeros–, soy el que más siglos ha vivido y por lo tanto, el que tiene más posibilidades de lograr sobrevivir. Se suponía que no debías ser el licántropo en el que te has convertido, así que no sé bien cómo reaccionaré a tu sangre.

-¿Y qué licántropo debía ser?

-Debías ser humano, William. Simplemente humano.

-Siento haberte decepcionado. Pero te diré una cosa –añadió–, espero que mi sangre te mate.

-Sí, bueno, esa es una posibilidad que espero que no me toque enfrentar –se dirigió luego al resto–. Hay que prepararlo todo, daos prisa.

-¿Me explicarás al menos por qué yo? ¿Qué tengo de especial para haberme convertido en el Elegido? Ya que tengo que morir, me gustaría saber, al menos, la razón por la que soy el único que puede usar el Azote de los lobos.

-¿Todavía no lo has deducido, William?

-Si te pregunto es porque no tengo ni idea.

-Eres descendiente directo del creador del Azote –le explicó–. Tu sangre es su sangre. Y cuando yo la beba será la mía también y podré usar el bastón.

-Entonces... –frunció el ceño–, mis hermanos...

-No –lo interrumpió–. Solo el primogénito. Y ahora, si me disculpas, tengo una ceremonia que preparar.

William permaneció por un momento absorto en sus pensamientos. Siempre había sentido que había una falla en él, que tenía algo malo que lo hacía incapaz de ser como los demás. Y de ahí su deseo de alejarse de la aldea y buscar su propio camino. Ahora sabía la razón para ello. Inconscientemente, su necesidad de encontrar el bastón era quien lo impulsaba a querer marcharse.

-Tu teoría es buena –le gritó a Goran, ya repuesto de la impresión de conocer su origen, cuando vio que se alejaban para preparar el altar en el que, suponía, lo sacrificarían–, pero tiene una minúscula falla. ¿Cómo evitaréis vuestra transformación cuando la luna esté en lo más alto? Incluso los puros tienen dificultades para controlarse con la luna llena. Me parece que no será tan fácil como lo pintas.

-De eso ya me encargo yo –respondió Goran–. Tú te deberías preocupar por otras cuestiones, ¿no crees?

-No me has dejado muchas opciones, ¿no crees? –se movió para que las cadenas sonasen.

-Cierto –sonrió con suficiencia–. Es una lástima, pues podrías haber llegado a ser un gran licántropo.

Cuán iluso había sido con respecto a Goran. Se había creído todo cuanto le había dicho, pensando que sus caminos iban en la misma dirección. Había esperado que le ayudase a conseguir un entendimiento entre humanos y licántropos, pero estaba claro que solo le interesaba mantener a salvo a su estirpe, aunque eso supusiese seguir alimentándose de humanos.

-Estúpido –se dijo, decepcionado consigo mismo.

Y mientras los ancianos lo preparaban todo, la noche llegó, y con ella, la luna llena. William podía sentirlo en la piel, pero se obligó a no transformarse para no acabar herido por la plata.

-Esto ya está –dijo Goran satisfecho. William vio que colocaba una especie de tótem negro en el centro de la cueva y se alejaba de él unos pasos–. Nadie aquí se podrá convertir ya en licántropo.

No sabía si lo había dicho en alto para explicarle a él lo que era aquella figura o solo pretendía cerciorarse de que lo escuchasen los demás. En cambio, cuando siguió hablando, supo que era a él a quien se dirigía.

-Este es ya el único objeto mágico que queda, de los cientos que había, que permitían controlar el cambio a los licántropos. Durante siglos nos hemos dedicado a deshacernos de ellos porque son muy peligrosos.

-¿Peligrosos para quién?

-Para todos –lo miró ahora–. Imagina que un hombre -lobo se pueda transformar a placer, incluso durante el día. O que un humano lo use. El primero haría una masacre, pero el segundo... el humano podría acabar con muchos de los nuestros si nos ataca en su forma animal. Ninguno de nosotros desconfiaría de él hasta que fuese demasiado tarde.

-Imagino que eso también lo dices por experiencia.

-Muchos de los nuestros murieron por culpa de estos objetos.

-¿Y por qué conservar uno?

-Lo necesitamos para el intercambio del bastón. Nos reunimos siempre por la noche, por precaución, pero como comprenderás, es más sencillo si conservamos nuestra forma humana.

-Creía que podríais controlarlo, al ser puros.

-A nadie le resulta tan fácil –lo miró de nuevo– como a ti. No sabes lo que darían algunos por tener tu don.

-¿Y qué darías tú, Goran?

-Yo espero poder adquirir tu don cuando me beba tu sangre.

-Si no te mata –le recordó.

-Colocadlo en el altar –gritó la orden, ignorándolo–. Y tened cuidado con él, es demasiado valioso.

William trató de resistirse, pero siendo cuatro contra uno, poco pudo hacer. El quinto lo ató al altar con las cadenas de plata que lo habían retenido en la pared minutos antes. Poco podría hacer para liberarse.

-Ya casi es la hora –dijo Goran, ansioso–. Debo ir a purificarme. Vigíladlo.

-Como si me fuese a escapar –gritó William, viendo cómo se internaba en la cueva.

-Así que tú eres al que llamar el Elegido –dijo uno de los que lo habían sujetado–. No pareces gran cosa.

-Libérame y probemos qué tan poca cosa soy.

-No hables con él, Dustan –lo reprendió otro.

-A mí nadie me da órdenes –gruñó el aludido.

-Basta los dos –un tercero los interrumpió, cuando se disponían a pelear de forma menos amigable–. Esto es demasiado importante, dejad a un lado vuestras rencillas personales. Ya podréis pelearos a placer en cuanto el intercambio esté hecho.

-Todos los siglos igual –suspiró un cuarto, como si lo que acababa de pasar fuese habitual a diario, aunque el lapso de tiempo era mayor, en realidad.

-Fue él quien lo empezó –protestó Dustan, lo que dio paso a otra discusión sobre culpas y faltas.

William sentía que aquello era tan surrealista, que no estaba del todo convencido que no fuese un sueño.

-¿No hay mujeres licántropo puras? –preguntó como si acabase de darse cuenta de aquel hecho. Gracias a ello, lo que parecía estar a punto de derivar en una lucha a muerte, se detuvo.

-Ninguna quiere participar en esto –fue Goran quien respondió–. Dicen que deberíamos enterrar el Azote de los lobos en lo más profundo de la tierra para que nadie pueda encontrarlo nunca y olvidar que existe.

-No es mal plan –sugirió.

-¿Y arriesgarnos a que alguien lo encuentre, aunque sea de casualidad? Jamás –bramó, furioso. Después, tomó en sus manos una daga ceremonial que había junto al altar, y se situó frente a William–. Es la hora.

-Deberías pensártelo bien –le insistió William, que no quería morir desangrado–. Si soy nocivo, moriremos los dos. Si me dejases usar el...

-Nada de lo que digas me hará cambiar de opinión –lo interrumpió–. Yo seré quien use el bastón después de beber tu sangre. Yo salvaré a los nuestros.

-Y tú serás el héroe –repuso William, comprendiendo el verdadero motivo de Goran para hacer aquello–. O quizá debería decir el dictador. Porque algo me dice que pretender hacer mucho más que salvaros.

-Tú no sabes nada –dijo Goran, alzando la daga sobre su cabeza.

El arma realizó un arco perfecto rumbo a su corazón, pero nunca llegó a alcanzarlo, pues la flecha certera de Daria se lo impidió.

-La Cazadora –dijeron todos, espantados.

En más de una ocasión durante la persecución, Daria había pensado que no llegaría a tiempo, sobre todo, cuando William no podía dejarle huellas visibles para indicarle el camino. Habían fingido la discusión para que el cambio de bando de William resultase creíble y había funcionado. O eso había creído hasta que vio al joven encadenado en un altar de sacrificios.

Pero no había tiempo para explicaciones, así que se lanzó contra los licántropos, dispuesta a utilizar en su favor la sorpresa que había causado su llegada. Eran seis, y aunque no se habían transformado todavía, el cambio podía producirse en cualquier momento y así dificultarle la labor de liberar a William.

Atacó a los dos más cercanos a la entrada de la cueva en primer lugar, y logró matar a uno, antes de que el resto se situase en torno al altar en modo defensivo. Estaba claro que no dejarían ir a William fácilmente, algo con lo que ya había contado al verlo en aquella situación. Así pretendían impedir la profecía.

-¿Qué tal una ayudita? –le pidió, que aún estando en su situación, podría liberarse solo si así lo quería. Tal vez las cadenas fuesen de plata y le dejasen marca en la piel, pero era mucho más fuerte que algunos licántropos con los que se había topado en su vida y sabía que podría reventarlas sin problema una vez se transformase.

-El tótem –dijo él, señalando con la cabeza una figura situada en el centro de la cueva.

Daría la reconoció al momento y fue a por ella. Sabía que una vez destruida, no solo William cambiaría de forma, pero era la única solución para liberarlo, pues no le permitirían acercarse lo suficiente a él y corría el riesgo de que alguno de ellos rematase lo que iban a hacer cuando los interrumpió. Todavía eran cinco y podrían entretenerla fácilmente mientras mataban a William para lo que fuese aquel ritual.

-No –Goran corrió en la misma dirección, esperando llegar antes y salvar así la figura, pero Daria fue más rápida y la partió en dos de una sola estocada– ¿Qué has hecho?

-Liberar al mundo de una magia peligrosa –respondió sin más, preparándose para la lucha que estaba por llegar.

Los primeros licántropos transformados, no tardaron en ir a por ella. Se defendió, escapando de sus garras y dientes, mientras veía cómo William reventaba las cadenas. Escuchó el siseo característico de la plata al quemar su piel tan solo unos segundos, y después ya estaba junto a ella, luchando contra los de su propia especie. No diría que no había tenido dudas respecto a lo que pudiese pasar mientras viajaban solos, pues le constaba que Goran quería reclutar para su causa al elegido, y no se privaría de intentarlo mientras se escondían de ella. Más de una vez, al no encontrar la marca de William a la primera, había temido que lo hubiese logrado, porque aunque quería exterminar a los licántropos, no se sentía tan bien al pensar que él era uno de ellos y correría la misma suerte. Desde el día en que su vida quedó sellada, se había lamentado por ello. También se había mantenido en un conflicto consigo misma por lo que quería y lo que debía hacer después de aquello. Y sobre todo, porque William no era como los demás, no era un asesino de inocentes.

-Sí, lo sé –le dijo, a una mirada del lobo negro en que se había convertido–, casi llego tarde. Pero es que la cueva no es muy accesible que digamos.

Después de aquel tiempo juntos, habían aprendido a entenderse sin palabras y muy al contrario de lo que ella había pensado, le gustaba que fuese así. Quería seguir teniendo a William

en su vida, a pesar de que ya no fuese humano.

La lucha se inició de nuevo, al verse rodeados por los cinco licántropos que quedaban con vida, y tuvieron que concentrarse en romper el círculo en el que los habían metido. Daria notó que en ocasiones, William se quejaba, moviendo la cabeza y gimiendo, lo que le hizo pensar que alguno de ellos trataba de entrar en su mente, lo que le restaba fuerza a sus ataques. Eso suponía un problema, porque estaban en desventaja numérica y no podían fallar. Estudió a los licántropos y vio que Goran se mantenía al margen, mientras los otros cuatro atacaban por turnos, para mantenerlos ocupados. Decidida a terminar con aquello, se movió entre el resto para llegar hasta él.

Goran se alejó al ver sus intenciones, seguro de que perdería si se enfrentaba a la Cazadora. No se había podido alimentar bien en un tiempo y haberse visto obligado a alimentarse de un animal mientras venía con William lo había empeorado. Ahora lamentaba el haber cedido para que no desconfiase de sus razones para aceptar llevarlo con él. De saber que también estaba siendo engañado, habría buscado a alguien a quien matar antes de llevar a William a la cueva.

El simple hecho de ir a por Goran, liberó a William de su control mental, y el nuevo licántropo no tardó en matar a dos de los ancianos. Los otros se sometieron a él cuando Daria le cortó un brazo a Goran y este se debilitó tanto, que regresó a su forma humana.

-No sabes lo que haces, Cazadora –gruñó el herido.

-Creo que lo sé perfectamente –lo contradijo. Bajo la atenta supervisión de William, Daria los encadenó a los tres con las mismas cadenas que habían usado en el altar–. Acabo de evitar que matéis a William.

Solo entonces, el aludido regresó a su forma humana y le sonrió, feliz de verla. Por un momento, se había temido lo peor, cuando vio la daga caer sobre él. No creyó que Daria pudiese llegar a tiempo de salvarlo, pero una vez más, ella lo sorprendió apareciendo en el último momento.

-Por poco –dijo después. Miró a los ancianos– ¿Y qué hacemos con ellos?

-Nos llevaremos el bastón –respondió– y ya veremos qué hacer con él más tarde.

-¿No querías usarlo para acabar con los licántropos?

-Sí, William, eso quiero, ¿pero acaso sabes cómo?

-Podría sujetarlo y ordenar que se matasen los unos a los otros –sugirió–. O prohibirles alimentarse hasta que el hambre acabase con ellos. O...

-Nada de eso es efectivo –lo interrumpió–, ni mucho menos práctico, William.

-¿Y qué sugieres, entonces?

-Puede que el diario diga algo sobre las propiedades del bastón o cómo usarlo –sacó el libro de su bolsa, para comprobar que estaba a buen recaudo y Goran dio un respingo en su sitio.

-¿De dónde lo has sacado? –preguntó, ansioso.

-¿Esto? –Daria lo movió ante él–. No es más que el diario de un licántropo.

-¿Cómo lo has conseguido? –insistió.

-¿Por qué te interesa tanto? –preguntó William.

-Decídmelo –exigió.

-Se lo quité al licántropo que convirtió a William –le explicó Daria, observando con suspicacia su reacción –, después de matarlo.

-No –comenzó a negar con la cabeza también–, no es posible. Tiene que haber un error.

-Yo diría que no –sentenció ella.

-Ese diario es único en el mundo –le dijo Goran–. Yo se lo regalé a mi hijo cuando aprendió a escribir. Y es una pieza única, porque está hecha de la piel de su primera víctima. Mi hijo

menor tenía uno igual con la suya, pero un cazador lo mató y destruyó todo lo que tenía.

-Pues lamento decirte que tu hijo pretendía robaros el bastón –dijo Daria– y usarlo para gobernar sobre todos vosotros.

-Eso es imposible –gritó–. Mi hijo está en Europa. No sabe nada del bastón. Yo mismo me encargué de que fuese así.

-Pues una de dos –dijo William–. O alguien le robó el diario y se vino de Europa con él, o tu hijo sabía más de lo que crees.

-Me decantaría por la segunda opción –añadió Daria –. Ahora que lo mencionas, diría que se parecía a ti. Los mismos ojos oscuros, la misma nariz y ese rictus serio que blandes. Sí, definitivamente, era él.

-¿Quién de los dos lo hizo? –bramó, furioso–. No, no hace falta que lo digáis. Si hubiese sido él, ahora no sería un licántropo. Tú lo has matado, Cazadora.

-Solo lamento que no lo haya hecho William –repuso sin inmutarse–. De ese modo, habría usado el bastón ya para acabar con todos vosotros.

-¿Te pueden los remordimientos, Cazadora? Pues me alegro de ello y ojalá tengas que vivir con ellos tanto tiempo, que acabes tus días entre pesadillas. ¿Sabes por qué? Porque yo sé cómo usar el bastón para que te deshagas de los licántropos para siempre.

-Podría sacártelo a golpes –sugirió ella.

-No hará falta porque pienso decírtelo.

Los otros dos protestaron, pero Goran los ignoró, tal era la rabia que sentía en aquel momento.

-¿Y qué ganas tú con eso?

-Mis hijos lo eran todo para mí y ahora ambos están muertos. Me reuniré con ellos muy pronto, pues me estoy desangrando y no me curaré a tiempo.

-Tú no debías ser tan importante para ellos, pues no te llevaron a Europa con ellos –lo cortó Daria.

-Estaban despechados porque él no quiso convertir a su madre –le explicó William– ni les permitió a ellos hacerlo.

-Las razones no importan, ni si estaban lejos o cerca –negó Goran–. Todo lo que he hecho siempre ha sido por ellos. Los he protegido, escondiendo el bastón de los cazadores, pero ahora ya nada me importa, salvo vengarme de ti, Cazadora.

-Ayudándome a usar el bastón para destruir a tu raza –no acababa de entender su lógica.

-Para hacerte daño, propiciando su muerte –señaló a William con la cabeza–. Sé que harás lo que te debas cuando sepas cómo usar el bastón, pues ese es tu fin último. No te preocuparás por nada ni por nadie más que por acabar con todos nosotros. Pero cuando eso esté hecho, los remordimientos te impedirán vivir en paz el tiempo que te quede y esa será mi venganza.

-¿Qué te hace pensar que tendré remordimientos?

-Que lo has arriesgado todo por salvarlo.

-Es el elegido, desde luego que lo salvaré, si con ello consigo mataros a todos.

-¿Pero a qué precio?

Daria entendió que tenía razón, que acabar con ellos a costa de la vida de William no era algo que quisiese hacer de buena gana.

-Daria, déjalo –le pidió William–. Estamos perdiendo el tiempo aquí. Marchémonos y que se mueran, si es su sino. Encontraremos la forma de acabar con esto de una vez por todas. No me importa morir, si es lo que hay que hacer para acabar con los asesinatos de gente inocente. Y tú no tienes que sentirte culpable. Yo soy el que...

-Todavía está por ver cómo lo haremos, William –lo interrumpió–. No pienses en eso ahora. Ve a buscar el bastón.

-¡Qué dilema! –rió Goran, cuando William se fue. Por un momento, Daria se sintió retroceder en el tiempo, hasta otra cueva, meses atrás, donde hablaba con su hijo. Se parecían tanto, justo en ese instante, que ya no dudó de que fuese realmente su padre–. Hacer lo correcto como cazadora o como mujer.

-Lo uno no excluye a lo otro –mintió, pues lo hacía en ese caso.

-Vámonos, Daria –William regresó con el bastón y la arrastró con él–. Esta cueva me produce escalofríos. Necesito salir de aquí ya.

-Sí –asintió, batallando entre sus ganas de saber y de seguir ignorando cómo usar el Azote de los lobos.

-Derrama su sangre sobre el bastón –gritó Goran con fuerza cuando se alejaban–, Cazadora. Y luego recita: *mortem omnibus nobis* ^[1].

-Vámonos –ahora era Daria quien tiraba de William para salir de la cueva.

Sabía que para cumplir su promesa debía sacrificar a William, pero cada vez le costaba más pensar en eso.

-Daria –empezó a decir él, cuando iniciaron la bajada –, creo que...

-No lo digas –se negó a escucharlo–. No lo hagas, por favor.

William supo entender el trasfondo de su petición y guardó silencio. Sin embargo, unos pasos después, la detuvo, sujetando su brazo, y la atrajo a sus brazos, con los labios todavía sellados.

-No –susurró Daria, pero fue demasiado tarde, pues la besó como había querido hacer desde que la vio el día que llegó a su aldea.

Daria se dejó simplemente besar por él un instante, antes de responder con la misma intensidad. Había intentado negarse lo que sentía y había fracasado. La sola idea de que tuviese que morir para acabar con los licántropos le horrorizaba. Y sin embargo, sabía que era la única solución.

Como si los licántropos en la cueva supiesen lo que había pasado, oyeron sus aullidos en la distancia. Se le erizó la piel y detuvo el beso, segura de que había cometido un error al permitirlo.

-Ojalá hubiese sido de otra forma –le dijo él, después –, pero pase lo que pase, no me arrepiento de nada. Si para conocerte y ganarme un lugar en tu corazón debo morir, que así sea. Moriré feliz.

-No hables así –lo reprendió.

-¿Entonces, cómo Daria? Porque todo parece indicar que debo morir para salvar a la humanidad.

-Tiene que haber otra forma.

-Siempre podemos intentar lo de obligarles a comer animales –sugirió, con cierto deje de diversión.

-Este es un tema serio –lo golpeó en el pecho–. No te lo tomes a broma.

-Solo me queda mi humor –se encogió de hombros–. Si lo pierdo, caeré en la desesperación.

-Vámonos de aquí –repitió, reiniciando la bajada–. Ya pensaremos en algo luego.

El silencio se apoderó de ellos una vez más, solo que en aquella ocasión, parecía más tenso que antes. Tal vez besarse no había sido la mejor idea, después de todo, pues ahora eran más conscientes aún de lo que perderían, si no había otra forma de hacer las cosas. Un final trágico, lo viesen como lo viesen.

La noche los separó por un instante, cuando William necesitó salir a cazar para reponer

fuerzas. Así como los humanos daban energía por más tiempo, quienes se alimentaban de animales, necesitaban hacerlo con mayor frecuencia. Y mientras él buscaba una presa, Daria encendió un fuego para calentarse. De repente la noche se había vuelto más fría y no sabía por qué.

Varias horas más tarde, escuchó ruidos detrás de ella y aunque supuso que era William, se llevó la mano a la espada, por precaución. Segundos después, se vio rodeada por varios licántropos, liderados por Lexan.

-Como no –dijo, hastiada–. Debí suponer que eras tú, primo. Demasiado estabas tardando en aparecer.

La luna llena le impedía volver a su forma humana, y se limitó a gruñir hacia ella a modo de respuesta. La cazadora empuñó la otra espada también porque en aquellas circunstancias, podían ser muy imprevisibles y peligrosos. Lexan no sería capaz de controlarlos por mucho tiempo, si la luna enloquecía a los nuevos.

-Vayamos pues –dijo Daria, justo antes de lanzarse al ataque.

Esquivó la zarpa de un novato y después le asestó un golpe con la espada, que abrió una gran brecha en su costado. A su aullido de dolor, se unieron los demás, con rabia, y yendo a por ella en grupo. Se movió a un lado y a otro, esquivando y blandiendo sus espadas con maestría, mientras Lexan observaba a distancia, como siempre. Nunca le había importado sacrificar a los nuevos licántropos, o incluso, a sus hermanos de sangre, para conseguir su objetivo. Había fracasado en muchas ocasiones y perdido a dos hermanos en el proceso, pero no desistía. Menos ahora, que sabía lo que Daria había conseguido en aquella cueva. Quería el bastón para gobernar sobre los licántropos. Quería ser alguien más que lo que la venganza le obligaba a ser. Quería tener un propósito mejor que perseguir a su prima por el mundo y no conseguir matarla nunca.

-Vamos, Lexan –lo llamó Daria–, déjate llevar por el llamado de la luna y ven a por mí. ¿No es eso lo que siempre has querido? Sé valiente por una vez en tu vida e intenta matarme tú mismo.

Lexan había aprendido a controlar sus instintos en la luna llena, pero eso no le impedía sentir su llamada. Y que Daria lo provocase, tachándolo de cobarde, era una tentación mayor todavía. Sin embargo, no quería inmiscuirse, si no era necesario. Al menos, hasta que apareció William de la nada y saltó sobre uno de sus hermanos, desgarrándole el cuello. Incluso Daria se quedó petrificada por un momento al verlo, pero no tardó en reaccionar, cuando dos licántropos fueron a por ella de nuevo a una orden de Lexan, que después fue a por William, que parecía dispuesto a atacar a sus hermanos únicamente. Se plantó ante él y gruñó, lamentando la muerte de su hermano pequeño.

Me las pagarás, maldito, le dijo por telepatía.

Esto se acaba hoy, respondió William, sin inmutarse, dispuesto a matar a la familia licántropa de Daria. Se había propuesto liberarla de aquella promesa, de un modo u otro. Y si ella no quería sacrificarlo todavía, usando el bastón, pues se desharía de sus enemigos.

Cuando los demás vieron a Lexan luchar, renovaron sus esfuerzos y Daria se vio, de repente, rodeada por cuatro de ellos. El quinto, otro de sus primos, intentó saltar sobre ella, mientras la entretenían los demás, atacando de forma metódica. Daría alzó la espada de forma automática, por costumbre, y esta se clavó en el corazón de su primo, matándolo en el acto. Había adoptado ya su forma humana, al tocar el suelo. Más aullidos de dolor y rabia se alzaron al cielo, y Daria se preparó para un ataque más contundente. Sabía que aquella no sería una pelea más, y aunque le asustaba lo que fuese a pasar al final, comprendió que ya no la podía postergar.

Detuvo varios envites seguidos y lanzó otros tantos a sus enemigos, hasta que logró

mantenerlos a raya en el mismo círculo en que seguían encerrándola. Por el rabillo del ojo, pudo ver luchar a William y Lexan en una contienda a muerte, lo que le granjeó un zarpazo en el brazo izquierdo, por su despiste. Sin embargo, no hubo tiempo para lamentaciones, porque mató al licántropo de un único lance. Después, se concentró en su propia batalla.

La noche avanzaba con rapidez y Daria esperaba que los licántropos perdiesen su ventaja en cuanto el día llegase. Si lograban mantenerse en su sitio un poco más, sus primos tendrían que rendirse o retirarse. Y aunque en otra ocasión habría preferido lo segundo, ya no estaba tan segura de que fuese lo mejor. Ahora que tenían el bastón, Lexan sería más insistente y no podía permitir que se lo quitase, ni siquiera aunque no pudiese usarlo. Con las historias que se contaban sobre el mismo, bastaría para que los demás se lo pensasen dos veces antes de desafiar al poseedor del Azote de los lobos. Y ese no podía ser Lexan.

En uno de sus esquivos movimientos, descubrió que el único primo que le quedaba, sin contar a Lexan, se había apartado del círculo y se dirigía hacia el lugar en el que habían montado el campamento. Supo, sin necesidad de que nadie se lo dijese, que iba a por el bastón por orden de Lexan. Cuando vio que William se alejaba de su primo mayor para ir en pos del otro, se confirmaron sus sospechas. Se movió hacia ellos, para ayudar a William, cuando Lexan lo siguió, pero se lo impidieron, cercándola más concienzudamente.

-William, cuidado –gritó, impotente, cuando Lexan lo atacó por la espalda.

Sus primos iniciaron una pelea con él, en la que Daria sabía que William tenía desventaja. Y aunque intentó deshacerse de sus captores, estos la mantenían bien rodeada. Vio cómo acataban una y otra vez a William sin descanso, logrando herirlo en varias ocasiones. La experiencia de sus primos era una ventaja para ellos, en esa ocasión.

-Ya basta –gritó, presa de la rabia.

Cercenó la cabeza a uno de los lobos que le impedían acudir en su ayuda y corrió fuera del círculo, hiriendo a otro por el camino. Y de repente, William adoptó la forma humana para sujetar el bastón con la mano. La sangre brotaba por cada una de sus heridas, aunque se estaban curando con rapidez, pero Daria supo qué pensaba hacer, mucho antes de que lo hiciese.

-No –gritó, desesperada–. William no lo hagas.

Pero fue demasiado tarde. William salpicó el bastón con su sangre y pronunció las palabras.

-Mortem omnibus nobis.

-No –gritó de nuevo Daria.

De repente, un intenso dolor surgido de las entrañas, la invadió y apenas consiguió moverse, antes de caer de rodillas. Cuando el malestar cesó, corrió hacia él, y le recostó la cabeza en sus piernas. Había perdido el conocimiento.

Mientras permanecía a su lado, vio cómo sus primos y los demás licántropos convulsionaban, aullando de dolor. Incapaz de seguir observándolo, cerró los ojos y se abrazó a William, que también temblaba contra ella, presa del mismo mal, incluso inconsciente.

Epílogo

-William –Alec y Megan corrieron a su encuentro y se fundieron en un abrazo con él. Daria los observaba en la distancia, sonriendo, feliz de que al fin pudiese reunirse con ellos.

La noche en que William usó el bastón para acabar con los licántropos, había creído perderlo también a él. Durante el tiempo que duraron las convulsiones, no se permitió abrir los ojos, y cuando al fin se quedó quieto, temió hacerlo también. Solo cuando escuchó su voz, débil por las heridas que no se habían podido curar del todo, se permitió abrirlos.

-¿Cómo es posible? –había preguntado.

Poco después habían descubierto que los licántropos que habían sido convertidos, no solo habían logrado sobrevivir, sino que habían recuperado la humanidad que una vez perdieron. No recordaban nada después de haber sido mordidos, no obstante, y Daria pensó que aquello era lo mejor para ellos. Recordar habría supuesto remordimientos y culpas que ya no debían sentir. Eran humanos y podrían seguir con sus vidas, tal y como habían sido antes de los licántropos.

Sus primos, en cambio, al ser puros, se habían visto reducidos a cenizas, así como los ancianos. Mientras William recuperaba las fuerzas, Daria había ido para comprobar si estaban muertos y se encontró con un montón de cenizas, donde antes habían estado ellos. No diría que no se alegrase de que los causantes del mal que había acechado al mundo durante siglos, se hubiesen ido para siempre, pero ahora temía lo que fuese a pasar con ella. No estaba segura de qué haría con su propia vida.

-Habéis vuelto –Erika se abrazó a Daria, regresándola al presente– ¿Por cuánto tiempo?

-William puede quedarse todo el tiempo que quiera –le respondió–. Yo me iré a casa pronto.

-¿A casa? ¿Ya no matarás a más de esos seres? –se preocupó.

-Ya no hay más seres a los que matar –le sonrió.

-¿Qué? ¿Cómo?

-Resulta que mi ayuda –le respondió ahora William–, aunque Daria no la quisiese en un principio, era más necesaria de lo que creía, para acabar con esos seres. ¿Qué te parece?

-No lo entiendo –negó Erika.

-Te lo contaré todo durante la cena –le prometió–. Y ahora, llévame con tu madre, pues quiero verla a ella también. Nunca lo creí posible, pero os he echado de menos. Daria, ¿vienes?

Aunque Daria había dicho que regresaría a su hogar, William no parecía dispuesto a perderla de vista. Y lo siguió, solo para complacerlo una última vez antes de partir.

Antes de viajar a la aldea de William, habían visitado muchas otras, solo para comprobar que nadie había visto a más licántropos por ninguna parte. Incluso los cazadores con los que se habían cruzado, regresaban a sus hogares, ahora que no había más bestias en el mundo. Habían sido semanas de largas caminatas y aunque el beso que se habían dado seguía presente entre ellos, en ningún momento habían mencionado tal hecho, ni habían intentado repetirlo. Y no es que William no quisiese, pero Daria parecía dispuesta a mantener las distancias y había respetado su deseo. Al menos, mientras comprobaban que la amenaza de los licántropos ya no existía. Estaba convencido de su necesidad de hacerse a la idea de que su lucha había terminado, antes de pensar en su futuro. Y esperaba estar en ese futuro junto a ella.

Durante la cena, William los deleitó con la historia de su participación en la destrucción de los licántropos, y por primera vez, se atrevió a confesarles la verdad, incluso la parte en la que fue uno de ellos. Su familia se sorprendió, como cabía esperar, pero ahora eran libres de esos

seres y podían obviar las mentiras. La alegría de tenerlo en casa era suficiente para olvidar el resto.

Daria, en cambio, se sentía fuera de lugar allí. Ciertamente era que la habían tratado como a una más de aquella familia tan peculiar, pero estaba deseando irse. Si no lo había hecho ya, era por la atención que William le prestaba a todos sus movimientos. Sin embargo, en la primera ocasión que tuvo para escabullirse fuera, lo hizo.

Todos dormían ya y había decidido aprovecharlo. Les había dejado una nota despidiéndose de todos ellos. Y otra más para William, en la que pedía perdón por abandonarlo sin aquella conversación pendiente que sabía que tenían. Aunque le había escrito que debía poner en orden su vida antes de pensar en compartir sus días con alguien, en realidad, lo había hecho para no obligarle a elegir entre su familia y ella. Porque no se quedaría allí, eso lo tenía claro, y si William quería estar con ella, tendría que abandonar aquella aldea, lo que supondría dejar atrás a su gente. No sería ella, la causa.

-Así que te irás sin despedirte –William le dio alcance unos minutos después de internarse en el bosque.

-Te he dejado una nota –no se atrevía a mirarlo a los ojos, por miedo a caer en la tentación de pedirle que se fuese con ella.

-Una nota no es una despedida, Daria –se acercó–. Y menos después de todo lo que hemos pasado juntos. Del beso que nos hemos dado.

-En cuanto a eso –se giró para hablar, pero William la retuvo entre sus brazos al hacerlo y la besó.

-No te vas a librar de mí, Daria –le dijo después–. No te lo permitiré.

-Yo no te permitiré abandonar a tu familia de nuevo.

-Mi familia estará bien sin mí –le dijo–. Siempre han sabido que mi lugar estaba lejos de aquí.

-Tus hermanos...

-Daria –la interrumpió–, en su momento quise que se quedasen aquí, porque sentía que me faltaba algo en la vida que no me podría dar esta aldea. Al verte, creí que la aventura era lo que necesitaba, pero la verdad es que lo que quiero es estar a tu lado. Y si tú quieres lo mismo, mis hermanos no serán un impedimento.

-¿Los abandonarás por mí? –negó, segura de que no se lo permitiría.

-Nos los llevaremos –sentenció–. Porque estos meses lejos de ellos me han hecho ver que los necesito a mi lado, así como te necesito a ti. Sé que tal vez, sea un cambio drástico para ti y que te asuste, pero no...

-Yo no me asusto por nada –fue su turno ahora para acallar sus dudas–. Soy la Cazadora, ¿recuerdas? O lo era, al menos.

-¿Eso quiere decir que aceptas? ¿Qué nos vamos a tu hogar contigo?

-Solo si ellos aceptan.

-Aceptamos –Alec salió de detrás del árbol en el que se había escondido, pero Megan corrió hacia Daria y la abrazó.

-Os dije que esperaseis en la cabaña –los reprendió su hermano mayor.

-En eso –rió Daria ahora, feliz– se parecen a ti. No los puedes culpar.

-Quizá –se acercó a ella sonriente–, pero te gusta.

-Por desgracia –le sonrió de regreso.

William la besó de nuevo, y se deleitó, ignorando las risas de sus hermanos, que habían cubierto los ojos y la boca con sus manos, para no ver lo que hacían.

Y mientras se besaban, Daria se sintió completa por primera vez en mucho tiempo. Ya no volvería a estar sola nunca más, pues ahora tenía una nueva familia.

Por primera vez en mucho tiempo, sus noches ya no serían interminables.



Sonia López Souto nació en Galicia en Enero de 1979. Madre de una niña, ama leer y ama escribir. No concibe lo uno sin lo otro. Su pasión por la lectura nació a sus 12 años, cuando su madre le regaló su primer libro para leer por placer y no por obligación. Esa pasión fue la impulsora de que comenzase a escribir a la edad de 15 años.

Casi todas sus obras están ambientadas en Escocia, un lugar que la enamoró por sus increíbles paisajes y su historia cargada de luchas, donde el orgullo y la dignidad de los escoceses prevalecen sobre cualquier otra cosa.

Roba tiempo al sueño, para crear historias que hagan soñar a sus lectores. Romántica obstinada, deja fiel reflejo de ello en cada una de sus obras.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

<<[amazon.com/author/sonialopezsouto](https://www.amazon.com/author/sonialopezsouto)>>

<< <https://www.facebook.com/groups/SoniaLopezSouto>>>

<<<https://www.facebook.com/SoniaLopezSouto>>>

<<<https://www.instagram.com/SoniaLopezSouto>>>

^[1] La muerte de todos nosotros